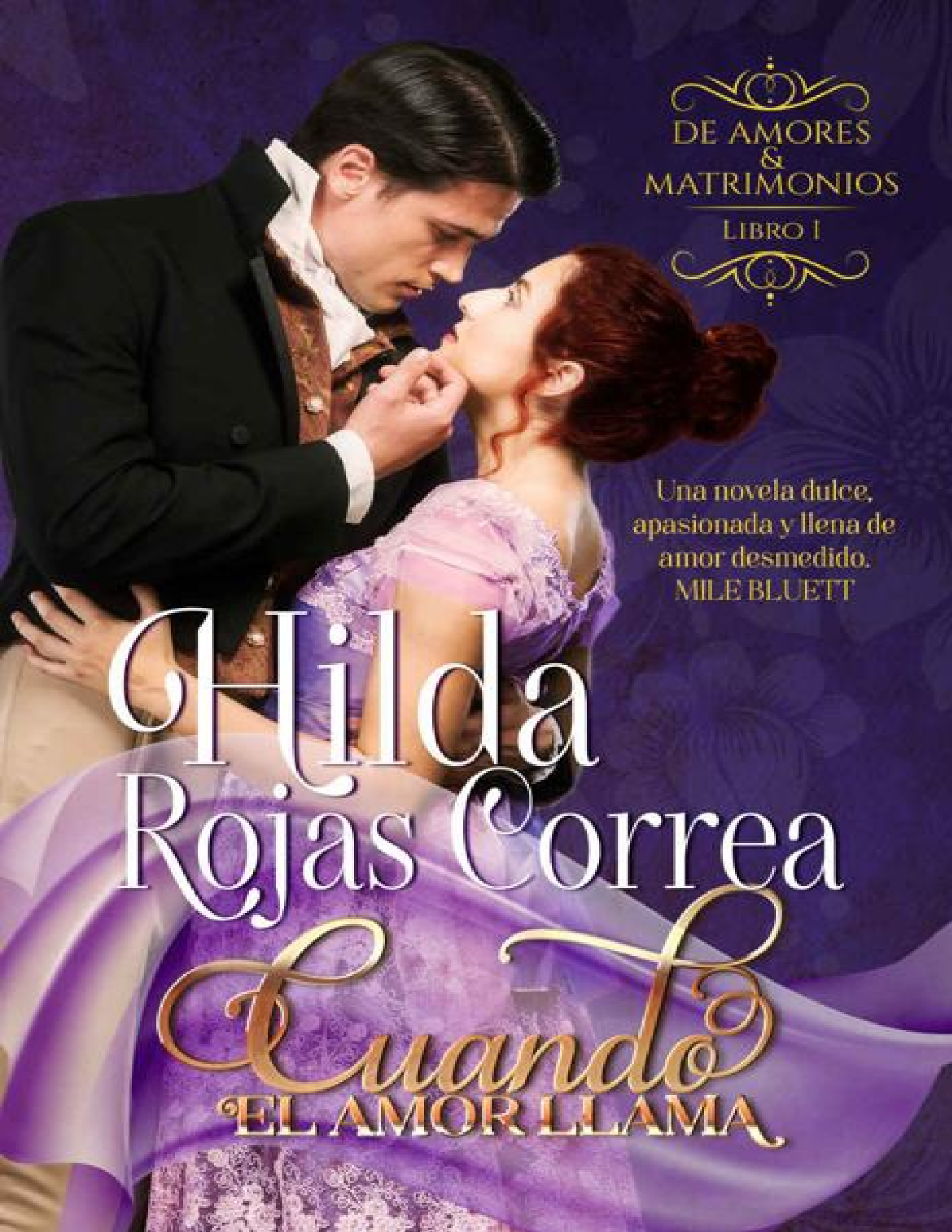

DE AMORES
&
MATRIMONIOS
LIBRO I
Una novela dulce, apasionada y llena de amor desmedido.
MILE BLUETT
Hilda
Rojas Correa
Cuando
EL AMOR LLAMA

Contenido

Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Epílogo
No te pierdas la siguiente historia de la serie
Agradecimientos

Vuélveme tu suspiro, y subiré y bajaré de tu pecho, me enredaré en tu corazón, saldré al aire para volver a entrar. Y estaré en este juego toda la vida.

GABRIELA MISTRAL

GUÍA PARA LOGRAR UN MATRIMONIO VENTAJOSO.

Consejo Nº 1

El amor no es un buen compañero para lograr un matrimonio ventajoso. Aquellos que se dejen arrastrar por aquel sentimiento voluble, acabarán lamentando su debilidad más temprano que tarde.
A veces, contar solo con el amor no es suficiente.

Augusta Basingstoke, duquesa de Pemberton.

Capítulo I

Harlow, 30 de enero de 1815.

Blake llevaba diez minutos frente a la puerta de la salita privada de su abuela; la gran Augusta Basingstoke, duquesa viuda de Pemberton. Él todavía no se atrevía a golpear. Se paseaba, indeciso. Se sentía estúpido y, a la vez, un poco desesperado.

Sabía que ella era la única que podía ayudarlo.

Inspiró hondo y contuvo el aliento. Alzó su mano y…

—¡Hasta cuándo me vas a tener esperando, muchacho! ¡Entra ya de una vez, me tienes los pelos de punta!

Blake Basingstoke, octavo duque de Pemberton, se desinfló dando un gran resoplido. Entornó sus ojos, frustrado. No había dimensionado que Augusta todavía conservaba un oído fino. Tal parecía que los años no producían merma en ella.

No podía hacerse el desentendido, tomó el pomo de la puerta y lo giró.

Ahí estaba su abuela jugando solitario, sentada frente a una mesita junto al fuego, con su postura regia y altiva. Sostenía el mazo de cartas con firmeza y repartía sobre la mesa con agilidad. Ni siquiera para algo tan simple demostraba debilidad alguna. Se le veía imperturbable.

No parecía estar con los pelos de punta, como según dijo.

Blake se internó en la estancia y se sentó en la silla que estaba frente a Augusta. Ella empezaba su partida. Dejó el mazo a su izquierda y volteó una carta.

Un as de corazones.

—Abuela…

—¿Abuela? —Pocas veces Blake la llamaba de esa manera, desde pequeño fue ceremonioso. Augusta dirigió su atención hacia él y lo miró como si fuera un cachorrillo desamparado—. Oh, querido, ¿qué problema tienes ahora?

Blake entrecerró los ojos, reprendiéndola.

Claramente, Augusta era inmune a ese gesto que a él tanto le había costado llevar a la perfección, solo para intimidar a los demás y ahorrarse la tortura de tener que soportar conversaciones estúpidas.

—¿Por qué tienes que exagerar? Nunca te he dado problemas —reprochó Blake, a la defensiva.

—Eres un gran hombre, pero no estás exento de dármelos —replicó mordaz, volviendo al juego. Dejó el as de corazones en la parte inferior para ir descartando, y comenzó a ordenar las filas superiores. Divisó una reina de trébol. Perfecto—. Sobre todo, esa molesta y absurda soltería que te empeñas en conservar. El tiempo no pasa en vano, cumplirás treinta en julio.

«Maravilloso. Gracias, abuela, por facilitarme la tarea de iniciar esta conversación», pensó Blake muy aliviado.

—Esta vez no vengo a darte problemas, sino todo lo contrario. Necesito que hagas honor a esa fama que ostentas en toda Inglaterra.

Augusta esbozó una sonrisa satisfecha, sin perder la concentración en su mano. Abrió juego en una fila, tomando a la reina de trébol y la colocó bajo un rey de corazones.

—¿Cuál fama, mi querido Pemberton? —preguntó, fingiendo inocencia. Volteó la carta de la fila libre. Reina de diamante. Su juego se cerró.

—La que te enorgullece. La única casamentera que logra enlaces exitosos —respondió, resignado a seguir ese juego del gato y el ratón.

—Oh, esa fama… —Augusta soltó una risilla que a Blake le pareció siniestra—. Entonces, al fin el duque de Pemberton quiere sentar cabeza.

—Ni más, ni menos.

—¿Por qué? —preguntó mirándolo a los ojos, los mismos que ostentaban sus difuntos esposo e hijo.

Blake había heredado unos intensos ojos marrones, tan oscuros que, a simple vista, algunos podían confundirlos con el negro. Muchos decían que eran inescrutables, pero ella difería de ese concepto. Había que saber mirar más allá.

—¿Por qué, qué? —interpeló, evasivo.

—¿Por qué quieres sentar cabeza?

«No, ella no me va a facilitar la tarea», pensó él, fastidiado. Era mejor darle la única respuesta decente.

—Llevas los últimos cinco años insistiendo en que debo encontrar una esposa, darte bisnietos y prolongar nuestro linaje para que no caiga en la rama podrida de la familia. —Blake repitió el discurso que siempre Augusta le daba para que él considerara el matrimonio como la próxima meta a cumplir—. Ah, y que no demore para que pueda disfrutar de las bondades de un buen matrimonio.

—Eso es lo que digo yo. Pero me interesa saber por qué quieres casarte ahora. Tus motivos, no los míos o los que te impone tu posición y tu título.

—Debo hacerlo.

—Blake, puedes darme una respuesta mejor que esa. Anda, no es tan difícil —animó y volteó otra carta del mazo. Rey de diamante. No le servía.

Blake, lleno de frustración, desordenó sus cabellos negros con ambas manos. Inspiró hondo y sentenció:

—Quiero casarme. —Hizo una pausa larga. Augusta contemplaba cada leve gesto. Notó que Blake tragaba saliva y sus fosas nasales se dilataron con sutileza—. Me siento solo —admitió—. Quiero compartir mi vida y formar mi familia. Lograr lo que mi padre y mi abuelo alcanzaron… Pero tengo… tengo…

No pudo continuar.

—¿Miedo? —Augusta se atrevió a completar las palabras de su nieto.

Blake asintió, apenas con un fugaz movimiento de cabeza.

—¿Temes perder a tu esposa? —continuó Augusta, cautelosa.

—Temo que una persona muera por mi causa, por querer darme hijos —reconoció. Qué difícil era exteriorizar lo que sentía, exponer con palabras sus temores e inseguridades. Le parecía que a las mujeres aquello les era tan natural y sencillo.

Blake no sabía en qué momento de su vida había perdido esa capacidad, cuando niño era mucho más fácil expresarse ante el amparo de su madre.

Pero, pensándolo bien, cabía la posibilidad de que la pubertad amordazara a su corazón. Todos los días debía demostrar ante sus pares que era un hombre duro, inflexible, fuerte.

Admitir sus miedos era… era… terrible.

Y, a la vez, liberador.

—Oh, querido mío. —Augusta sonrió con ternura y le acarició la áspera mejilla, cuya barba, a esas alturas del día, sombreaba las masculinas facciones trigueñas. Toda una rareza en un caballero, pues solían ser de tez alba. Algo de sangre mediterránea corría en sus venas—. Todas las mujeres, desde que nos convertimos en señoritas, estamos conscientes de esa probabilidad, pero no tenemos alternativa. Hay algunas que, solo por miedo, no quieren siquiera

atreverse a intentarlo, se quedan solteras… y, al final, mueren de una pulmonía.

—No es gracioso.

—A lo que quiero llegar es que no debes temer. Nadie se salva de lo que Dios ha dispuesto para nosotros. Las cosas suceden y punto, y debemos sobreponernos, levantarnos y seguir avanzando. Si vivimos con miedo, atraemos con más fuerza a lo que más tememos. Debes ser optimista o nunca podrás obtener lo que quieres… Y lo que quieres, es amar a tu esposa.

—Yo no he dicho nada de eso… —interrumpió, incrédulo.

—Lo dijiste, para mí está claro. Quieres lograr lo mismo que los hombres que te antecedieron, pero temes amar y perder como tu padre. Él amó con locura a tu madre, pero Dios se la llevó cuando dio a luz a Katherine. —Suspiró con pesar, mas luego compuso una leve sonrisa—. Pero tu abuelo tuvo una suerte al revés, me amó cada día de su vida y yo a él, pero lo perdí demasiado pronto.

»En esta vida, nunca se sabe, querido. Nunca se sabe.

Blake no replicó. Su abuela podía ponerle palabras y darles sentido a sus sentimientos que, a veces, lo confundían y atormentaban. ¿Era eso? ¿Tener miedo a amar y perder demasiado pronto?

—Tu problema nunca ha sido casarte, sino con quién —pontificó Augusta. Levantó una carta del mazo sin mirar—. Lamentablemente, mi querido Blake, estás hecho de la misma madera que todos los Basingstoke. Jamás podrás concebir una unión por conveniencia. Ustedes son hombres pasionales y quieren hacerlo todo bien, incluso el matrimonio. Lo que tú necesitas, aunque te duela y aterrorice, es un matrimonio por amor.

—Temía que dijeras eso —masculló.

—Si abres tu corazón a la posibilidad de hallar una compañera que te ame y que tú ames, el resto saldrá a pedir de boca —replicó, blandiendo con pereza la carta—. Y, para empezar tu búsqueda, solo necesito saber qué cualidades debería tener la mujer que sea capaz de atrapar tu corazón. —Centró su atención en la jugada. Dos de corazones. Con una sonrisa lo dejó sobre la pila donde estaba el as.

—Abuela, apenas puedo hablar de mis sentimientos y quieres que te diga cómo me puedo enamorar. No, eso lo harás tú. —Se levantó de su asiento y miró a Augusta desde su altura, que no era poca. Se encontró con los ojos de ella, azules como el cobalto—. Este año la temporada comenzará en marzo. Asistiré a todos los bailes que me indiques y me fijaré en las damas que consideres aptas. Confío en tu criterio y en la escalofriante capacidad que tienes para desmenuzar mis pensamientos.

—Déjalo en mis manos, querido. —Y dicho esto, se centró en los naipes. En una fila estaba el tres de corazones. Lo descartó, volteó la carta. Reina de corazones, le cerraba el juego, chasqueó la lengua y miró a su nieto—. Pero debo advertirte; cuando el amor llama, no tendrás escapatoria, y dará lo mismo la dama en cuestión. No te garantizo que será una de mis candidatas, pero disfrutaré observando tus progresos. Lo que sí puedo asegurar es que no te darás cuenta cuando estés caminando al altar… Y estarás feliz de hacerlo.

—Dios te oiga, abuela.

—Cuando el amor es bueno, Él siempre oye.

—Si tú lo dices… Gracias. —Blake le depositó un beso en la coronilla, apenas rozando los cabellos negros con gruesas vetas plateadas y, acto seguido, se dirigió a la puerta. No alcanzó a llegar a poner la mano en el pomo y la miró de soslayo. Augusta ya estaba inmersa en su juego, pero él sabía que ella, en ese mismo segundo, estaba poniendo en marcha su plan.

Estuvo tentado de hacer una última pregunta, pero se la reservó. Ya había tenido suficiente

charla emocional.

«Abrir mi corazón», rememoró el consejo de su abuela. «¡Que me aspen! De momento, es más fácil abrir la puerta».

Y eso hizo.

Tarde o temprano, la respuesta a su gran duda, llegaría.

Capítulo II

Londres, 17 de marzo de 1815.

Pemberton entró en el gran salón de baile escoltando a su hermana, Katherine, y a su abuela Augusta. Los tres llamaban la atención y provocaban una oleada de comentarios a su paso.

Augusta por ser una de las grandes damas más longevas de la sociedad londinense, y su habilidad de unir parejas.

Lady Katherine por su belleza, agudo ingenio y por tener la afición de dejar sin habla a los caballeros.

Y Blake por ser uno de los solteros más esquivos de los últimos cinco años. Acostumbraba asistir a los bailes solo para acompañar a su abuela o a Katherine. Hablaba poco, y cuando lo hacía, solía ser lacónico y daba poco espacio para las conversaciones triviales. Su falta de interés en las damas y su desconocido historial amoroso ya estaban trayendo consecuencias. Entre las lenguas más venenosas se decía que Blake era «más griego que inglés».

Nadie sabía que él sí disfrutaba de las mieles que el sexo femenino podía otorgar, pero era discreto y prefería no involucrarse mucho más allá de uno o dos encuentros. Tampoco era de dominio público que estaba buscando una esposa. De ser conocida esa información, su situación ya se habría convertido en una burda apuesta en el White’s o en el Brooks.

Era de muy mal gusto tener su nombre en una pizarra que fuera titulada «¿Con quién se casará Pemberton?».

—Ante todo discreción —exigió Blake cuando su abuela le presentó el listado de candidatas para esposa—. ¿Cuál es el rango de edad de las damas? —consultó, leyendo y memorizando algunos nombres. Había algunas que ya llevaban un par de temporadas, y otras, que apenas habían salido de una academia para señoritas.

—De diecisiete a veintitrés —respondió Augusta con presteza.

—Bien. —Siguió leyendo el listado, sin embargo, frunció el ceño al leer el nombre más conocido de todos.

—Hay que tachar a lady Faith.

—¿Por qué?

Blake le dedicó un elocuente gesto lleno de ironía.

—¿En serio tengo que explicarlo?

Augusta no respondió, solo una mirada de inocencia bastó.

—Es la hermana de John —añadió Blake, pensando que ya eso era suficiente información.

—Y por eso se llevan muy bien.

—Abuela, a ella le tengo mucho cariño, pero no la puedo mirar como una mujer, para mí es como Katherine, y se siente…

—¿Incestuoso?

Blake hizo una mueca mortificada y asintió con la cabeza.

—¡Pero qué difícil eres!

—John me encomendó protegerla, y que no permitiera que algún buitre cazafortunas la cortejara.

—Creo que ella se sabe cuidar bastante bien.

—Táchala. Lady Faith no es una opción.

—Está bien… —aceptó a regañadientes—. El día quince será el baile de lord Wexford, es posible que la mayoría de las damas del listado estén presentes —cambió de tema, antes de que su nieto se pusiera insoportable.

—Fabuloso. Así no pierdo mi tiempo.

—Ay, mi querido Blake…

—¿Qué?

—Oh, nada.

Tras media hora de procesión, en la cual saludaron a todo el mundo, Blake logró encontrar una ubicación estratégica para observar a la mayoría de sus candidatas.

—Gracias, su excelencia, por darnos una tregua —ironizó Katherine—. Creí que jamás dejaríamos de dar vueltas. Nuestra abuela ya no está en edad para caminar media hora entre todo este gentío, ¿cierto, abuela?

—Con los años, Blake se ha vuelto un desconsiderado —bufó Augusta, mas Pemberton no le prestaba atención, ya estaba oteando el entorno. Miró a Katherine y sugirió—: Allá está lady Faith.

Katherine buscó con la mirada y, como si se hubieran llamado con la mente, ambas coincidieron. Se regalaron amplias sonrisas y se saludaron. La hermana de Blake notó que Faith estaba rodeada de varios admiradores. No obstante, la amiga de Kate se disculpó con ellos y se dirigió hacia ella.

Sin perder la sonrisa, ambas jóvenes se tomaron de las manos con cariño.

—Como siempre, me has salvado de languidecer y fenecer —agradeció Faith—. No llevo ni una hora en este lugar y ya me quiero ir.

—Siempre es un placer salvar tu vida —respondió Katherine con suficiencia. Miró a su alrededor, extrañada, y preguntó a Faith—: ¿Peyton no ha llegado?

—No, y no va a llegar. Catarro —explicó sucinta.

—Oh, qué lástima, pero es mejor que se quede en cama.

—Exactamente —convino Faith, acto seguido le dedicó una reverencia a Augusta—. Su excelencia, tan jovial como siempre —saludó con desenfado.

—Y usted cada vez más soltera, ¿a qué hora va a liberar de la miseria a alguno de esos caballeros?

—No lo sé —respondió, apreciando el encaje de sus guantes—. Cuando alguien sea digno de mí. —Desvió su mirada hacia Pemberton—. ¿Su excelencia no saluda?

Blake parpadeó y la miró como si hubiera aparecido por medio de un hechizo.

—Faith, tan taimada como siempre —saludó serio y luego sonrió de medio lado.

—No sería yo si no lo fuera. —Abrió su abanico, que colgaba de su muñeca junto con su ridículo—. Tengo dos bailes libres; una contradanza y un cotillón.

—El cotillón —respondió y, de refilón, eligió a la primera dama de la noche.

Faith, distraída, lo anotó en una de las varillas de su abanico con su lápiz grafito.

—Bien, si me disculpan… Me retiro.

Blake atravesó el salón hacia un grupo de damas y caballeros. La primera que eligió para su misión fue lady Althea.

Katherine y Faith alzaron sus cejas.

—¿Está enfermo? —preguntó Faith.

—Parece que sí… —balbuceó Katherine y dirigió su atención hacia Augusta—. ¿Abuela?

Ella solo sonreía con aristocrática suficiencia.

—Si quieren ver cómo hacer todo mal buscando el amor, observen a su excelencia.

*****

Tres semanas después, Blake estaba sentado frente al hogar de la biblioteca. Tachó de su lista a la penúltima dama. Dio un sonoro resoplido y bebió un sorbo de brandy.

Asistió a cuanto baile, soirée, concierto, ópera y obra de teatro para conocer a cada dama de la lista.

Muy joven.

Muy tímida.

Muy desenfadada.

Muy habladora.

Muy coqueta.

Muy superficial.

Muy desesperada.

Muy joven… Ah, ya lo había enumerado.

¿En qué demonios estaba pensando su abuela?

Sí, debía reconocer que cada una de esas damas eran hermosas, buenos partidos y convenientes, pero siempre faltaba algo. Él sabía muy bien cuál era esa pieza clave: la atracción.

Conocía la sensación, al menos la más primitiva, la que le hacía hervir la sangre y le brindaba noches más que agradables con damas viudas, decepcionadas del matrimonio, pero deseosas de tener una aventura sin mayores compromisos. Pero el otro tipo de atracción, no la había sentido. Aquella que despierta un interés más humano, que acicatea el deseo de querer proteger, admirar y atesorar a una mujer.

Eso quería transmitirles a sus futuros hijos… Si es que los tenía.

Lo recordaba bien de su padre. Él adoraba a su madre y la hizo muy feliz. Siempre sonreían, eran padres amorosos. Blake se sentía el niño más afortunado de la tierra. Incluso cuando su madre ya no estaba y Katherine fue un consuelo para su padre y él.

Tres golpes secos sonaron en la puerta. Era Collins, el mayordomo, un delgadísimo y flemático anciano que no se resignaba a dejar de servir a los Pemberton. Cuando Blake era un niño, Collins ya era viejo.

—La duquesa lo está esperando para asistir al concierto de pianoforte —anunció.

«Aquí vamos otra vez», pensó, al borde del hartazgo.

—Gracias, Collins. —Blake se levantó, no sin antes beber todo el contenido de la copa—. Ni se le ocurra esperarnos en pie.

—Lo pensaré, su excelencia —respondió—. Todavía no puedo creer que hayan contratado un mayordomo para la noche. Es un incompetente.

—No seas quisquilloso, Collins. Ford no te reemplazará hasta que te saquemos con los pies por delante de la puerta.

—Entonces que Ford espere sentado.

Blake negó con la cabeza. Collins era un viejo incorregible.

Se arregló la levita, consultó su reloj de bolsillo.

Esa noche iba a conocer a la última candidata de la lista. Si no valía la pena, iba a posponer sus pretensiones para la siguiente temporada.

Buscar una esposa no era tan fácil como había pensado.

*****

Alice espió detrás de la cortina, muy nerviosa. Al ver que el salón de música de su casa estaba lleno, sintió que la bilis se le subía a la boca.

—Dios bendito… son muchos —susurró.

—Relájate, querida. Tocas precioso, lo harás bien —animó su cuñada, Nora, lady Gray. Su voz era tranquila y maternal—. Has practicado mucho, nada malo va a pasar. —Le tomó las manos con cariño—. Sé que más de alguno quedará prendado de tus talentos, y cuando te conozcan, sabrán la joya que eres.

—No lo sé…

Nora la miró con cierta nostalgia, ella había sido así; inocente, insegura… ingenua.

—Ahí viene Millicent —susurró Nora, apresurada. Alice se tensó y enderezó su postura.

—¿Estás lista? —interrogó Millicent, lady Watford, dedicándole una mirada de dureza a Alice.

—Sí, hermana —respondió la joven.

—¿No pudiste elegirle un mejor vestido, Nora? —cuestionó—. Parece una cualquiera.

Nora frunció el ceño y entreabrió su boca, incrédula. Frenó su impulso de protestar para no dar un espectáculo y arruinar la noche de Alice. En su mente contó hasta diez y respondió con serena convicción:

—¿De qué hablas? Es un vestido perfectamente apropiado. Es lo que están usando todas las debutantes; es recatado, fino y elegante.

—En Alice se ve vulgar —refutó, cruel.

Nora abrazó a Alice, que estaba derrumbándose ante las horribles palabras de su propia hermana. Miró fijo a Millicent.

—Si no tienes nada bueno que decir, mejor calla.

—La que debería callar eres tú. No estás en posición de exigir nada. Estás aquí solo por la generosidad de lord Watford... No sé qué te vio mi pobre hermano para elegirte como esposa, habiendo tantas damas de alcurnia.

—Richard no era bueno tomando decisiones —replicó Nora.

Millicent se acercó de súbito y amenazante, Nora no pudo reprimir un respingo y un escalofrío en su espalda.

—No te atrevas a hablar mal de mi hermano —susurró, furiosa—. O las pagarás.

—Si no pago va a ser novedad, milady —replicó Nora, intentando recuperar su temple perdido.

Millicent la miró con desdén, luego a Alice.

—Más te vale hacerlo bien, o quedaremos en ridículo. Lord Watford está pagando una fortuna para que te cases con un partido apropiado.

Millicent se marchó a paso airado, dejando a las dos mujeres con los nervios de punta. Nora inspiró profundo, maldijo a Richard por dejarlas casi en la ruina. Estaban atrapadas bajo la «protección» de lady Watford.

—Vamos, Alice. No escuches a Millicent, es una amargada. Lord Watford nunca nos ha reprochado nada. —Inspiró hondo para relajarse—. Si todo sale bien, esta temporada podrás casarte y ya no dependerás de ella.

Alice abrazó a Nora, ella sí parecía una hermana mayor. No, a decir verdad, era como una madre.

—Si logro casarme, te vendrás conmigo —propuso con ilusión.

—Es lo que menos espero de ti, jovencita —bromeó Nora, y le arrancó una dulce sonrisa a su cuñada—. Es hora, te ves maravillosa y tocarás perfecto.

*****

Blake se sentó en la primera fila junto a Augusta, quien conversaba animada con lord Watford, el anfitrión de la velada. Había un pianoforte en el centro e instrumentos de cuerda que acompañarían cuando fuera necesario.

Según el programa, lady Alice Loughty, tocaría: *Sonata número 1 en Do mayor: I Allegro, Sonata número 11 en La mayor: II Menuetto* y *Sonata número 16 en Si bemol mayor: II Adagio*.

Blake alzó las cejas, había que ser muy habilidosa para atreverse a tocar esas piezas en público. Era Mozart, por todos los santos.

Las conversaciones cesaron a su alrededor. Blake miró al frente mientras lady Watford presentaba a lady Alice Loughty. Acto seguido, apareció una grácil mujer de cabellos rubios, ojos azules, poseedora de una piel de alabastro y una belleza angelical.

La joven miró en la misma dirección en la cual estaba Blake, y sonrió con indiscutible timidez. El duque sabía que ese cautivador gesto no iba dedicado a él. Miró hacia su derecha y se encontró con una mujer madura que era la antítesis de lady Alice.

Principalmente, porque era viuda.

Su recatado vestido de seda crepé, de un insípido tono lavanda, delataba su medio luto. Era probable que llevara más de un año de duelo. Pero aquel color no opacaba la estoica estampa de la mujer; tenía un porte digno y orgulloso, mas no altanero. Pero lo que le sorprendió de sobremanera fue la sonrisa que le dedicó a la joven concertista.

Fue un verdadero prodigio.

Si le hubieran preguntado a Blake qué le parecía aquella mujer antes de esa sonrisa, habría contestado que era corriente, sin gracia y olvidable.

Pero ya no podía decir eso, era preciosa, no como lo establecían los cánones reinantes. De hecho, era lo contrario; labios carnosos y rojos, ojos vivaces, cabellos de un color salvaje que le hizo evocar cerezas maduras.

Lady Alice comenzó a tocar.

No obstante, Blake no le prestaba atención, apenas podía percibir el eco de las armoniosas notas musicales. No podía dejar de mirar subrepticiamente a la mujer que estaba al lado suyo. Intentó hacer memoria. Estaba seguro de que, si la hubiera visto antes, la recordaría; esas pecas que jaspeaban sus mejillas eran inolvidables. ¿Sería la institutriz de lady Alice?

«Dios, ojalá que no», pensó. De inmediato se sorprendió de esa vehemente reacción.

Se deshizo de ese pensamiento, se concentró en la virtuosa lady Alice. Deslizaba sus dedos sobre las teclas con sentimiento y destreza. Era un espectáculo digno de admirar.

Sin embargo, Blake volvió a mirar de soslayo a la derecha. Un movimiento le hizo dirigir su atención hacia el regazo de la desconocida. Movía sus dedos con sutileza y gracia, al mismo tiempo que lady Alice, como si estuviera haciendo un dueto de pianos.

No pudo dejar de imaginar cómo eran las manos que ocultaban sus guantes. Sin duda debían ser femeninas, de largos dedos finos.

No se percibía bajo la delicada tela del guante, algún rastro del anillo de matrimonio.

Era posible que no extrañara al difunto.

Una ovación de pie recibió lady Alice, tímida, dulce y bella.

Blake ya no pudo aguantar más la curiosidad; el impulso superaba el decoro. Dedicó una

mirada ávida y directa hacia la «señora misterio».

Sonreía, orgullosa, con incipientes lágrimas de emoción. No era muy alta, le llegaba al pecho. Pero aquello no le restaba atractivo, se podía atisbar que estaba pletórica de curvas maduras, puestas a la perfección donde debían estar.

Y después de ese atrevido recorrido visual, levantó un poco la mirada y se encontró con sus ojos castaños, tan claros como la miel. Un cejo ligeramente fruncido.

In fraganti.

Blake se aclaró la garganta.

—No me voy a disculpar por admirar a vuestra merced… —declaró con más valentía de la que realmente sentía. Era un maldito duque, podía permitírselo.

—Dudo que el duque de Pemberton sepa lo que es pedir una disculpa —replicó la dama con voz serena y autoritaria.

—¿Nos han presentado alguna vez? —preguntó, y aquello desconcertó a la mujer.

Pero pronto se repuso para replicar:

—No es necesario que nos hayan presentado para saber quién es usted, su excelencia.

Blake sintió que alguien lo tomaba del brazo.

Oh, era su abuela. La había olvidado.

—Veo que ya conoces a Nora Loughty, condesa viuda de Gray.

Capítulo III

Así que ella era la viuda de Gray.

¡Pobre mujer!

—Estaba teniendo el placer de conocerla —contestó Blake a su abuela, sin saber si agradecía o no esa interrupción.

—Buenas noches, su excelencia —saludó Nora con una reverencia—. Qué alegría contar con vuestra presencia.

—Lady Alice es muy talentosa —halagó la duquesa de Pemberton, abanicándose con movimientos elegantes—. Me han contado que usted se ha preocupado de cultivar esa habilidad en la joven, desde que se convirtió en la condesa de Gray.

—Solo he pulido un diamante que ya brillaba desde los diez años —rebatió sin falsa modestia—. Lady Alice, desde pequeña, ha sido una dama excepcional.

—No hay duda, querida… Su trabajo es inmejorable… —elogió, sincera—. Por cierto, sé que ha pasado un año, pero no he podido darle mis condolencias.

—Gracias, excelencia. Hace dos meses se cumplió el aniversario del fallecimiento de lord Gray —respondió Nora con voz átona. Todos enaltecían su calma y templanza, mas nunca imaginaban que ella estaba muy lejos de sentir dolor por la pérdida.

—Es bueno que haya vuelto a Londres, querida, después de tanto tiempo. Todavía recuerdo cuando era una joven debutante hace unos diez años. Richard se llevó lo mejor de esa temporada.

«Una atípica rosa inglesa», pensó Nora con sentimientos encontrados, había un tinte de nostalgia por esa inocencia que perdió. Esa Nora estaba muerta, ahora esperaba, al menos, evitar que su querida Alice lograra un matrimonio tan nefasto como el suyo. No era experta en caballeros, pero sí podía reconocer a los peores; los que tenían una reputación demasiado impoluta.

Esos ocultaban su lado monstruoso con maestría.

—Mis condolencias, milady —dijo Blake, sacando a Nora de sus pensamientos.

—Muchas gracias, su excelencia —agradeció, inclinando su cabeza con elegancia. Y, justamente, Nora encontró su oportunidad, ese era su momento para actuar y evitar esos ojos oscuros que seguían fijos en ella—. Si me permite el atrevimiento, me gustaría presentarle a lady Alice. Estará encantada de recibir sus alabanzas.

—Será un gusto —accedió Blake. Nora dio una reverencia y salió en busca de su cuñada.

—Más te vale fijarte en la joven y no en la viuda —sentenció Augusta, para luego susurrar—: En ocho años de matrimonio, lady Gray nunca pudo concebir un heredero.

—Quizás fue lo mejor… —replicó, no sin sentir extrañeza ante ese comentario tan fuera de lugar por parte de su abuela. Ella no solía ser así—. Gray era ese tipo de caballero que…

No pudo terminar la oración, de reojo, notó que se acercaba lady Alice con… ¿Lady Watford?

¿Dónde estaba lady Gray? Blake se desanimó al no encontrarla dentro de su campo visual.

—Esa es la otra cuñada de lady Gray —informó Augusta entre dientes.

—Lo sé —respondió Blake del mismo modo, sin perder su amable sonrisa.

—¡Qué honor tenerlos en nuestro humilde concierto, sus excelencias! —exclamó Millicent con excesivo entusiasmo.

—Ha sido un verdadero placer, sin duda, lady Watford —respondió Blake con un tono de voz serena, sin embargo, en su fuero interno, se restregaba la cara de pura frustración.

—Permítame presentarle a mi hermana menor, lady Alice Loughty. Esta es su primera

temporada.

—Por un momento pensé que usted era la hermana menor —replicó Blake, sacando todo su arsenal adulador. No le gustaba flirtear por deporte, pero era el modo de mantener a raya a las arpías.

Y, según algunos rumores entre las grandes damas, Millicent era conocida por tener una lengua viperina.

Pobre lord Watford. Era un buen hombre y, según tenía entendido Blake, apenas sobrepasaba los treinta años y ya llevaba soportando ocho de matrimonio. Quizás la juventud le hizo una mala jugada al escoger a Millicent Loughty para convertirla en su condesa. En apariencia eran una pareja unida y ambos eran atractivos. Sin embargo, solo bastaba tratar a lady Watford por unos minutos para empezar a sentir lástima por el afable conde.

—Oh, su excelencia, me halaga… —Y Millicent, haciendo gala de una mal disimulada discreción, le dio un codazo a Alice.

—Es un placer conocerlo, milord… su excelencia —se corrigió por su torpeza, e hizo una digna reverencia. Millicent la miró con ferocidad, pero la joven compuso una bella sonrisa—. ¿Ha disfrutado del concierto?

—Es una intérprete muy habilidosa, lady Alice, fue toda una osadía elegir esas piezas. Pocas personas son capaces de hacerlo sin quedar en ridículo.

—Lady Gray eligió el repertorio —comentó Alice, feliz de elogiar a Nora frente a Millicent. No entendía el motivo por el cual su hermana mayor odiaba con tanto fervor a su cuñada. Siempre, siempre fue así.

—Ya veo, ¿es muy exigente? —repuso Blake.

—No más de lo que se exige a sí misma —respondió con una pizca de orgullo. Blake alzó una ceja; la damita tenía garras escondidas.

—Su concierto fue impecable —alabó, sincero—. Es difícil encontrar belleza y talento en una sola persona.

—Pero solo una de ellas permanece en el tiempo —añadió Alice con soltura.

—E inteligencia —intervino Augusta con cierto brillo de malicia en sus ojos—… Eso sí dura toda la vida.

—Exactamente —convino Blake—, pocos hombres toleran esa cualidad en las damas. Hay que ser valiente… o loco —bromeó.

—¿Y usted es valiente o loco? —se atrevió Alice a seguirle el juego.

—Ni siquiera tengo una respuesta clara. Me ha pillado.

—Su excelencia —intervino Millicent con astucia, poniendo fin a la interesante conversación—. En dos semanas mi esposo estará ofreciendo una cena, será algo íntimo e informal, nada de exigentes protocolos. ¿Podemos contar con su presencia?

—Será un placer —respondió sin meditar.

—Le enviaré una invitación, esperaremos ansiosos su confirmación… —señaló, mimosa—. Ahora, si nos disculpan, debemos atender al resto de nuestros invitados.

—Por supuesto.

Alice y Millicent les brindaron respetuosas reverencias y se retiraron.

Blake contempló cómo ambas mujeres se dirigían hacia un grupo de damas y caballeros para entablar conversación.

Lady Alice era un dechado de virtudes. Perfecta.

Sin embargo, por algún extraño motivo, le intrigaba más lady Gray.

Pemberton miró de refilón hacia una silueta fugaz, la cual movió las cortinas que

enmarcaban el escenario donde estaban los instrumentos musicales, y que eran rodeados por decenas de candelabros, los que le conferían al lugar una puesta en escena teatral.

No fue difícil imaginar que lady Gray los estaba espiando.

Una ladina, pero leve sonrisa apareció en su rostro. ¡Qué ventaja! Siempre pensó que era más sencillo entablar una conversación con una viuda. No existía la preocupación de caer en artimañas donde le acusaran de mancillar una reputación y ser obligado a actuar con honor, como solía ocurrir con las debutantes guiadas por matronas ambiciosas.

—Iré por una limonada —anunció con voz monocorde, y miró a su abuela—. ¿Quieres una?

—A mí no me ofrezcas bebidas de debutante, querido.

—¿Champaña?... ¿Oporto?

La mirada de Augusta fue elocuente. Blake siempre le hacía la misma broma, pues sabía que ella prefería el vino.

Blake se perdió entre los asistentes y enfiló sus pasos hacia un sirviente que portaba una bandeja de limonadas. Tomó una copa, bebió un par de sorbos y, en vez de ir a buscar vino para su abuela, fue hacia su objetivo, el cual era muy escurridizo.

*****

Nora salió al balcón a tomar aire fresco. El calor del salón era insoportable y necesitaba relajarse. Millicent había perturbado su humor al exigir ser ella quien acompañara a Alice en su presentación al duque.

«No tienes clase, ni sabrás qué hablar con su excelencia, campesina», argumentó cruel, «no arruinarás esta oportunidad».

Nora apoyó sus antebrazos en la fría balaustrada de piedra y admiró el jardín que era iluminado por la pálida luz de la luna.

Ella sabía que Alice no necesitaba mayor supervisión. Su cuñada, con sus casi dieciocho años, se desenvolvía espléndidamente. Era Millicent y sus amargos comentarios, quien ponía nerviosa a la joven. No obstante, lograba reponerse y tenía a todos comiendo de la palma de su mano con su natural calidez e ingenio.

Si todo salía bien, Alice iba a tener el privilegio de elegir a su futuro esposo… y, si Dios la bendecía, incluso podría obtener un enlace con afecto y cariño.

No le gustó el duque para su cuñada, tenía la fama de ser demasiado perfecto, la quintaesencia del caballero inglés, pese a su aspecto no tradicional. Al llegar a Londres, Nora averiguó todo sobre los potenciales pretendientes que podrían aspirar a la mano de Alice. El duque de Pemberton, aparte de ser atractivo, jamás había protagonizado algún escándalo; era respetado en el Parlamento, tanto por los Tory, como por los Whig; no era libertino, ni se asomaba en las casas de juego o burdeles; tampoco lo habían visto borracho, ni siquiera achispado. Y si había tenido amantes, nadie lo sabía, era discreto a más no poder.

Un dechado de virtudes. Perfecto.

Así era Richard…

Inspiró hondo para deshacerse de ese sentimiento de indefensión, que la embargaba cada vez que evocaba en sus recuerdos a su difunto esposo. Le iba a costar toda la vida recuperarse de todo el daño que le provocó durante ocho años… ya tenía veintiocho. A veces sentía que había vivido demasiado y, al mismo tiempo, tan poco.

Por eso mismo, Nora lo tenía todo planeado, en cuanto Alice resolviera su vida, ella podría

hacer la suya. Dama de compañía o institutriz eran buenas opciones de trabajo digno. Gracias a su joven cuñada, ya se estaba granjeando una reputación de ser excelente guía para las jóvenes debutantes.

Odiaba vivir con Millicent y depender de su «caridad». Odiaba ser una carga para lord Watford. Odiaba a Richard por destruirla y dejarla en la calle, el título estaba en la ruina… Si por lo menos hubiera podido conservar su asignación de viudez, habría sido libre.

El actual conde de Gray con suerte podía arreglar todo el estropicio financiero que dejó Richard. Heredar un título lleno de deudas no era el sueño de nadie.

Si ella no estaba en la calle era gracias a Lord Watford, un generoso ángel de la guarda, sin discusión alguna. Si hubiera sido por Millicent, solo se habrían hecho cargo de Alice.

—¿Está bien, lady Gray? —preguntó una amable voz masculina a su lado. Nora jadeó y se llevó la mano al pecho. Sus latidos se dispararon en un acelerado compás.

Miró de reojo, era él.

—¡Casi me mata del susto, su excelencia! —amonestó, girándose hacia el duque con el cejo fruncido.

—Mis disculpas, milady, no fue mi intención —respondió con tal tono de inocencia que Nora casi le creyó.

Casi.

—Solo salí a tomar aire fresco —se apresuró ella a explicar.

—¿Quiere una limonada? Todavía están medianamente buenas —ofreció, dispuesto a ir a buscar una. Era un caballero, después de todo.

—No se moleste, muchas gracias.

Silencio… tenso, incómodo.

Pemberton se situó a su lado y se apoyó de costado, reposando su peso en la balaustrada. La brisa fría le sentó bien, llenó sus pulmones de aire, y fueron inundados por el tenue aroma de jazmines que lady Gray emanaba.

—Si me disculpa, iré al salón —anunció Nora, de súbito.

—¿Mañana puedo venir a presentar mis respetos? —preguntó, directo. Lady Gray lo evadía como si fuera la peste, y no le daba cabida a entablar ninguna conversación.

—No debería pedirme autorización, sino a lord Watford… Aunque sé que él no le negará la entrada a un duque. Pero déjeme advertirle, no importa quién sea usted, yo no lo apruebo. Ni siquiera sueñe en la posibilidad de cortejar a lady Alice.

Blake alzó las cejas, ¡vaya atrevimiento! Lady Gray no mostraba las garras, estaba desollándolo vivo sin que le temblara la mano.

—¿Y se puede saber por qué? —interpeló, enderezándose.

—Eso me lo reservo, no tengo por qué darle explicaciones —respondió mirándolo a los ojos, aunque eso significara tener que alzar la barbilla y estirarse cuan larga era.

Resuelta, dio media vuelta y avanzó un paso.

—No soy como Gray.

Nora se detuvo. No quiso mirar al duque, si lo hubiera hecho, él habría descubierto a la Nora vulnerable. Nadie la vería así otra vez.

—Usted, realmente, no tiene idea de cómo era él —aseguró, intentando no perder el control.

—Tal vez. Incluso cuando yo era un joven ingenuo, sabía que el día que Gray se casara, su esposa iba a vivir en un infierno —argumentó con la certeza de que había dado en la diana.

—Dudo que un hombre logre dimensionar lo que es el infierno para una mujer. De ser así,

nos tratarían de otra forma… Buenas noches, su excelencia.

—Nos vemos mañana, milady… aunque no me apruebe.

Blake no sabía si era valiente o estaba loco.

Capítulo IV

Alice estaba encantada, cinco caballeros se encontraban en la estancia llenándola de flores y cumplidos, intentando llamar su atención. Se sentía como una reina, sentada en su poltrona, rodeada de apuestos y entusiastas pretendientes.

¿Cómo sería cuando fuera su presentación oficial?

Nora ejercía su rol de carabina; a una distancia prudente, tocaba en el pianoforte una melodía suave para amenizar el ambiente, al tiempo que vigilaba sin ser demasiado intrusiva. Sin embargo, estaba atenta a las conversaciones que, hasta el momento, eran apropiadas y decorosas.

Wilkins, el mayordomo, entró en la estancia. Las conversaciones cesaron y los caballeros miraron a la expectativa. La presencia del hombre solo indicaba que llegaría más competencia.

—Su excelencia, el duque de Pemberton. —Una nota en el pianoforte se desafinó—. Desea una entrevista con usted, lady Gray.

Alice alzó las cejas y miró a Nora, quien estaba impertérrita, con sus dedos viajando a través de las teclas como si no hubiera cometido ni un error.

Extraño, Nora rara vez se equivocaba en el piano.

—Lo recibiré aquí —respondió lady Gray sin levantar la vista.

Wilkins dio una reverencia y salió de la estancia.

Las conversaciones volvieron.

—Si me disculpa un segundo, lord Carmathen —se excusó Alice a su pretendiente y fue directo hacia Nora, quien estaba dando la última nota de la pieza que estaba interpretando—. Nora, ¿conocías de antes al duque de Pemberton? —preguntó muerta de curiosidad.

—No, solo conozco su impecable reputación —respondió, al tiempo que revisaba sus partituras—. Anoche fue la primera vez, y solo intercambiamos unas cuantas palabras de cortesía, nada especial.

—Pues es extraño que solicite una entrevista contigo.

Nora miró a Alice sintiendo una punzada en el núcleo de su amor propio. ¿Acaso no era digna de una mínima demostración de interés en nadie del sexo opuesto? Independiente de si ella quería o no recibir una pizca de atención masculina, ser invisible no era una sensación bienvenida.

—¿Y si quiere conocerte? —agregó Alice con una sonrisa llena de inocente ilusión—. A lo mejor no le importa si eres viuda.

Nora, de inmediato, se sintió culpable. Desde la noche anterior estaba alterada, la conversación que tuvo con el duque en la terraza la dejó inquieta y a la defensiva.

Debía calmarse, tomar las riendas.

—Tal vez es más astuto y quiere saber cosas de ti a través de mí —argumentó Nora la opción más lógica.

—Si se da ese caso, entonces le dices que me gustaría probar los helados del Gunter’s.

—Ya veremos… —«Ni loca le diré», pensó vehemente.

—Ahí viene hacia aquí, ya saludó a los caballeros —susurró Alice y se irguió elegante, a la espera de Pemberton.

—Lady Alice —saludó el duque dando una regia inclinación—. Su belleza es más impresionante a la luz del día.

—Su excelencia —respondió con una reverencia—. Es muy amable… y adulador.

—Tengo una hermana menor, un poco mayor que usted, debo cultivar la adulación para no tener un escarpín volando directo a mi cabeza —replicó de buen humor.

—Ya quiero conocerla.

—Coincidirán pronto con lady Katherine en el baile que ofreceremos dentro de unas semanas.

—Ya hemos confirmado nuestra asistencia —afirmó con delicado entusiasmo—. Si me disculpa, debo seguir atendiendo a mis invitados.

—Descuide, puede que encuentre a su futuro esposo entre ellos. Tenga cuidado cuando empiecen a dedicarle sonetos apasionados. A esos debe evitar a toda costa, como si fueran las plagas de Egipto —indicó serio, a tan solo un tono de sonar paternal.

—Lo tendré en cuenta. Por el momento, solo son flores y elogios.

Alice los dejó en una exhalación.

Blake desvió su atención hacia Nora, ella se levantaba y alisaba una inexistente arruga en su recatado vestido de día. Él ya estaba empezando a sentir aversión por el color lavanda.

—Lady Gray. —Le dedicó una inclinación, al tiempo que ella respondía con una leve reverencia—. Es un placer volver a verla.

—Su excelencia. —Alzó la mirada y se encontró con los ojos oscuros del duque.

Qué peculiar color. La noche anterior parecían muy negros, pero, a la luz del sol, el color le hacía evocar el cálido chocolate. Pero había algo más allá en su mirada, algo…

Dejó de divagar.

—Creo que ayer fui muy clara, su excelencia —espetó Nora en voz baja, volviendo a sentarse frente al piano.

—Así es. Sin embargo, usted entendió mal. No he venido por lady Alice —respondió Blake con el mismo tono de secretismo. Tomó las partituras que se encontraban sobre el pianoforte y comenzó a revisarlas—. No sé si el mayordomo hizo bien su trabajo, pero fui muy específico al solicitar una entrevista. Con usted precisaba conversar.

—Eso anunció Wilkins. Debo reconocer que usted es muy astuto. ¿Quiere información de lady Alice? ¿Ganarse mi confianza para llegar a ella? —interpeló, dejando en claro su recelo.

—Ni lo uno ni lo otro —negó—. ¿En serio puede tocar estas piezas?, son muy complejas —preguntó, leyendo la portada de una partitura y luego se la mostró a Nora arqueando sus cejas—. ¿Beethoven?

—Sí puedo. Aunque, de esa sonata, la parte más compleja es el tercer movimiento —respondió, estirando la mano para que Blake le diera la pieza elegida—. ¿Qué quiere, su excelencia?

—Lo que quiera darme —respondió entregándole la partitura—. Mis intenciones son honorables.

Nora esbozó una sonrisa, pero su expresión era escéptica. Comenzó a tocar las melancólicas y lánguidas notas del primer movimiento de la *Sonata número 14, Quasi una fantasia*[1].

Al cabo de un minuto, Nora retomó la conversación:

—Todos los caballeros tienen intenciones honorables al principio —satirizó, alzando las cejas.

—Tiene razones para dudar, milady —convino Blake y cambió la página de la partitura—. Quiero que me dé el beneficio de la duda.

—¿Por qué?

—Porque me está juzgando sin siquiera conocerme —se defendió—. ¿Qué tiene de malo que desee saber más de usted? Aunque no lo crea, es la única dama interesante con la que he tratado las últimas semanas.

—¿Más interesante que lady Alice? —espetó, no quería bajar la guardia.

—Lady Alice es una espléndida dama. Sin embargo… —Se inclinó un poco hacia Nora—. ¿Puedo confesarle algo?

—Adelante.

—Ella no me interesa como mujer. —E hizo una mueca de desagrado.

Nora no pudo evitar el impulso de mirarlo asombrada. Si una dama hermosa y llena de virtudes no le interesaba a él como mujer… ¿Acaso el duque era…? ¡Santo Cielo! ¡Cómo podía decir semejante barbaridad a una persona que conoció hacía medio segundo!

—¡Oh, no!... ¡No, no, no, no! No me malinterprete, por Zeus —se apresuró a aclarar—. Ella como mujer no me interesa, pero usted sí.

Nora erró una nota. Otra más.

—Creo que lo empeoré —murmuró para sí mismo, pero Nora logró escucharlo de todos modos.

Y ella rio.

Aquella risa a Blake le supo a gloria. A la luz del día, lady Gray era como el mismo sol.

Le cambió la página de la partitura. Y parte de la barrera que Nora había puesto entre ellos, se desmoronó.

—Lo empeoró estrepitosamente, su excelencia —acentuó Nora y tras un par de segundos, suspiró—. Sin embargo, me temo que lo único que puedo ofrecerle es mi amistad.

Blake se quedó pensativo. Había algo en ella que le atraía y lo tentaba a querer conocerla y sabía que, lo que lady Gray le estaba mostrando, ni siquiera estaba cerca de la superficie de quién era en realidad.

La amistad entre una dama y un caballero era algo extraño, pero no imposible si lo analizaba con más profundidad. En el pasado, Blake no había intentado ser amigo de una mujer, aunque, siendo honesto, nunca había concebido esa idea. Tal vez lady Gray lo quería ahuyentar poniendo la amistad como un obstáculo difícil de soslayar.

Él no era un cobarde.

—La acepto. No obstante, tengo una condición —respondió.

—¡Y tiene la osadía de poner condiciones! ¡Es inaudito!

¿Qué clase de persona era el duque? Uno muy terco, sin duda alguna. Debía ir con cuidado.

—Soy un duque, es inevitable que quiera poner mis términos sobre la mesa y negociar —explicó con suficiencia aristocrática.

—¿Y cuáles serían sus términos? —preguntó, espoleada por la curiosidad.

—Si demuestro que mis intenciones son honorables, y si entre nosotros surge afecto y confianza mutuos, me gustaría que considerara una relación más permanente en el futuro.

¡Ja! Ahí estaba el *quid* de la cuestión. ¡Hombres!

—Sea específico, excelencia. Somos adultos y no necesita recurrir a indirectas, ¿a qué tipo de relación se refiere? ¿Amantes? —interrogó con un tono de voz que bordeaba lo cáustico.

—Matrimonio.

Otra nota en falso. No importaba, era imperceptible.

—¿Se ha vuelto loco? —Nora lo miró con los ojos desorbitados, sin dejar de tocar.

Impresionante.

—Un poco, debo reconocer. Por eso mismo aceptaré su amistad. Finalmente, todo depende de cómo se desarrolle lo que me ha ofrecido. —Dio vuelta la página de la partitura y la atención de Nora volvió a las teclas—. Toca muy bien el pianoforte, muy diestra me atrevería a decir, pese a ese par de notas que erró…

—Cualquiera pierde la concentración si un extraño habla de matrimonio —aseveró directa.

—Oh, lady Gray, ya no soy un extraño. Nos hemos visto dos veces… —Nora bufó burlona, pero Blake prosiguió impávido—. Y debo aclararle que el matrimonio es solo una de las consecuencias que su ofrecimiento de amistad puede traer; así como es posible que nos enamoremos locamente, también podría ser que solo simpaticemos como camaradas. Yo considero que los dos ganaremos sin importar el resultado.

—O puede que terminemos detestándonos —acotó.

—Tiene razón, pero no creo que lleguemos a ese extremo.

—¿Por qué lo dice?

—Porque me ha dado la conversación más estimulante de mi vida, ni siquiera me respeta y debo admitir que lo hace con estilo. No pretende adularme y me dice lo que piensa, directa, sin recurrir a odiosos eufemismos. Jamás podré detestarla, lady Gray… Y cuando me conozca mejor, sé que no me odiará.

—Percibo una cuota de arrogancia en sus palabras.

—Todos los hombres somos así, pero yo no abuso de ese poder. Me parece deleznable cuando lo usan como arma de destrucción. Hay que ser sensato para elegir cuándo recurrir a la arrogancia; momentos, personas y lugares.

Nora prosiguió con la sonata. No volvieron a hablar. Blake disfrutaba de la melodía y admiraba los ágiles y elegantes dedos de lady Gray que acariciaban las teclas. No había anillo de matrimonio.

Ninguna joya, en realidad, pero ella no las necesitaba.

Lady Gray era una pianista virtuosa, de haber sido hombre, pudo haber sido un reconocido concertista.

Pero se casó con Gray.

La música cesó.

Unos discretos pero sinceros aplausos inundaron la estancia. Nora recordó que no estaban solos. Pemberton también aplaudía.

—Excelso, lady Gray —elogió Blake.

Nora se puso en pie e hizo una modesta reverencia. Al levantar la vista, se encontró con la falsa sonrisa y los fríos ojos azules de Millicent. Lo que le faltaba.

Ya podía imaginarlo. En cuanto se fueran los caballeros, su cuñada iba a empezar a escupir su veneno como la víbora que era.

Beethoven la ponía de muy mal humor. Lady Watford siempre aseveraba que sus melodías eran en exceso apasionadas y nada apropiadas para ser interpretadas por Alice.

—¿Es habitual que se enrarezca el ambiente cuando lady Watford llega, o son ideas mías? —preguntó Blake en un susurro, mientras observaba cómo Millicent saludaba a los otros caballeros.

—No son ideas suyas —respondió Nora en ese mismo tono.

—Es una arpía, ¿cierto?

—Esa es una denominación mezquina. —Se atrevió a confesar… y fue liberador.

—¡Válgame el cielo! —susurró Blake—. Si necesita un rescate solo dígalo y me convertiré en su Lancelot. Para eso están los amigos.

—Si logra sacarme de aquí por media hora, lo consideraré —propuso sin pensar, acicateada solo por el deseo de evitar ser el blanco del malhumor de Millicent. Necesitaba respirar.

Con toda su alma necesitaba aire.

—Delo por hecho.

Nora sonrió, en ese momento y sin darse cuenta, había confiado.
No sabía que era el principio de una gran amistad.

Capítulo V

—Bienvenido, su excelencia. No imaginé tenerlo tan pronto en mi casa —saludó Millicent, zalamera, ofreciendo su mano para que fuera besada. Intentaba no mirar a Nora, quien estaba sentada en el pianoforte ordenando sus partituras, ignorando el intercambio.

—El placer es todo mío, milady —replicó Blake, dando un fugaz beso en los nudillos de lady Watford.

—Asumo que mi hermana es el motivo de su visita.

—La verdad es que no, milady, mi interés es puramente artístico.

—¿Ah, sí? —preguntó intrigada.

—Beethoven —respondió lacónico—. En realidad, venía por la asesoría de lady Gray.

—¿Nora? —soltó casi como un graznido.

—Oh, así que ese es su nombre —mintió con descaro, fingiendo desinterés—. En fin, a juzgar por el sobresaliente concierto ejecutado por lady Alice, todo indica que lady Gray tiene un gusto impecable, y el repertorio de partituras de Pemberton House necesita ser renovado.

—Pero, su excelencia, lady Alice puede asesorarlo de igual modo —sugirió Millicent.

—Lo sé, pero en este momento está atendiendo a sus visitas y no quisiera importunar… Oh, sí, usted podría ayudarme y acompañarme a la librería del señor Crestwell. No tomará mucho tiempo, quizás media hora.

Aquello desconcertó a Millicent, se debatía entre mentir y admitir que Nora era la más adecuada.

—La verdad es que vine sin avisar —continuó Blake—, usted me disculpará, mi agenda es muy apretada y con suerte tengo tiempo en las mañanas. Solo estoy tentando mi suerte.

Millicent compuso una sonrisa forzada. Mentir era inviable; esa librería quedaba cerca, y jamás había puesto un pie en ese lugar, en cambio Nora...

—Si lady Gray no tiene inconveniente… —Millicent miró a su cuñada de soslayo, parecía que no le agradaba la idea de salir—. Nora, acompaña a su excelencia —ordenó—. Yo te sustituiré siendo carabina de Alice.

—Será un placer —respondió Nora, con voz átona—. Si me da un par de minutos para prepararme…

Blake sacó su reloj de bolsillo y consultó la hora, frunció el entrecejo como si estuviera con el tiempo justo.

—Por supuesto. Por favor, no tarde —solicitó con su mejor tono pomposo ducal.

Nora le abrió los ojos, reprendiéndolo con ese gesto. Blake apretó los labios para no reír.

—Si me disculpan. Deme cinco minutos, su excelencia.

Nora se retiró del salón. Blake aprovechó la instancia para despedirse de las damas con suma galantería, e intercambiar breves palabras de cortesía con los caballeros, quienes estaban bastante aliviados al constatar que los propósitos del duque no eran entrar en la carrera por la mano de la maravillosa lady Alice.

Al terminar con las cortesías, el mayordomo le señaló a Blake que lady Gray lo esperaba en el vestíbulo.

Nora iba ataviada con un *spencer* azul —«Gracias a Dios no es lavanda», pensó Blake—, bonete y guantes. Si bien era primavera, los días todavía eran frescos.

Blake le ofreció su brazo y Nora lo miró con cierta renuencia y, acto seguido, tomó una honda respiración y se aferró a él con suavidad.

Al salir, el tibio sol los recibió con una tenue caricia en sus rostros. Nora entornó sus ojos y

en su rostro apareció una amplia sonrisa de puro gusto y… alivio.

Mientras caminaban por Oxford Street, Blake observó cada gesto de ella. Lady Gray había rejuvenecido diez años con la luz del sol, y por el hecho de estar unos minutos lejos de la prisión que significaba Eden Hall, la casa de lord Watford.

No era un secreto para la buena sociedad la sorpresiva ruina de lord Gray al momento de su fallecimiento. Los detalles fueron dándose a conocer a medida que avanzaba el tiempo; mala gestión de su herencia para sanear las deudas que arrastraba el título desde la muerte del conde anterior, agravado por el estilo de vida que iba más allá de sus posibilidades. Entre los caballeros era *vox populi* su «amistad» con Fanny White, una de las más bellas cortesanas de la última década.

Los secretos de Gray, que comenzaron a salir después de su muerte, eran un escándalo tras otro.

Blake conocía de antes la naturaleza dual de Gray, lo perfecto que era ante la sociedad, y lo perverso, cruel y soberbio que era cuando creía que nadie lo veía.

O cuando bebía.

No le sorprendió nada de lo que se descubrió.

Y ahora llevaba del brazo a su viuda. Su imaginación volaba con tan solo plantearse el infierno que vivió.

El que todavía vivía.

Millicent era la versión femenina de lord Gray. La excepción en esa familia era la afable lady Alice, quien, a juzgar por la cercanía con lady Gray, era la única de los Loughty que no era mala persona.

Blake decidió que no diría ninguna palabra, por mucha atracción que sintiera por ella —y curiosidad también—. Intuía que lady Gray necesitaba estar sola o, al menos, sin que nadie la fastidiara por unos minutos.

Y él no quería fastidiarla, le había costado todo su ingenio, paciencia y valentía convencerla de no medirlo con la misma vara que a Gray. Aún le temblaban las piernas, por Zeus.

En su vida había sido tan osado y terco por ganar el favor de una mujer.

Y es que, por lo general, con las mujeres solo bastaban unas palabras, unos gestos y el trabajo estaba hecho.

—Ahora me doy cuenta de que la tienda del señor Crestwell está del otro lado —señaló Nora, dando fin al cómodo silencio. Se acercaban a Hyde Park

—Solo inventé esa excusa —repuso Blake—. En realidad, si hubiera revelado este destino, lady Watford nos habría endilgado a lady Alice… y quizás ella misma. Me da escalofríos de tan solo pensarlo.

—A mí también —convino Nora.

—De todas formas, podemos pasar a la tienda cuando volvamos. Voy a abusar de su impecable gusto musical.

—No se preocupe… Puedo transcribirle las partituras de mi colección personal. Las que vende el señor Crestwell son… —Titubeó por unos segundos—. No importa, olvídelo.

—Oh, no me va a dejar con la curiosidad. ¿Qué tienen de malo? ¿Son de dudosa calidad? ¿Vienen incompletas?

—No, nada de eso, son muy buenas y siempre intenta traer lo último —respondió Nora. En ese momento, detestaba su forma de ser, era incapaz de mentir si no era imperativo.

Se internaron en Hyde Park, una brisa fresca les dio la bienvenida.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema? —interrogó Blake.

—Son costosas —admitió, sintiendo que el color de su cara se tornaba carmesí.

Lord Watford era generoso, pero ella se resistía a gastar la asignación que él le daba en algo tan banal como una partitura. A decir verdad, casi no hacía uso de ese dinero, guardaba cada penique por si acaso. Era más económico pedir prestadas partituras de las casas de otras damas, o las que publicaban en el magazine *La Belle Assemblée*, y transcribirlas.

—Oh, entiendo… ¿Sería demasiado el atrevimiento comprarle una partitura? En honor a nuestra incipiente relación de amistad. Usted me ha regalado una excelente interpretación de Beethoven. Soy un caballero que aprecia una ejecución sobresaliente, considero que la música es una de las cosas que nos hace humanos.

—No es necesario, su excelencia…

—Insisto —decretó y le dio unas palmaditas en la mano—. Y ya que somos amigos, le sugiero que me llame por mi nombre de pila, los títulos rimbombantes se pueden dejar aparte.

—Usted apenas puede recordar mi nombre —recriminó—. Si no se dio cuenta, estaba al lado suyo cuando dijo «oh, así que ese es su nombre» —parafraseó, imitando el tono de Blake.

Fue el turno del duque para reír, lady Gray lo estaba insultando con mucha gracia.

—Oh, eso —dijo Blake después de ver que Nora estaba seria—. Lo recordaba a la perfección, pero necesitaba domar a lady Arpía. Las personas como ella disfrutan de la humillación ajena. En otras palabras, fingí que su nombre me importaba un comino, porque es evidente que usted representa una amenaza, y ella quiere mi atención sobre lady Alice. Cuando regrese a casa, le garantizo que la condesa no la fastidiará.

—Millicent hallará una forma para hacer mi existencia miserable. No necesita mentir para evitarme problemas con mi cuñada, su excelencia.

—Lo lamento, entonces no volveré a recurrir a una táctica como esa… —prometió solemne. Al cabo de unos silentes segundos, preguntó—: ¿Por qué ella la odia tanto?

Nora suspiró.

—Tenemos la misma edad, cuando me casé con Gray, pensé que seríamos como hermanas. —Esbozó una sonrisa triste—. Me odia solo porque respiro.

—No obstante, su relación con lady Alice es muy diferente, ¿o ella también es una mentirosa consumada?

La sonrisa de Nora se dulcificó.

—Alice es como si fuera mi hija, ella tenía diez años cuando llegué a la familia y la he criado desde ese entonces. El primer año de mi matrimonio fue… difícil a causa de Millicent. Luego Gray concertó su enlace con lord Watford antes de tener siquiera una temporada en Londres.

—En ese caso, lady Arpía debería odiar a Gray, no a usted.

—Ella jamás podría odiar a Gray… él era su hermano y yo solo fui una inconveniente intrusa. —«Una furcia intrusa», recordó Nora—. En fin, su excelencia. No quiero monopolizar la conversación. Dígame la verdad, ¿qué intenciones tiene con Alice?

—Ninguna, ya se lo dije —respondió, dedicándole una mirada de advertencia—. Debo confesarle que esta temporada he estado buscando una esposa. Sin embargo, ha sido infructuoso, ninguna me ha causado curiosidad, interés o atracción como para ir más allá. Lady Alice es el epítome de la perfección, pero solo siento ganas de darle un vaso de leche tibia y enviarla a dormir a la habitación infantil. Anoche ya estaba resignado a esperar un año más, pero la Providencia la situó a mi lado…

—Y me miró con descaro —terció.

—No pude evitarlo —admitió—. Cuando sonríe, usted es deslumbrante, me cautivó por completo.

—Adulador… —rechazó Nora, pero Blake pudo notar la sombra de una sonrisa de satisfacción femenina.

—Solo soy adulador con las arpías y las jovencitas, Nora. ¿Ve? Sí recuerdo su nombre a la perfección.

Ella lo miró sorprendida. Escuchar su nombre en la voz de él, sonaba tan distante, ajeno… como si no fuera ella.

—¿Su nombre es ese o es el diminutivo de Eleonora? —añadió Blake, inclinando levemente la cabeza.

—Diminutivo… mi nombre es Eleonora. —Se sintió como una estocada en el corazón escuchar su propio nombre después de tantos, tantos años.

Era como si lo hubiera olvidado.

A su mente llegó la voz de su madre, lejana. Nora tenía tan pocos recuerdos de ella; falleció cuando tenía cinco años, la pérdida fue irreparable. A su amado padre lo pudo disfrutar hasta los quince.

Su nombre le trajo remembranzas de su niñez, las lecciones de pianoforte, la música a todas horas, los aromas del verano en Bath, media vida de amor incondicional. Solo ellos la llamaban Eleonora.

—¿Por qué acortar un nombre tan hermoso? Nora es agradable, pero Eleonora es pura fuerza… Creo que refleja más su personalidad.

—Nora es… —Se aclaró la garganta, tenía la voz quebrada—. Es más fácil de recordar, según una tía.

—¿Y usted lo prefiere así?

Nora no supo qué responder. La verdad no lo sabía.

De súbito, sintió una opresión en el pecho, como si no pudiera respirar… Estaba en Hyde Park con la sensación de estar con el alma desnuda.

—¿Está bien? —interrogó Blake, preocupado. Detuvo sus pasos y estudió el rostro de Nora—. Por Zeus, está pálida.

Escudriñó el lugar hasta hallar una banca libre. Guio a Nora y la instó a que se sentara a su lado.

—¿Quiere volver a casa? Podemos alquilar un carruaje y…

—¡No! —rechazó con voz crispada. Tragó saliva—. No, su excelencia… —rectificó, suavizando el tono—. Deme unos minutos, necesito… aire.

—Bien, no se preocupe. Tómese su tiempo, estaré a su lado.

Para darle privacidad sin necesidad de alejarse, Blake se inclinó hacia adelante, en una postura muy poco aristocrática, entrelazó sus dedos y apoyó sus antebrazos en sus rodillas. Se dedicó a mirar las formas caprichosas de las sombras de los árboles, aunque, de reojo, estaba pendiente de ella.

Nora sabía que él no se iría a ninguna parte. La presencia del duque era imposible de soslayar, mas no le incomodaba, era cálida, como si le diera la certeza de que él nunca...

Inspiró hondo para poder ordenar sus inquietantes emociones y acallar sus pensamientos. No sabía cómo él lo había hecho para tambalear su mundo con simples preguntas.

No. Debía admitir que, en apariencia, eran simples, mas eran todo lo contrario, transcendentales.

Era el primero que reparaba en su nombre. Era lo único que realmente le pertenecía y lo

había olvidado.

¿Cómo había sucedido eso?

Ella tenía la respuesta.

Pero ya no importaba, ahora lo había recuperado.

Su corazón le dijo que Pemberton merecía el beneficio de la duda. Era un hombre singular y no se rendía con facilidad; se había preocupado de detalles que los demás pasaban por alto, como cambiar la página de la partitura justo a tiempo, o notar la verdadera naturaleza de Millicent. A él, ella no lo engañaba.

—Eleonora… —murmuró ella. Se aclaró la garganta y dijo firme—. Prefiero que me llame Eleonora.

Blake se enderezó y la miró, sus ojos castaños estaban vidriosos. Asintió solemne.

—Es un inmenso placer conocerla, Eleonora. —Extendió su mano y ella, sin titubear, respondió el gesto, estrechándola con firmeza.

—El placer es mío, Blake.

Capítulo VI

Una hora después, Blake caminaba con Eleonora de regreso a Eden Hall, llevando varias partituras nuevas. Ella sonreía, relajada, tomada de su brazo, disfrutando del paseo.

Después de haber estrechado sus manos, sellando un pacto de amistad, la conversación se tornó ligera. Blake se centró en las peripecias de su desastrosa lista de candidatas para esposa. La hizo reír como nadie lo hacía en mucho tiempo. Pobre hombre, Eleonora lo compadecía. Su problema estribaba, principalmente, en que no era compatible con las mujeres demasiado jóvenes.

Y, aunque a todo el mundo le parecía un sinsentido que el duque no sintiera una inclinación por desposar a una joven, en realidad, no lo era. Eleonora recordó la época en la que ella también fue una muchacha inocente e ingenua que no conocía ni siquiera su lugar en el mundo. En aquel entonces no tenía nada en común con Gray… y nunca lo tendría. El matrimonio le hizo madurar a golpes.

Literalmente.

Nadie la preparó para ello. Nadie la previno de nada. Era su destino y ya.

De haber sabido…

—¿Por qué está tan seria, Eleonora? —advirtió Blake, arrugando el ceño—. ¿Le preocupa algo?

Eleonora negó con la cabeza y volvió a sonreír.

—Solo pensaba en su problema con las mujeres jóvenes —confesó a medias.

Blake no creyó del todo en esa respuesta, sabía que algo la había perturbado. Por ese motivo, desde el momento en que Eleonora cedió, dirigió el curso de la conversación hacia él, en vez de ahondar más en ella, no porque no quisiera, sino porque debía ir lento. Eleonora había dado un paso enorme al aceptarlo como amigo y bajar un poco sus defensas.

—¿Tiene alguna solución? —preguntó él, siguiéndole la corriente.

—Creo que sí, su excelencia.

—Blake —corrigió.

—Blake —rectificó firme.

—¿Y cuál sería su solución? —repitió.

—Supongo que debería centrar su búsqueda en las que ya llevan unas tres temporadas en el mercado.

—¿Usted cree? Algunas siguen siendo demasiado jóvenes. Les falta seguridad y convicción en sí mismas, y esa carencia la disfrazan con actitudes caprichosas.

—Oh, Blake, usted es un terco. Búsquese una solterona, entonces.

—¿Y qué tal las viudas? Yo solo veo ventajas —replicó, guasón. Eleonora bufó y reprimió las ganas de darle un golpe en el brazo. Blake rio y le dio un toquecito en la mano con las partituras que llevaba en la otra—. Mejor no digo nada más o me retirará su amistad. Y vaya que me ha costado obtenerla, la mitad de mi orgullo, toda mi paciencia y una pizca de dignidad.

—Su excelencia, no juegue con fuego. Además, no ha perdido gran cosa para obtener mi favor. Véalo por el lado positivo, le estoy ayudando a ser más humano.

—Me hiere, Eleonora —replicó, fingiendo afectación—. Soy un hombre como cualquier otro, con corazón y sangre en las venas.

Eleonora, como respuesta, sonrió negando con su cabeza.

Quién diría que el duque tenía la capacidad de reírse de sí mismo.

Llegaron a la entrada de Eden Hall, y Eleonora suspiró. De pronto, la invadió una aguda

desazón. A decir verdad, no quería entrar y enfrentarse a su vida. Se dio cuenta de que ese paseo había sido más peligroso de lo que imaginó.

Temió que fuera el primero y el último.

No conocía en profundidad a Blake. Podía decir que era un hombre agradable, simpático, y con un carácter fácil de llevar cuando quería. Sin embargo, aquello no era indicativo de que fuera una persona que honrara sus promesas.

Cabía la posibilidad de que fuera un canalla.

Era tan fácil quebrantar los juramentos, aun hechos ante Dios.

Eleonora seguía desconfiando, pero eso no tenía por qué saberlo él.

—Ha sido un encantador y grato paseo, Eleonora —elogió Pemberton ante las escaleras, lugar donde murieron sus pasos y quedaron frente a frente. La puerta de acceso estaba a solo cinco peldaños.

—Gracias, Blake, ha sido… inolvidable.

—Fue todo un placer. Entonces, ¿nos veremos en la cena de lord Watford?

—¿Pretende venir? —interpeló, incrédula.

—¿Por qué no?

—Supongo que usted sabe que el objetivo de esa invitación es reunir a los mejores candidatos para Alice —respondió Eleonora, riendo por dentro. Pobre hombre—. Es más, solo invitarán a matronas y damas influyentes para que les hagan pareja.

Blake entornó los ojos cayendo en la cuenta. Era el pez más gordo para lady Watford. Qué horror.

Y ya había empeñado su palabra.

—No se preocupe, Blake. Finja una jaqueca —resolvió ella, desestimando la mortificación de Pemberton—. Así no tendré que asistir, no es correcto que yo, siendo una viuda, esté en ese tipo de reuniones.

—El dolor de cabeza solo resulta en las mujeres, Eleonora —amonestó—. He salido indemne de situaciones peores, pero, en todo caso, solo vendré para disfrutar de su compañía, así que no quiero que usted tenga un repentino dolor de cabeza. Deléiteme con la ejecución de alguna de las melodías que compramos. —Comenzó a revisar las partituras que llevaba y eligió *Für Elise* de Beethoven—. Esta… espero que no sea tan «apasionada» para la sensibilidad moral de lady Arpía. —Se la entregó a su nueva amiga, quedándose con el resto. Eleonora rio con el sobrenombre que él le puso a su cuñada. Le quedaba a la perfección.

—La transcribiré y se la devolveré en cuanto termine —prometió Eleonora. Había escuchado esa pieza en un concierto privado, mas nunca pudo obtener la partitura para copiarla. Ahora tenía que esperar a que Millicent saliera de casa para poder practicarla. Sintió una gran emoción en la punta de sus dedos.

Blake no quiso hacer notar de nuevo el cambio en el semblante de Eleonora.

«Radiante…»

Era otra mujer. Blake comprendió que la música, para ella, no era solo para cumplir con un requisito esencial que toda dama aspiraba a tener en su listado de virtudes, como si fuera algo que se aprendía y se ejecutaba sin mayores pretensiones. No, para Eleonora la música era un refugio, el lugar donde nadie la podía alcanzar.

A Blake le hizo sentir bien proporcionarle ese refugio. Ser su Lancelot.

—Estaré ansioso por escucharla tocar. —Blake le tomó la mano enguantada y le besó los nudillos—. Hasta entonces, Eleonora.

—Hasta entonces, Blake.

Pemberton la dejó ir. Se quedó observando cómo ella subía la escalera y se detenía frente a la puerta. Eleonora esperó largos segundos antes de golpearla.

Ella miró hacia atrás.

Blake pudo ver cómo la sorpresa se dibujaba en el rostro femenino al ver que él todavía no se marchaba. Se tomó el ala de su sombrero como despedida final. Ella inclinó levemente su cabeza y, acto seguido, inspiró y golpeó la puerta.

El duque no se marchó hasta que el mayordomo le dio la bienvenida a Eleonora y cerraba la puerta tras de ella.

*****

—Fue más de media hora —le espetó Millicent a Nora, en cuanto el mayordomo se retiró del vestíbulo.

—Y fue la experiencia más tortuosa del mundo —mintió Nora, por mero instinto de supervivencia—. Gracias por enviarme con él, fue tan encantador, un verdadero deleite, casi como acostarse en una cama de espinas —ironizó.

—Sabes muy bien que no tengo idea de música ni de librerías —replicó su cuñada, al tiempo que una maliciosa sonrisa curvaba sus labios. Nora lo había pasado horrendo. ¡Muy bien! El rostro de ella era de pura mortificación, pero reparó en los papeles que traía en su mano—. ¿Qué tienes ahí?

—Es una partitura. El duque me exigió —subrayó— que tocara esta pieza en la cena.

—La puede tocar Alice —desestimó, indolente.

—Es Beethoven.

Millicent hizo un gesto de repugnancia, ese músico estaba vetado para ser ejecutado por su hermana menor.

—Hazlo entonces —decretó—. Y no falles, no deseo que nadie desagrade al duque. Es una oportunidad que no podemos desperdiciar.

—Haré lo posible. No te prometo nada —replicó Nora con una cuota de rebeldía.

Millicent entrecerró sus ojos y avanzó un paso, amenazante, tan rápido, que Nora solo atinó a jadear.

—No te atrevas a ponernos en ridículo —advirtió Millicent, enterrando, una y otra vez, su dedo índice en el pecho de Nora—. O juro que te echaré a patadas.

Por primera vez desde que Gray murió, Nora se vio invadida por ese pánico que experimentaba cada vez que él se enojaba. Todavía sentía en su esternón el dedo de Millicent clavándose en su piel, le dolía. En los ojos de su cuñada habitaba esa ira incontrolable y despiadada que era capaz de arrasar con todo.

Nora tragó saliva, estaba paralizada.

Minúscula, oscura, inútil, empobrecida, sin hogar, sin familia. Sola, sola, sola…

«¡No! ¡Ella no es Gray!», intentó convencerse. «Eres pura fuerza, Eleonora. Cree en las palabras de Blake, aunque no tengas la certeza de si fueron ciertas o no».

—No vuelvas a hablarme en ese tono, Millicent. Ni tampoco te atrevas a tocarme otra vez —masculló Eleonora enderezando su espalda, y avanzó un paso. Podía sentir el calor de la respiración de su cuñada y tomó su muñeca con fuerza—. Tú no estás en mejor posición que yo en esta casa… Y sabes el motivo.

—¿De qué demonios estás hablando? —replicó altiva, mas no pudo ocultar la conmoción en sus ojos. Intentó zafarse del agarre de Eleonora, pero ella no se lo permitió.

—No me provoques, Millicent. No soy una persona vengativa, ni vil. Pero tu maldita actitud me está tentando a arruinar tu vida —amenazó, sintiendo que el corazón le aporreaba las paredes de su pecho—. Conozco todos tus secretos… ya sabrás a lo que me refiero.

Millicent la miró fijo y Eleonora sostuvo el contacto. Era una batalla de un azul frío e iracundo y un ardiente castaño combativo.

En su interior, Millicent no sabía si Nora estaba lanzando un farol o si realmente sabía algo. No se podía arriesgar, esa maldita furcia la tenía en la palma de su mano…

Por el momento.

—No sé a lo que estás jugando, Nora. Pero te advierto; ve con mucho cuidado. —Millicent volvió a intentar zafarse; una, dos, tres veces y Eleonora la liberó.

Eleonora no respondió, solo la miró. Ni siquiera parpadeó.

Millicent dio media vuelta y se retiró del vestíbulo a paso airado.

El silencio se cernió y dejó a Eleonora aturdida y tiritando. Fue consciente de cómo le latían las sienes, las manos le sudaban y un súbito mareo tambaleó su centro de gravedad.

—¿Qué he hecho? —susurró, aterida.

La siniestra cabeza del miedo se alzaba sobre ella. Surgía desde los rescoldos de su amor propio, intentando sofocar el fuego que empezaba a flamear.

Gray se había encargado de destruirla durante ocho largos años.

«Pero no te lo llevaste todo. Soy yo la que respira, maldito», reflexionó. Apretó las mandíbulas. «Soy pura fuerza».

Sin arrepentimientos.

Capítulo VII

—¡Su excelencia, el duque de Pemberton! —anunció el maestro de ceremonias en el concurrido baile. Algunos murmullos se alzaron segundos después. Esa era la reacción habitual.

Nadie lo acompañaba, pero eso no significaba nada especial para los asistentes. Durante esa temporada, el duque había cambiado su comportamiento, y experimentaba una vida social más activa, en la que no era solo el acompañante de las damas de su familia.

Gracias a su interés por conseguir esposa, Blake descubrió que los bailes de la temporada eran muy productivos para su principal ocupación; observar de cerca a sus oponentes políticos en un ambiente diferente al Parlamento.

El mercado matrimonial era una verdadera guerra encubierta, un parlamentario que se casaba no solo se ponía los grilletes, también fortalecía o debilitaba un sector político de acuerdo a las alianzas.

Al menos así lo veía él.

Un hombre no solo se casaba con una mujer, sino con toda su familia y sus intereses políticos y económicos.

Un hecho que era obvio para toda la aristocracia, pero al que él nunca le prestó la debida atención. En el fondo, siempre buscó un matrimonio por amor.

No se imaginaba estar casado con una mujer, y no sentir afecto, respeto y devoción por ella.

No se imaginaba teniendo amantes para suplir una cama fría y sin pasión, a la cual solo recurriría para concebir un heredero.

No se imaginaba dormir con el enemigo, porque eso sucedía a la larga. Solo bastaba ver el rostro de desidia y amargura de algunos de los ilustres miembros de la buena sociedad cuando estaban con sus respectivos consortes.

Él quería estar dichoso llevando del brazo a su esposa.

Y debía admitir que se había vuelto loco cuando le propuso matrimonio a Eleonora, y lo volvió más loco aún cuando ella lo rechazó.

Ella no era condescendiente, no le interesaba su posición y eso solo impelía su deseo en conocerla más, en descubrir sus secretos y miedos. Eleonora no era una mujer que confiara con facilidad, se notaba a simple vista. Pero la desconfianza no era un sentimiento natural en el ser humano, siempre era la consecuencia de innumerables decepciones.

Tal vez el infierno que vivió en su matrimonio era peor de lo que imaginó.

Inspiró hondo. Él no era Gray, se lo iba a demostrar a Eleonora. Aunque no sabía a ciencia cierta cómo hacerlo.

Al entrar en el gran salón, Blake se situó en un lugar estratégico para estudiar a la concurrencia. No sabía si ella estaba en aquel baile, no quiso obtener la información que su abuela le podía proporcionar. Él deseaba mantener en secreto sus intenciones con Eleonora, dado que la dama en cuestión solo le había dado el beneficio de la duda.

Quedaba un largo camino por recorrer.

De pronto, entre sedas, encajes y plumas de tonos pasteles y virginales, encontró el horrendo color lavanda. Eleonora estaba en el sector de las solteronas, viudas y carabinas vigilando a lady Alice, quien bailaba con lord Carmathen, uno de los caballeros que, según tenía entendido, visitaba con regularidad a la joven. El título que ostentaba era el de barón. Lady Arpía estaba en el extremo opuesto del salón, siendo parte de un grupo de damas en el cual conversaba animada y bebía champaña, desentendiéndose de su hermana y su cuñada.

No le sorprendía.

La música cesó. Lady Alice fue conducida por lord Carmathen hacia donde estaba Eleonora.

Esa era su señal para actuar.

*****

—La dejo sana y salva con lady Gray —dijo lord Carmathen, guardando una distancia prudente y caballerosa con lady Alice—. Muchas gracias por haberme concedido el honor, ha sido todo un placer.

—El placer fue todo mío, milord —respondió Alice, serena y comedida.

El barón hizo una galante reverencia y se retiró.

—Parece que lord Carmathen está muy interesado —insinuó Eleonora a su cuñada.

—Es muy respetuoso y, hasta el momento, no ha intentado dedicarme sonetos apasionados —señaló Alice—. Por lo que es interesante saber qué más hará. El duque de Pemberton me sugirió que estuviera atenta a ese tipo de comportamiento.

—Parece que el duque sabe mucho sobre el tema —masculló Eleonor, fingiendo fastidio.

—Puede ser. Después de todo, tiene una hermana que todavía es soltera y ya va en su cuarta temporada. Muchos dicen que el duque es el gran culpable, al considerar que nadie es digno de ella.

—Típico de un sujeto inflexible.

—¿De verdad lo pasaste tan mal ayer? —interrogó Alice—. Millicent me dijo que fue un tormento para ti.

Eleonora había meditado si debía decirle la verdad a su cuñada respecto al tenor de su relación con Blake. Conocía a Alice, si sabía que entre ellos había una incipiente amistad, en algún momento iba a cometer una indiscreción involuntaria.

Eleonora quería mantenerlo en secreto. Le había dado una oportunidad al duque, pero si esa amistad no funcionaba, no quería estar dándole explicaciones a nadie.

—Fue solo un favor y no lo disfruté —zanjó Eleonora.

—Pues vamos a tener que evitarlo, supongo que escuchaste cuando anunciaron su presencia —solidarizó Alice. Si su cuñada no lo tenía en estima, ella mantendría las distancias.

—No me di cuenta, justo estaba hablando con la condesa viuda de Wexford —mintió. Por supuesto que escuchó su nombre, y no pudo evitar sentir una inesperada emoción mezclada con temor.

¿Y si él malinterpretaba su fingida aversión?

Dios bendito, qué dilema.

En ese instante, Eleonora se dio cuenta de que no le era indiferente si él retiraba su amistad a causa de un malentendido. Ella de verdad iba a lamentar el fin de algo que, hasta el momento, era su única vía de escape a su asfixiante realidad.

De súbito la expresión de Alice cambió. Eleonora frunció el ceño, extrañada.

—Lady Gray, lady Alice, es todo un placer verlas aquí —saludó la voz de Blake a espaldas de Eleonora, quien entornó los ojos, mortificada.

Alice, sin poder fingir la incómoda situación, esbozó una sonrisa trémula e hizo una reverencia, al tiempo que Eleonora se daba la vuelta para responder la cortesía.

—Su excelencia, el placer es todo nuestro —respondió Eleonora ante el mutismo de Alice.

—¿Están disfrutando de la velada? —continuó él, un tanto sorprendido por el cambio de

actitud de lady Alice hacia él y la frialdad de Eleonora.

—Mucho, su excelencia —contestó Eleonora, evadiendo el contacto visual.

—Vi hace un momento a lady Alice bailando con lord Carmathen. Un caballero muy distinguido, pese a que su título es relativamente nuevo. Su padre, en paz descanse, tuvo una participación destacada en España, por lo que le otorgaron la gracia —comentó Blake.

—Ya manejaba esa información —señaló Eleonora con voz monocorde.

—¿En serio?

—Mi misión es investigar a todos los caballeros —afirmó con altiva suficiencia—. Incluyéndolo a usted.

—Interesante… Lady Gray, ¿me concede una pieza de baile? —solicitó, cambiando de tema con brusquedad. Su amiga se comportaba de un modo más que extraño.

Era diferente a la mujer con la cual paseó días atrás.

—¿C-cómo? —preguntó, aturdida por semejante proposición, ella no bailaba desde que debutó. Toda una vida.

—Bailar —confirmó, ignorando el estupor de Eleonora—. Supongo que usted no tiene carnet de baile, como es la carabina de lady Alice. Pero no hay una regla que prohíba la diversión para usted, aunque esté de medio luto.

La mirada de Alice alternaba entre el duque y su cuñada, sin saber cómo intervenir. Eleonora estaba en aprietos, no podía rechazar al duque, hacerlo supondría un inmenso desaire.

—Ve, Eleonora. Esta pieza la dejé libre para descansar —intervino Alice, sin tener certeza de si hacía lo correcto o no—. Le puedo pedir a lady Wexford que se quede conmigo.

—Está bien —respondió Eleonora—. No te separes de ella.

—No te preocupes —aseguró. Hizo una reverencia—. Su excelencia.

—Un placer, lady Alice.

La joven los dejó y se dirigió hacia lady Wexford. Eleonora pudo notar el intercambio entre ambas mujeres y la posterior mirada de la condesa viuda, que le alzaba una pícara ceja.

—Vamos, milady. Lady Alice ya está en buenas manos. —Blake le ofreció el brazo y ella lo tomó para ser conducida a la pista de baile—. ¿Pasa algo malo, Eleonora? —preguntó en voz baja, apenas se alejaron unos cuantos pasos.

—No esperaba verlo aquí. Me ha sorprendido, eso es todo —respondió, imitando el tono de secretismo.

—Oh, lo lamento. Me pareció que bailar era una buena idea para seguir estrechando mis lazos de amistad con usted.

—No me diga que solo ha venido aquí para bailar conmigo.

Blake meditó la respuesta por breves segundos mirando al techo.

—Pues sí, he venido solo a bailar con usted.

—Se ha arriesgado mucho, pude haber dicho que no.

—Pero no lo hizo.

—No me gusta ser descortés. Sin embargo, hace muchos años que no bailo. Le advierto que, si le piso, no es a propósito.

—Es una contradanza, será difícil que lo haga. Pero a juzgar por su talento musical, dudo que pierda el ritmo, a pesar de los años.

—Ya lo veremos, Blake.

Tomaron posición, las damas en una fila, y los caballeros frente a ellas. La música inició los acordes, dieron una reverencia y empezaron a bailar.

Eleonora no pudo evitar sonreír al constatar que no lo había olvidado. Sus pies seguían el

compás y los pasos de baile se daban naturales. Se tomaron de las manos, girando y disfrutando.

Cuando quedaron frente a frente, esperando su parte para intervenir, se miraron con una pizca de complicidad.

—¿Le ha sucedido algo malo? —preguntó de pronto Blake cuando ellos se acercaron—. La vi incómoda y a lady Alice también.

Se separaron. Con otra pareja unieron sus manos y giraron. Volvieron a formar pareja.

—Debo confesar que le dije a Millicent que lo pasé muy mal con usted, y Alice tiene esa versión de los hechos —respondió Eleonora con sinceridad, era preferible ir con la verdad por delante—. Lo siento mucho.

Esa aclaración, lejos de molestar a Blake, calzaba muy bien con sus propios planes. Además, era evidente que, si algo le agradaba a Eleonora, lady Arpía se iba a encargar de arruinar todo.

—No se preocupe. Será más divertido así, ¿no cree? Cada vez que yo quiera algo de usted, lady Arpía estará encantada de arrojarla al hombre que detesta. Será un secreto. Maravilloso.

—Tengo que admitir que no lo había visto con esa perspectiva. Estaba preocupada de que usted malinterpretara mi actitud.

—Ya que estamos con confesiones, yo también debo admitir que mi amistad con usted será discreta. No deseo que mi abuela intervenga, ella cree que todavía busco una esposa, pero usted ya sabe cuáles son mis intenciones.

Eleonora recordó que Blake primero le había propuesto matrimonio. Podía ser peligroso que todo el mundo, al verlos pasar tiempo juntos, empezara a especular o a sembrar rumores malintencionados, y que el duque insistiera en el enlace por honor y salvar su reputación.

Y eso era lo poco que le quedaba.

Eleonora procuraba mantener aquella propuesta en el olvido, y darle prioridad a la amistad. Blake era un soplo de aire fresco a su asfixiante existencia.

—Pedirle un baile a una viuda no es nada discreto, Blake —repuso ella—. Su plan es terrible.

El duque hizo un gesto de arrepentimiento, no había pensado en ese detalle.

Volvieron a separarse para formar parejas con otros bailarines. El semblante de Blake se transformó en el de un estirado e inalcanzable duque.

Eleonora no sabía si asombrarse por tal prodigio o sentir recelo por la capacidad del duque de fingir ser otra persona. Sus miradas se cruzaron por un breve momento, y un guiño por parte de él le confirmó que volvería pronto a ella.

Y así fue. A los pocos segundos, estuvieron frente a frente. Blake volvió a ser cálido y cercano, y retomó el hilo de la conversación.

—He pensado que bailaré con otras damas esta noche para despistar a los cotillas. Lady Wexford de seguro me arrojará su abanico cuando se lo pida.

Eleonora rio imaginando esa escena, pagaría por verla.

—Entiendo. Me parece que es lo más apropiado.

—Y así podré bailar con usted otra vez. Mi plan improvisado es perfecto.

—¿No cree que va a llamar la atención si baila dos veces conmigo? —preguntó

—No —desestimó con cierto tono de indolencia—. Sobre todo, si le pido a lady Wexford dos bailes, a riesgo de que me estrangule o me acuse de lunático habiendo tantas damas solteras y jóvenes.

Eleonora volvió a reír.

Él no se lo hacía fácil. Se comportaba encantador, ingenioso y comprensivo.

Se volvieron a separar para formar grupo con otra pareja y tomarse de las manos.

Blake prefirió dejar de lado la conversación, pese a que era muy divertida. A ella no se le escapaba ni un detalle, siempre lo cuestionaba desde la lógica. Seguía siendo una mujer estimulante.

Eleonora disfrutaba de la contradanza; giraba, se tomaba de las manos con él, sonreía.

Sí, la música, en todas sus expresiones, era su refugio. Esperaba que algún día ella lo considerara a él del mismo modo.

De momento, se conformaba con que otra vez había sido su Lancelot.

Capítulo VIII

—Su excelencia, un mensajero acaba de dejar esto para usted —anunció Collins a Blake, quien estaba terminando de comer un emparedado antes de irse al Parlamento. El mayordomo le ofrecía un paquete envuelto, una nota y una inquisidora ceja arqueada.

Blake, impertérrito, lo recibió.

—Muchas gracias, Collins —dijo Blake, estudiando el paquete y la nota, la cual estaba lacrada, mas no presentaba ninguna clase de sello distintivo ni remitente. De inmediato sus pensamientos fueron hacia una sola persona. Sus labios se curvaron lo suficiente para suavizar sus facciones.

Eleonora.

El mayordomo no se movió de su lugar. Blake, sintiéndose observado, preguntó serio:

—¿El mensajero necesita respuesta inmediata?

—Oh, no, su excelencia.

—Entonces ¿qué está esperando?

—Nada… solo…

—Dilo de una vez, Collins

—Es inusual verlo sonreír de ese modo, su excelencia. Me hizo recordar a su padre.

—Oh… —Blake no supo qué responder a ello.

—Sonreía de ese modo cuando estaba casado con su madre —especificó el fiel mayordomo—. Nunca vi un hombre tan devoto por su esposa como él.

—Sin duda lo era, Collins.

—Así es… Si me dispensa, su excelencia.

Blake asintió, y Collins se retiró de la estancia.

La atención del duque volvió al paquete y la nota. Con cuidado, la abrió y leyó:

> *Mi estimado Blake:*
>
> *He terminado de transcribir la partitura que compró hace cinco días, por lo que le devuelvo su ejemplar. No puedo decir que está sano y salvo, hay una mancha de tinta en la portada, sin embargo, el resto está impecable. Le pido que disculpe mi torpeza.*
>
> *A partir de mañana podré ensayar la pieza que ha elegido. Espero de corazón que la disfrute cuando la escuche.*
>
> *Muy agradecida por su generosidad, me despido afectuosamente.*
>
> *E.*
>
> *PS. ¿Le puedo pedir un favor inmenso? Si no es mucha la molestia, ¿podría enviarme un listado de las partituras que posee su excelencia? Me gustaría mucho saber qué obras no tengo y, de este modo, pedírselas prestadas para poder transcribirlas para mi colección personal. De verdad lo apreciaría mucho.*
>
> *PS2. Le prometo que no volveré a manchar con tinta sus partituras.*

La sonrisa de Blake era inamovible. Esa nota era un gran paso para ellos, era la primera vez que ella hacía un acercamiento voluntario. Pudo haberle devuelto la partitura de mil formas diferentes, pero optó por una que la protegía.

La caligrafía de Eleonora era poco refinada pero clara. Eso no le importaba mucho a Blake, él mismo tenía pésima caligrafía, pero había personas que le otorgaban una ridícula relevancia. Al menos Eleonora tenía una redacción impecable, en concordancia con su intelecto. Leyó la nota otra vez.

Abrió el paquete y, efectivamente, ahí estaba la mancha de la que hablaba Eleonora. No era

tan terrible. De hecho, era minúscula.

En primer lugar, pensó que ella era muy considerada por advertir su accidente, no obstante, con el pasar de los segundos —y al volver a leer la nota por tercera vez— algo le decía que sus explicaciones y dispensas iban más allá de la cortesía.

No sabía a ciencia cierta por qué le molestaba tanto aquello, era una sensación fastidiosa, como una mosca que volaba a su alrededor.

Miró la portada de la partitura. Él no se iba a enfadar por una mancha de tinta, ¡por Zeus! Si lo pensaba mejor, ni siquiera le habría molestado si ella hubiera arruinado la partitura completa. Él podía permitirse comprar otra, o diez.

Volvió a leer la nota.

¿Ella le tenía alguna clase de miedo a su reacción? ¿O era solo una muestra de respeto?

Se restregó la cara con ambas manos, frustrado.

Mejor no le iba a dar demasiadas vueltas

Blake decidió creer que era una pequeña muestra de afecto y confianza. Le daba escalofríos pensar que ella sentía temor a su reacción o, en definitiva, de él. En vez de eso, prefirió pensar que Gray era el culpable de esa compulsiva necesidad de Eleonora para justificar y explicar cada error.

Eso le hacía sentir mejor, pero iba a observar con mayor atención a su amiga y convencerla por todos los medios posibles, que él no era un monstruo.

Lo primero que iba a hacer era responder esa nota.

*****

Eleonora estaba a solas ensayando *Für Elise*. Era una obra preciosa, su simpleza y emotividad le erizaba la piel.

Adoraba a Beethoven.

Se preguntó si ella podría componer algo así.

De pronto, se sintió inspirada. ¿Y si escribía algo? Algo simple para empezar, una sonata quizás, un compás de ¾ como el vals. Quizás un poco más vivaz. La mente de Eleonora empezó a imaginar acordes.

Un, dos, tres. Un, dos, tres…

Para Blake.

Eleonora sonrió con la idea. Sus dedos tocaban, se olvidaron de Beethoven y marcaron otro compás.

Necesitaba escribir eso. ¡Tenía que poner esas notas en un pentagrama! ¡Tinta, pluma!

Gracias a Dios no había nadie en casa, iba a poder escribir sin interrupciones.

Alice había asistido a un té con Millicent, quien no incluyó a Eleonora por no ser tan distinguida para respirar el mismo aire que la duquesa de Ravensworth.

A Eleonora no le importaba, eran tan pocos los momentos que podía estar en soledad y respirar con libertad. Lo único que lamentaba era que Alice no lo iba a pasar bien con Millicent. Pobrecita.

—Milady —irrumpió Wilkins entrando en la estancia. Eleonora maldijo mentalmente—, ha llegado una nota para usted y unos paquetes.

Eleonora se desdijo de todos los improperios que emergieron de su cerebro. Solo pensó en una persona como remitente de la nota.

Blake.

—¿Podría enviar los paquetes a mi habitación, por favor? —solicitó, mientras recibía la nota por parte del mayordomo. Su relación con Blake era secreta y, lo que fuera que contuvieran esos paquetes, iban a suscitar preguntas que no quería ni sabía cómo responder.

—Será un placer, milady.

—Muchas gracias, Wilkins.

Eleonora esperó a que el mayordomo abandonara la estancia para abrir la nota. Sin remitente y lacrado sin sello.

Ella sonrió cuando se cercioró de que estaba sola.

Abrió la nota.

Mi muy estimada Eleonora (creo que haré una competencia de quién estima más a quién):

En primer lugar, no se preocupe por la mancha en la partitura, le da un toque original y creativo a la portada. Estoy seguro de que en el futuro podrán catalogar su accidente como una genial intervención artística, adelantada a su tiempo.

Fuera de bromas, le agradezco que me haya devuelto la partitura como nueva, aparte de la mancha, me da la impresión de que ni siquiera la hojeó, lo que indica que fue muy cuidadosa, lo cual es lógico, dado que es una amante de la música. Sé que una partitura es sagrada para usted.

Respecto a su solicitud, la verdad es que me resultó más fácil pedirle a Collins que tomara todas las partituras para pianoforte y se las enviara. Usted verá cuáles transcribir porque son muchas. Si desea para otros instrumentos, me lo hace saber. Será todo un deleite complacerla.

Es más, en honor a nuestra amistad, le exijo que me haga saber cualquier cosa que necesite, y yo haré lo imposible por satisfacerla.

Esperando volverla a ver, me despido con mucho afecto.

Suyo.

B.

PS. Ya deseo escuchar su ejecución de Beethoven y ver cómo lady Arpía intenta ocultar su aversión a tan excepcional músico.

Eleonora, al terminar de leer, se dio cuenta de que la sonrisa que tenía en su rostro no desaparecía, al contrario, era más amplia y su corazón latía más rápido de lo normal.

Dio un suspiro. Más notas vinieron a su cabeza.

El comportamiento de Blake no sabía si catalogarlo como amistoso o, derechamente, como un cortejo disfrazado de amistad. Cada vez que se acercaban, sentía que podía confiar más en él y se afianzaba un cálido sentimiento en su pecho cuando lo evocaba.

Desde que Gray murió, ella nunca pensó en volver a casarse. Siempre estuvo descartado. No quería volver a depender de alguien para escapar de su precaria situación.

El matrimonio no debería ser una transacción comercial. Ella no quería sentirse otra vez como un objeto del cual se quieren deshacer y endilgarlo a un caballero que necesita un heredero.

Cuando era más joven, siempre deseó un matrimonio por amor, como el de sus padres. Pero aquellas ilusiones juveniles fueron destruidas al fallecer su amado padre. Debía casarse. Punto. No importaban sus sentimientos, solo dejar de ser una carga para esos parientes que apenas conocía y la introdujeron en la alta sociedad para casarla lo más rápido y digno posible.

Eleonora estaba más que convencida de que, por muy pobre que fuera, jamás iba a volver a casarse por un techo, ropa y un plato de comida…

Pero todo eso daba lo mismo. En el remoto e hipotético caso de que quisiera casarse, ella

no tenía nada que ofrecer, estaba defectuosa, inservible. ¿Quién la iba a aceptar?

¿Y si a él no le importaba?

¡Imposible! ¡Tiene que engendrar un heredero! ¡Debe hacerlo!

Pero ¿y si aun así la quería?

Quizás, si se diera el milagro, consideraría el matrimonio, solo por amor.

El más incondicional.

¿Era demasiado ambiciosa? ¿Le estaba pidiendo demasiado a la vida?

¿Qué debía hacer?

No le quedaba más opción que averiguar. La cobardía le había hecho perderlo todo, incluso a sí misma. En ese minuto de su vida, prefería arrepentirse de lo hecho por su propia voluntad.

Debía empezar a ser más valiente. Por primera vez en su existencia, ella tenía el poder de decidir sobre su vida.

Y decidió que esa sonata se la dedicaría a su buen amigo.

El mejor. El único.

Blake.

*****

—Un pajarillo me ha contado que el día después del concierto fuiste a la casa de lord Watford, y que te vieron en el baile al cual dijiste que no ibas a ir —acusó Augusta con voz cantarina, al tiempo que se internaba en el sacrosanto santuario masculino de Blake. La biblioteca.

Lugar que ya había sido invadido por Katherine y sus inseparables amigas, Faith y Peyton, quienes, discretamente, intercambiaron una mirada y interrumpieron el hojeo de sus respectivos magazines.

Blake dejó de lado su libro, alzó la vista hacia su abuela y enarcó una ceja.

—Tu pajarillo te ha informado bien —admitió con voz átona.

—¿Quién? —interpeló Augusta, lacónica.

—¿Perdón? —espetó, cerrando de golpe el libro, sin importarle haber perdido la página de su lectura.

—¿A quién le haces la corte? —interrogó directa.

—¿Tu pajarillo no te dijo eso? —ironizó mordaz.

—No te hagas el tonto, muchacho. Se supone que estás buscando una esposa. —Miró de reojo a su nieta, no quería que se enterara de todo, era más inocente que esa picaruela de lady Faith. Volvió su atención a Blake y susurró entre dientes—. Te recuerdo que buscas una esposa, no una amiguita de alcoba.

—Entonces tu pajarillo sí te dijo a quién fui a ver —susurró Blake. Le dedicó una mirada seria a Kate, Faith y Peyton, quienes fingían estar inmersas en la lectura—. Ustedes tres, tengan la amabilidad de marcharse. Tendré una conversación de adultos con su excelencia. —Las aludidas gimieron e hicieron un exagerado puchero. Se levantaron con sus magazines y pasaron por el lado de su escritorio, cada una dedicándole una mirada ofendida—. Y pobre de ustedes que las sorprenda escuchando detrás de la puerta —advirtió—. Si eso ocurre, les juro que mañana no dejaré que nadie ponga su nombre en sus carnets de baile. Morirán del aburrimiento.

—Tirano —murmuró Kate.

—Antipático —susurró Peyton.

—Eres insufrible, Pemberton —apostilló Faith.

—Ya se quedaron sin bailar mañana —decretó Blake, sin misericordia—. ¿Quieren sufrir el mismo aciago destino para el baile del sábado? —interpeló con ironía, destilando inclemencia.

Estaba de muy mal humor. Detestaba los cotilleos.

Kate, Faith y Peyton hicieron un gesto de desprecio y se marcharon en silencio.

Augusta y Blake esperaron a que los pasos de las jovencitas se alejaran. El duque, con un regio ademán, invitó a su abuela a que se sentara frente a él.

La duquesa lo hizo mirándolo, ceñuda, esperando su justificación.

«Adiós a mi secreto. Bien poco me duró», pensó Blake, resignado.

—Bien, completaré la historia de tu indiscreto pajarillo —accedió—. Te informo que he postergado mi búsqueda de una esposa por esta temporada, y que lady Gray es mi amiga. —Augusta jadeó escandalizada. El rostro de Pemberton se endureció—. Ella no es «ese» tipo de amiga, te lo juro por mi madre.

—Tarde o temprano cambiarás de opinión; una mujer y un hombre no pueden ser amigos, siempre uno de los dos termina teniendo sentimientos más profundos —objetó la duquesa con incredulidad.

—¿Y qué pasa si hay éxito en la amistad? —interpeló Blake—. ¿O si ambos, a la larga, sienten algo más que un simple y fraternal afecto?

—Nunca he visto nada semejante…

—Anda, dilo, su excelencia. Creo que mi amistad con lady Gray no es lo único que te molesta.

—Blake, debes tomar esa amistad en serio.

—Lo hago, abuela. Más de lo que imaginas. Ve al meollo del asunto, sé que hay algo más.

—Está bien, pero, no te pongas a la defensiva, debes ver todas las posibilidades… Mira, solo imaginemos que traspasan el límite de la amistad y ustedes se casan.

Augusta hizo una pausa para medir la reacción de Blake ante su suposición. Él estaba serio y a la expectativa.

—Continúa —animó el duque.

—Bien… Lady Gray estuvo casada ocho años y no engendró ningún heredero.

—¿Eso es todo? Hasta donde sé, tú estás enterada de que Lady Gray estuvo casada con un verdadero infeliz malnacido.

—Ese vocabulario de marinero no es propio de un duque —amonestó—… Pero convengo que no hay otra forma de definir al difunto conde; Gray se empeñó en mantener a su esposa encerrada en su propiedad de Wickford, mientras él pasaba la temporada en Londres con sus licenciosas ocupaciones —añadió Augusta con censura.

—Estoy seguro de que lady Gray vivió un verdadero infierno. Para ser honesto, dudo que haya tenido muchas oportunidades de engendrar si solo veía a su esposo durante el verano —especuló Blake.

—¿Cómo lo sabes? Solo te basas en suposiciones.

—Soy amigo de lady Gray, me es más fácil suponer —replicó—. ¿Sabes?, voy a continuar con el escenario que has propuesto. Imaginemos que me enamoro de lady Gray y me caso con ella, pero nunca me da un heredero. Sin embargo, igualmente me hace feliz y yo la hago feliz…

—¿Qué harás sin un heredero? —insistió Augusta, casi desesperada por la terquedad de su nieto.

—Pues, de todos modos, cumpliré con mi deber. Tomaré al inútil de mi primo y lo prepararé para el ducado como es debido. Es un Basingstoke, después de todo, sé que no es tan idiota. En todo caso, haré los arreglos económicos correspondientes para que tú, Kate y Eleonora

no sufran penurias por si me pasa algo antes de tiempo. Fin de la historia. Todos felices.

—¿Eleonora? —interpeló Augusta, suspicaz.

—Nora es un insulso diminutivo. Eleonora es el nombre de lady Gray.

—Y ya la llamas por su nombre de pila.

—Ya te dije, somos amigos. No veo por qué deba tener ridículas formalidades con ella. —Se levantó de su asiento—. Tengo una cena en casa de lord Watford. Es algo informal. Volveré temprano. —Besó con suavidad la coronilla de su abuela—. No te preocupes tanto.

Blake abrió la puerta y salió de la estancia, dejando a Augusta a solas.

Los labios de la duquesa se curvaron en una sonrisa de suficiencia. Si le dieran una guinea por cada predicción exitosa, sería más rica que Creso.

Ella tenía una segunda lista de potenciales esposas que nunca le dio a su nieto. Estaba compuesta por viudas y solteronas.

Lady Gray era la primera opción.

Capítulo IX

—¡Te ves hermosa, Nora! —exclamó Alice al ver a su cuñada ataviada con un vestido de fiesta de un hermoso color verde manzana, el cual llevaba años guardado junto con el resto de la ropa que alguna vez usó.

Eleonora sonrió. Se miró al espejo que había en su habitación, e inspiró profundo. No le importaba que fuera un modelo anticuado, solo bastaron unos cuantos ajustes para actualizarlo lo suficiente, y que pareciera más moderno.

Ya estaba cansada de guardar duelo por respeto a un hombre que no lo merecía y para no despertar la ira de Millicent.

Se acabaron las apariencias.

—Creo que ya es hora de dar por terminado el luto —respondió Eleonora.

—Sí, ya es suficiente —replicó Alice. Ella conocía la realidad del matrimonio de su cuñada.

Era un secreto a voces, la servidumbre hablaba entre susurros de lo brutales que eran las palizas.

Richard no se medía.

Y aunque Alice nunca se lo dijo a nadie, también fue testigo de aquello. Era una niña, y su hermano, un ser horrendo que la paralizaba y horrorizaba, al punto de no poder moverse para ayudar a Nora.

Era terrible cuando la temporada acababa y Richard volvía de Londres. El verano era sinónimo de dolor, llantos ahogados, humillaciones y un silencio aterrador. Alice oraba para que el otoño llegara antes.

Pero Dios no la escuchaba.

—Ya es hora, ¿bajemos? —propuso Eleonora, ofreciéndole el brazo a su cuñada.

Alice asintió con un entusiasta gesto de cabeza. La tomó del brazo y bajaron al salón para acompañar a lord Watford y a Millicent a recibir a los invitados.

Cuando Millicent las vio, luchó con todas sus fuerzas para no gritar. Eleonora la miraba directo a los ojos, desafiándola a que le dijera algo ofensivo.

—Lady Gray, qué perfecta ocasión ha elegido para dejar atrás el luto —celebró lord Watford amable, como siempre—. Ya le había dicho a lady Watford que ya era suficiente tiempo. Usted sigue siendo una mujer joven y, permítame la osadía, hermosa para estar sepultada en el duelo. Es lo que su esposo hubiera querido.

«Mi esposo parecía haber deseado enterrarme a mí primero», ironizó en su fuero interno, mas solo sonrió cordialmente y sentenció:

—Ya era hora de hacerlo, solo es que no tuve el valor.

—Excelente. —Lord Watford dirigió su atención a su joven cuñada—. Y usted, lady Alice, se ve adorable. Espero que esta noche encuentre a un joven digno para que la corteje… y si no, pues nos queda el resto de la temporada. Nunca hay que perder la esperanza.

—Es usted muy amable, milord —agradeció Alice dando una reverencia.

—Lady Watford, ¿te sientes bien, querida? —interpeló el conde al percibir el mutismo de su esposa.

—No es nada, querido, solo fue una punzada en mi cabeza —explicó Millicent masajeado su sien.

—Oh, espero que no te dé una de esas terribles jaquecas —repuso comprensivo.

—No te preocupes, creo que podré soportarlo.

—Cuando no puedas más, me lo haces saber. No quisiera que pase a mayores.

«Lord Watford es demasiado bueno para ella», pensó Eleonora con acritud. Cuando oraba, siempre le pedía a Dios que lo colmara de bendiciones.

La vida, a veces, era tan injusta.

En eso llegó Wilkins, el mayordomo, para anunciar al primer invitado de la velada.

—Su señoría, Angus Craven, conde de Craven…

Y, de este modo, comenzó el desfile de caballeros solteros, —considerados los mejores partidos de ese año—, que alternaban con damas influyentes y mayores. Lord Watford y Millicent llevaban a cabalidad su papel de anfitriones. Por su parte, Alice saludaba con encanto femenino a cada uno de los invitados. Eleonora solo hacía escuetas reverencias con respeto y mesura.

Ella no llamaba la atención de nadie, todos quedaban deslumbrados con la joven debutante, quien pronto tendría su baile de presentación oficial.

—Su excelencia, Blake Basingstoke, duque de Pemberton —anunció el mayordomo. Era el último invitado.

Blake hizo acto de presencia portando un ramo de rosas blancas, haciendo gala de su caballerosidad.

—Pemberton, es un placer tenerte en esta cena —dijo Watford con una sonrisa.

—El placer es todo mío. —Miró a Millicent y sonrió amable—. Milady, siempre tan hermosa. —Para sorpresa de todos, no era solo un ramo de rosas, sino dos. Le entregó el más grande a la anfitriona.

—Gra-gracias —dijo Millicent, un poco desconcertada por el galante obsequio—. Son preciosas, su excelencia.

Blake hizo un gesto amable. Centró su atención en lady Alice.

—Buenas noches, lady Alice. —Le entregó un ramo más pequeño a ella, a quien los otros caballeros ya le habían regalado otros más espectaculares y fastuosos.

—Muchas gracias, su excelencia —agradeció Alice y aspiró el dulce aroma de las rosas—. Son hermosas.

Finalmente, Blake pudo al fin dirigirle la palabra a Eleonora. En cuanto puso un pie en la estancia solo quiso llegar a ese momento. Verla luciendo un color que le sentaba tan bien y que acentuaba todas sus cualidades, le había removido aquello que sintió cuando la vio por primera vez.

Atracción, pura y dura.

Sin embargo, esa sensación también era diferente. Ahora que la conocía un poco más, esa atracción se había tornado atávica, imposible de soslayar.

Le costó toda su fuerza de voluntad mantener una actitud neutral frente a esa mujer que lo había dejado de una pieza.

—Buenas noches, milady —saludó dando una regia inclinación.

—Buenas noches, su excelencia —respondió Eleonora con una reverencia. Su corazón latía rápido, no fue ajena a la intensa mirada de Blake, que los demás parecían no notar.

—No he traído flores para usted. Sin embargo, estoy en deuda por su amabilidad del otro día. —Se palpó la chaqueta y sacó algo que ella no pudo ver—. Extienda su mano, si fuera tan amable.

Eleonora obedeció, la mano de Blake cubrió la suya y sintieron el mutuo calor, aun estando ambos enguantados. Se quedaron así por varios segundos, hasta que él reveló su presente.

Una diminuta y reluciente caja de madera.

—Ábrala —pidió Blake.

Una dulce melodía de Beethoven llenó la estancia y Eleonora jadeó y se llevó una mano a la boca. Era la misma que estuvo practicando todos esos días, sin importarle si Millicent estaba en casa o no.

Für Elise.

La melodía era preciosa, y la caja musical, un verdadero tesoro.

—Muchas gracias, su excelencia —agradeció Eleonora, serena, llevándose al pecho el significativo regalo. Intentaba reprimir con todo su corazón las ganas de sonreír como una chiquilla.

Qué difícil era fingir que no se sentía feliz.

—Espero que me complazca con la ejecución de la pieza que he elegido —sentenció Blake. Lo que para todos fue una pomposa orden, para Eleonora era una charada, lo pudo ver en el fugaz guiño que Blake le obsequió antes de dar media vuelta.

Alice le dio un discreto codazo a Eleonora y su expresión confundida solo decía: «¿Qué está pasando aquí?». Eleonora solo respondió con un leve ademán con su mano, restándole importancia al gesto del duque.

—Damas y caballeros, la cena aguarda —anunció lord Watford. Estaba contento; el evento era un éxito, habían acudido los diez solteros más codiciados de Londres, y pocos podían alardear aquello.

Tomó del brazo a su esposa, y encabezó la procesión hasta el comedor. Lord Wexford y lord Harrow escoltaron a Alice y a Eleonora, respectivamente.

Un par de damas se excusaron de ir a refrescarse antes de entrar. Blake aprovechó esa instancia para rezagarse junto con lord Craven, quien le alzó una ceja inquisidora. Tenía todo el derecho del mundo para fastidiar a su amigo. Se conocían desde sus días de estudiantes en Eton.

—¿Así que a ti también te han embaucado para esta cena? —interrogó Angus en un tono de secretismo.

—Sí y no —respondió Blake del mismo modo.

Angus asintió levemente.

—Entiendo… ¿Tiene que ver con el color verde? Noté que le obsequiaste algo muy pequeño. Sin embargo, sé que las flores son una mera cortesía. El regalo de lady Gray no fue algo insignificante.

—No te equivocas ni el tenor del regalo ni del color verde.

—¿En serio? —interpeló Angus, incrédulo.

—¿Por qué lo cuestionas?

—Siempre has sido discreto, pero conozco tu predilección por los colores hermosos, liberales y experimentados. El verde manzana no encaja en ese patrón.

—¿No crees que ese color es fascinante?

—No, no lo creo.

—Mejor respuesta no me pudiste dar, amigo mío. Si tengo suerte, ese será el color de mi vida.

—De verdad te gusta… —aseveró boquiabierto—. ¡Estás hablando en serio!

—Ya dije, es fascinante. Y sería un problema si alguien más se da cuenta de ello.

—Pemberton, no me digas que pretendes… —Blake solo asintió con su cabeza como única respuesta. Angus entreabrió más su boca—. Que me aspen…

—El color de mi vida, Craven… El color de mi vida.

*****

La cena se llevó a cabo con total normalidad, dentro de lo que se puede esperar de una velada donde predominaba la juventud y soltería masculina. Por lo que pasó lo inevitable; mientras disfrutaban del postre dejaron de conversar temas triviales y seguros, para debatir sobre política.

Todos los varones eran miembros activos del Parlamento, que no hablaran sobre el acontecer nacional era como pedir que no hubiera neblina en Londres.

Millicent estaba en silencio, esperando que pronto terminara la cena. Alice, al igual que las otras damas versadas en la materia, escuchaba con interés, pues pocas veces se enteraba de las cosas. En cambio, Eleonora estaba pendiente de cada una de las intervenciones. Algunos eran sensatos, y a otros, les daba gana de abofetearlos.

—Me parece impresentable que haya tanto secretismo acerca de las comunicaciones entre el nuevo gobierno de Francia y el nuestro —señaló lord Watford—. Si es que se le puede llamar nuevo gobierno al regreso de Napoleón.

—Ha quedado más que claro que Bonaparte no es de fiar, en cuestión de pocos meses volvió al poder y tiene muchos adeptos —sentenció Wexford—. Debe reconocer, milord, que en estos momentos hay espías en todos lados. No se puede dar un paso en falso.

—Coincido —intervino Blake—. La información llegará a su debido tiempo, hay que tener paciencia y no presionar más de la cuenta. Las comunicaciones con Viena son lo más importante ahora. El gobierno debe ser cauteloso, los errores pueden costar la libertad.

—Bonaparte ha sido un gran distractor para promover leyes peligrosas —intervino Eleonora.

Blake alzó una ceja. Y todos los caballeros la miraron como si recién en ese momento se hubieran dado cuenta de que ella existía.

—¿Cómo cuáles, milady? —interpeló Blake, sorprendido por aquella intromisión. Pocas mujeres se atrevían a hablar de política frente a los hombres. Ni siquiera esas damas que los acompañaban, que sin duda conocían el tema, pero siempre permanecían en silencio.

¿En qué estaba pensando Eleonora para atreverse a tanto?

Imprudente, impensable, inapropiado.

Fascinante.

—Como la ley de cereales —replicó incisiva.

Millicent le abrió los ojos, reprendiéndola con ese mudo gesto por estar llamando la atención. Las demás damas celebraban en silencio la escandalosa intervención, era como si lady Gray estuviera realizando una fantasía que no se atrevían a concretar. La dama estaba demostrando que no alardeaba. Estaba muy informada sobre lo que se hablaba en el Parlamento.

—¿Peligrosa? —terció lord Harrow—. ¿De qué está hablando? Es una ley que protege nuestra producción.

—Protege a los terratenientes, mas no a la clase trabajadora —replicó Eleonora—. Esa ley es frágil a los elementos que el ser humano jamás podrá manejar; el clima, una sequía, enfermedades. Tan solo imagine el siguiente escenario; una catástrofe natural que afecte los cultivos al punto de la destrucción. Si Inglaterra no permite la entrada del grano extranjero y solo nos abastecemos de la producción nacional, ¿quién es perjudicado con los altos precios?

—Todos —respondió Harrow.

—No, milord. Usted podrá comprar grano al precio que sea porque es dueño de esos cultivos y tiene dinero, al igual que la mayoría de los lores y de quienes componen la Cámara de

los Comunes… Pero ¿qué pasaría con esas personas que, incluso ahora, apenas pueden pagar para subsistir? Hambruna, descontento social, eso obtendrán, solo por proteger sus bolsillos. Podría suceder lo mismo que en Francia, una revolución que podría acabar con los cimientos de todo lo que conoce.

Silencio…

—Es lo que Pemberton y yo decimos —apoyó Craven al cabo de largos segundos—. Lo que se debe hacer es regular las importaciones, no impedirlas, hacer el mercado competitivo.

—Eso sería arruinar nuestra economía —insistió Harrow, y otros caballeros lo secundaron.

—Por favor, siempre están sembrando el terror para que la gente se acobarde, pero al final, ustedes son los cobardes —atacó Eleonora. Blake alzó las cejas, ni él se habría atrevido a tanto.

Fascinante.

—Por favor, caballeros. Dejen las discusiones para el Parlamento —intervino Millicent y le lanzó una mirada de advertencia a Nora—. Hay damas presentes.

—Sí, y parece que algunas están leyendo demasiado los periódicos tendenciosos —terció con acidez lord Harrow.

Eleonora lo ignoró comiendo un bocado de su postre.

—No tiene nada de malo que una mujer tenga opinión política, aunque eso no le agrade, Harrow —intervino Blake—. Eso solo indica que tiene la inteligencia suficiente para comprender el mundo que la rodea.

—El mundo que rodea a una mujer es su casa, su esposo, los hijos, la familia —replicó Harrow, mordaz.

—Debo discrepar —repuso Blake—. Las decisiones que tomamos todos los días para dirigir el país, atañen el mundo de las mujeres. Tiene lógica que deban enterarse de lo que sucede a su alrededor, de este modo, podrán tomar las mejores decisiones para el rol que ejercen en sus familias. Por ejemplo, si una mujer pudiera anticipar una crisis económica, ¿cómo podría tomar medidas para proteger su familia del hambre? —Miró a Eleonor—. O me equivoco, lady Gray.

—Podemos estar en desacuerdo en muchas cosas, su excelencia, pero esta vez estoy de su lado —convino Eleonora y miró a lord Harrow—. Pero para no inflamar la conversación, me reservaré mis opiniones para otra oportunidad.

—Dios me libre —masculló el aludido.

—Hemos preparado un pequeño concierto de pianoforte por parte de lady Alice y lady Gray, para amenizar el fin de la velada con música —anunció lord Watford, para calmar los ánimos. La intervención de lady Gray fue inesperada, pero inteligente. A decir verdad, coincidía con ella—. Mientras las damas nos esperan, iremos a tomar un buen oporto.

Todos celebraron el fin del tenso debate; los caballeros acompañaron a lord Watford a beber y fumar, y las damas se dirigieron al salón de música. Millicent se excusó con su esposo, su «jaqueca» había empeorado y se despidió de sus invitados con una expresión moribunda.

Veinte minutos después, Alice hizo una impecable demostración de sus dotes musicales, interpretando a *Canon en Re mayor* de Johan Pachelbel y el *Concierto para piano número 21 en Do mayor* de Mozart. Todos disfrutaron de la música, sin sentir culpa por hacerlo sin la anfitriona. La música era suave; su misión solo era estimular los sentidos. Los invitados podían conversar a sus anchas, bebiendo un buen vino, relajados por la perfecta ejecución.

Al terminar, Alice recibió aplausos espontáneos y entusiastas, acto seguido, cedió su lugar a Eleonora y se unió al grupo que presidía lord Watford.

Blake le daba la espalda al pianoforte, mientras conversaba con Angus y otros caballeros. De súbito, sintió un ligero codazo en las costillas. Craven le propinó una sonrisa burlona y

Pemberton recibió el mensaje implícito en ese gesto.

—Si me disculpan, señores. Iré a importunar a lady Gray, y ver si es tan inteligente como parece. Pondré a prueba su habilidad de tocar el pianoforte y conversar al mismo tiempo —bromeó.

—Apuesto una guinea a que ella no puede —terció Harrow.

—Acepto, pero que sean cinco —replicó Blake—. No me diga que sí es cobarde.

—Que me aspen —masculló—. Cinco entonces.

El duque dio una leve inclinación y se dirigió al piano.

Eleonora miró subrepticiamente cómo Blake se acercaba a ella. Se quitó los guantes, acomodó su partitura y estiró sus dedos.

Estaba nerviosa, y no precisamente por tocar el piano.

—Al fin solos, mi muy estimada Eleonora —dijo Blake al llegar a su lado—. Le acabo de apostar cinco guineas a Harrow que usted puede tocar el pianoforte y conversar al mismo tiempo. —Miró de soslayo a su antiguo amigo.

Él, Harrow y Craven eran muy unidos, pero al separar sus caminos en la adultez algo cambió en el marqués… Y se convirtió en el mojigato conservador, amargado y estirado que pensaba ganar dinero a costa de la supuesta falta de intelecto por parte de Eleonora.

—En ese caso me gustaría recibir la mitad de las ganancias, Blake —exigió Eleonora, y el duque volvió su atención a la dama—. Usted sabe que puedo hacerlo, ha hecho una apuesta contando con información privilegiada. Eso es jugar sucio.

—¿Quiere la mitad? ¿Dónde ha quedado la comedida Nora?

—Para su desgracia, he despertado —respondió—. Y a veces me gusta la venganza. Me alegra mucho ayudarle, y quitarle algo de dinero a Harrow, se lo merece.

—Así veo, me ilusiona mucho saber que compartimos nuestra inclinación al juego sucio… —Se aclaró la garganta. Desde su posición podía ver los pechos de ella, enaltecidos por el corsé. Tenía un lunar justo entre ellos, al inicio de ese sensual valle—. Está bien, le daré la mitad.

Eleonora sonrió triunfal y comenzó a ejecutar *Für Elise*. Blake se perdió admirando los dedos de ella tocando con gracia las teclas. Su imaginación lo traicionó trayéndole una imagen de esos mismos dedos aferrándose fuerte a su espalda, al tiempo que sus piernas le rodeaban la cintura.

Se recordó que debía conversar. Volvió a aclararse la garganta, sentía la boca seca.

Bebió un poco de vino.

—Se ve hermosa con ese color —elogió y estudió la partitura para ver qué parte estaba interpretando Eleonora—. ¿Puedo inferir que ha decidido abandonar el luto?

—Así es. No seguiré aparentando algo que no siento —respondió firme. A Blake le gustó ver a Eleonora más segura de sí misma, le hacía honor a su nombre.

—En un par de semanas es el baile de presentación de lady Alice, ¿me dará el privilegio de bailar otra vez con usted?

—Por supuesto —respondió—. Dos bailes, dudo que alguien más me invite.

—Creo que no será así —rebatió, extrañado por aquella aseveración. Cambió la página de la partitura de Eleonora—. Recibirá muchas invitaciones cuando vean que ya ha dejado de lado los recatados vestidos de color lavanda.

—No sé si lo ha notado, pero solo su excelencia me ha prestado atención, y se lo agradezco, me habría aburrido mortalmente en la cena. Aunque, si le soy sincera, pensé que usted sería el que discrepara de mis opiniones.

—Resulta que pensamos parecido, ¿no le asombra? Lord Harrow se lo ha tomado muy a

pecho. Pero no se le puede pedir más a un Tory.

—Lo que de verdad me asombra es que usted sea capaz de defender a una mujer que se ha metido en un territorio ajeno.

—Usted solo hizo el debate más interesante…

Dejaron de conversar por unos momentos, Blake disfrutó de la música y volvió a mirar de refilón a Harrow. No se veía muy contento, y con razón, estaba perdiendo cinco guineas.

—¿Mañana tiene algún compromiso importante que cumplir? —preguntó Blake.

—Nada en particular, solo salir con Alice a Hyde Park a las cinco y media… ya sabe, para ver y ser vistos.

—Concédame todo el día. Desde las nueve de la mañana hasta las cuatro.

—¿Qué haremos en todo ese tiempo?

—Conversar, cultivar nuestra amistad… —Cambió la hoja de la partitura—. No lo he planeado del todo. No suelo actuar sin anticipación, pero me ha animado a hacerlo esta noche, tenemos la libertad de improvisar. Ya se lo he dicho, usted es la mujer más estimulante que he conocido en mi vida. Nos divertiremos.

Eleonora no contestó de inmediato. No obstante, su primer impulso fue negarse… Sentía que esa amistad cada vez era más peligrosa para su corazón, ¿y si al final ella se enamoraba y Blake no lograba sentir más que simpatía?

¿Amarlo en secreto, viendo cómo se casaba con otra?

¿Por qué estaba elucubrando tanto? ¡Era solo un paseo!

«Solo somos amigos», pensó.

¡Por favor! ¿A quién quería engañar? Desde el primer momento Blake dijo que él quería algo más que una amistad. ¡Quería casarse con ella, por todos los cielos!

Y ella ni siquiera se había planteado esa posibilidad. Hasta que conoció a Blake.

Debía reconocer que él también era estimulante… Espoleaba aquella parte de sí misma que pensó que había muerto, pero que solo se había escondido para sobrevivir.

Ella ya no era la misma jovencita que se casó con Gray pensando que tendría un buen matrimonio y que el cariño se forjaría en el camino.

Blake le estaba dando la oportunidad de conocerlo, ¿por qué no tomarla? Solo estaba segura de una cosa, él no era de los que golpeaba…

«¿Y si lo es? Gray lo supo ocultar muy bien», preguntó una vocecilla llena de miedo e incertidumbre.

«No lo volveré a permitir, ni siquiera un grito… Y Gray no lo ocultaba bien, fui yo la que no obedeció a mi instinto cuando lo noté», se respondió. «No tuve alternativa».

Mejor partido no podrás encontrar…

Se ha fijado en ti, deberías agradecerlo…

Mira, él está más allá de tus posibilidades y, sin embargo, te ha elegido…

No volverás a tener esta oportunidad…

No hay dinero para otra temporada…

No te podremos mantener otro año más…

¿Qué dirá la gente de nosotros si no te casas?…

—No puedo vivir con miedo —murmuró para sí misma.

—¿Disculpe? —preguntó Blake, no logró escuchar.

—Dije que lo estaré esperando mañana a las nueve… Improvisaremos.

Capítulo X

Eleonora cerró sus ojos y disfrutó de la suave brisa que le acariciaba el rostro. El relajante sonido de los cascos de los caballos marcaba el tenue vaivén del tílburi. El vivificante aroma de la primavera inundaba sus pulmones; los árboles en flor, la leve humedad de la tierra, el tibio sol.

Desde hacía media hora habían dejado atrás el humo y la fetidez de Londres.

Suspiró gustosa.

Blake la miró de soslayo y sonrió, al tiempo que volvía a poner atención al camino. Estaba encantado con el primoroso vestido de color azul que Eleonora había elegido para usar ese día. La noche anterior decidió llevar a Eleonora a una pequeña propiedad que tenía a las afueras de Londres. Por lo general, su abuela la usaba para realizar fiestas campestres y solía haber personal listo para atender sin necesidad de avisar con anticipación.

Un día al aire libre, pero con todas las comodidades.

No habían hablado mucho durante el trayecto, salvo para las cortesías, mas a ninguno de los dos les molestó la falta de palabras. El silencio no era tenso ni frío, sino acogedor y cálido.

Como dos amigos.

Eleonora no quiso preguntar cuál era el destino, deseaba experimentar la sorpresa. Sabía, desde el fondo de su corazón que, viniendo de Blake, iba a ser buena.

Ella abrió los ojos y miró a Blake. Estaba concentrado en el camino. Su postura y facciones eran serenas; llevaba las riendas firmes, mas no tensas. Sintió el impulso de apoyarse en él.

Sabía que encontraría descanso.

Blake salió del camino principal y guio a sus caballos hacia un sendero más estrecho, que se extendía por una milla, y era bordeado a cada lado por una hilera de añosos robles. Más allá, se podía observar extensos prados colmados de verdor. Eleonora no pudo evitar sonreír. El campo era un lugar que le traía paz. Aunque también debía admitir que había ciertas cosas que le hacían evocar recuerdos que prefería olvidar.

Pero aquello era inútil, el pasado no se podía borrar. Sin embargo, se propuso en ese mismo instante que intentaría profanar toda mala experiencia con un momento poderoso y feliz.

Tal como se estaba sintiendo en ese momento.

Al acercarse más a su destino final, Eleonora comenzó a notar los detalles. Al fondo del camino se vislumbraba una mansión de piedra, cuya arquitectura era una mezcla de diferentes estilos y parecía tan antigua como una abadía.

—Es abrumadora —comentó Eleonora, a medida que se aproximaban y la mansión iba aumentando de tamaño.

—Debo reconocer que sí lo es, pero estoy habituado a ella. Se llama Labyrinth Manor —respondió Blake, dándole una breve mirada de reojo—. Ha pertenecido al ducado desde el siglo XV, por lo que cada cierto tiempo, el duque de turno va agregando algo a la estructura. Mi padre mandó a construir una balaustrada para cerrar el patio delantero, plantó y hermoseó él mismo los jardines, a petición de mi madre… La amaba mucho, ambos se consentían de diferentes formas para demostrar su afecto. Era entrañable su relación.

Eleonora observó la expresión de Blake, esbozaba una sonrisa agridulce. Él también debió amar a sus padres y, sin duda, conservaba hermosos recuerdos de ellos.

Lo entendía, ella recordaba principalmente a su padre, quien siempre le hablaba de su madre con amor, para que no la olvidara. Él jamás se casó de nuevo, por mucho que le recomendaron que lo hiciera para que ella creciera con una figura materna «real». Eleonora, ya de adulta, agradeció que su padre no cediera a las presiones. Con él siempre fue suficiente.

—Me encantará ver los jardines que su padre le hizo a su madre.

—Él siempre decía: «para qué regalar ramos de flores que morirán al cabo de una semana, si puedes regalar jardines que durarán toda la vida».

—¿Y usted cree en eso?

—Por supuesto, me gusta dar presentes significativos a las personas que estimo… Claro que, en mi caso, en vez de regalarle un jardín fue una caja musical, Eleonora.

—Debo confesarle que desde que mi padre falleció, jamás me habían hecho un regalo tan bonito.

—Me hace feliz saber eso —replicó, sincero—. En cuanto la vi en la vitrina supe que era para usted.

Eleonora volvió a sonreír, no podía dejar de hacerlo. La noche anterior escuchaba una y otra vez la melodía de la cajita, hasta que se quedó dormida.

—Fue muy cortés de su parte, Blake… Aunque a Millicent y a Alice les regaló flores.

—A las arpías se les da el ramo más grande para distraerlas, y sabía que lady Alice iba a ser el centro de atracción, por lo que mi ramo pretendía ser discreto para no darle algún tipo de mensaje erróneo.

—Lo calculó todo muy bien…

—Para ser duque hay que ser calculador, observador y, a veces, desalmado para proteger a los que amamos. El lema de nuestro ducado es «*Stirpe, legalis, sanguis et amor*»…

—«Familia, lealtad, sangre y amor» —tradujo Eleonora.

—Exactamente. Los cuatro pilares de los Pemberton… Aunque la parte de «sangre» no solemos usarla desde que nos hemos vuelto civilizados —acotó, socarrón.

—Las tradiciones no son necesariamente buenas —apostilló.

—Concuerdo… Llegamos.

Blake redujo la velocidad hasta detener el tílburi. Los mozos de cuadra, sorprendidos por la inesperada visita del amo, se apresuraron a atender el carruaje y a los caballos.

El duque se apeó y ayudó a Eleonora a descender tomándola de la mano y, acto seguido, le ofreció el brazo, el cual ella aceptó como un acto natural más que por seguir las convenciones de la cortesía.

La noticia de su llegada tardó solo un minuto en llegar a los oídos del ama de llaves, quien los recibió con una gran sonrisa.

—¡Su excelencia! ¡Qué agradable sorpresa! —exclamó bajando la escalera que daba acceso a la casa.

—Señora Sallow, a usted jamás se le sorprende, no finja que no está preparada —elogió Blake a modo de saludo.

—Me conoce demasiado bien, su excelencia.

—Señora Sallow, le presento a mi querida amiga, Eleonora Loughty, condesa viuda de Gray.

—Es todo un placer conocerla, milady —respondió el ama de llaves dando una reverencia, sin demostrar lo desconcertada que se sentía. Su amo no tenía amigas, por lo que había dos posibilidades, se trataba de una querida o de la futura duquesa.

Elevó una plegaria al cielo para que fuera lo último, porque si era lo contrario, la abuela del amo se enteraría tarde o temprano y se armaría un escándalo descomunal.

—El placer es mío, señora Sallow. Se nota en la propiedad el impecable trabajo que realiza —saludó Eleonora, usando la misma y sincera estrategia de Blake. Era evidente que el cariño que se tenían era más allá que el de amo y sirviente.

—Oh, muchas gracias, milady. —Dirigió su atención al duque—. ¿Cuántos días se van a quedar, su excelencia?

—Hemos venido a pasar el día y pasear por el campo. Volveremos a Londres a las tres de la tarde. Lady Gray tiene compromisos previos e ineludibles.

—Entiendo… Si gustan, antes de salir, pueden ir a descansar y refrescarse a las habitaciones que estamos preparando. No pudo venir en mejor momento. Ayer llovía a ratos, pero el día de hoy ha sido una bendición.

—Soy un hombre con demasiada suerte —replicó, ufano. Consultó su reloj de bolsillo, eran las diez de la mañana—. Bien, iremos a descansar media hora y después saldremos.

—¿Les preparo una canasta con refrigerios? —consultó la señora Sallow.

—Usted ya sabe lo que me gusta. —Le guiñó el ojo, cómplice, recibiendo una risita de su querida ama de llaves.

—Muy bien… —Volvió a mirar a Eleonora—. ¿Lady Gray, tiene alguna preferencia o hay algún alimento que debemos considerar para no ponerlo en la canasta?

—Nada en particular, sé que será perfecto. Muchas gracias, señora Sallow.

—Muy bien, síganme, por favor.

*****

Blake y Eleonora caminaban uno al lado del otro. Él llevaba la canasta llena de refrigerios y ella, la manta. La atmósfera se percibía íntima y apacible en el inmenso jardín que ya estaba en flor; rosales, camelias, geranios y peonias perfumaban el aire.

—Jamás había visto un jardín como este —dijo Eleanor con una sonrisa divertida.

—Nunca dije que mi padre fuera un experto jardinero.

Eleonora rio, ese jardín estaba lejos de ser digno de una antiquísima mansión ducal. Pero tenía un encanto y autenticidad que lo hacía único y especial.

—Es tan caótico y a la vez tan hermoso —elogió con genuina admiración—. Siento que no podría ser de otra manera. ¿Cómo puede ser eso posible?

—Siempre se lo he atribuido a que mi padre lo hizo con amor más que con sentido ornamental —respondió, orgulloso de ser testigo de la devoción que se profesaban sus progenitores.

—Es una verdadera explosión de colores, como los fuegos artificiales… Supongo que su madre debió sentirse feliz con esta muestra de amor, hasta yo me siento dichosa de estar aquí. Está incluso en el aire que se respira en este lugar.

—Mi madre fue muy feliz —confirmó con una punzada de pesar, su pérdida fue demasiado temprana. Miró el rostro extasiado de Eleonora, quería verla siempre así. Necesitaba alcanzarla de algún modo, seguir penetrando cada coraza que ella interponía entre él y su corazón.

Debía ponerse manos a la obra.

—Pero ha sido suficiente de mí —decretó—. Cuénteme algo de usted mientras buscamos un lugar donde extender la manta y comer.

—¿Qué quiere saber? —interpeló Eleonora dispuesta a darle respuestas.

—¿Quién le enseñó a tocar el pianoforte? —preguntó Blake algo sencillo, pero importante a la vez.

A Eleanor se le iluminó el rostro.

—Mi padre. Se llamaba Paul Everett, él era un músico excepcional, daba clases de pianoforte, clavicordio, violoncello, violín y arpa. Era el octavo hijo del vizconde Codford, por

lo que se ganaba la vida de esa manera, y así fue como conoció a mi madre. Se llamaba Victoria, era plebeya, hija de un comerciante.

—¿Su madre fue alumna de su padre? —indagó Blake, intrigado.

—Así es —afirmó con un aire ladino.

—Debió ser un escándalo —conjeturó, pero sin censura en su tono de voz.

—No alcanzó a serlo. Mi padre, en ese entonces, tenía veinticinco años y mi madre, veinte. Ellos se habían enamorado y él hizo las cosas bien, pidió su mano en matrimonio y fue aceptado. Después de todo, era hijo de un lord y mi madre tenía pocas posibilidades de casarse porque siempre fue de salud delicada… Yo nací dos años después de su enlace y desde que tuve consciencia, la música era todo mi mundo. Nos dio consuelo cuando mamá murió, nos daba alegría cuando evocaba recuerdos preciosos, nos subía el ánimo cuando no sentíamos tristes… Mi padre compuso muchas piezas musicales para mi madre, pero las perdí a los quince años, cuando él falleció de fiebres.

—¿Cómo las perdió? —preguntó, al tiempo que se internaban en un sofisticado laberinto de setos, que él conocía de memoria. Eleonora lo seguía sin cuestionar el rumbo.

—Mi tío Harry, el que heredó el vizcondado, vendió todo lo que mi padre poseía para poder reunir dinero para mí… —relató perdida en sus recuerdos, acariciando distraída el follaje de las paredes del laberinto—. No sé si lo hizo por tacañería o porque yo era una carga costosa para él. Debía terminar de educarme y, ojalá, conseguir un marido apenas tuviera la edad suficiente… Según lady Codford, su esposa, yo era una salvaje y la única virtud que poseía era la música… Debuté en sociedad cuando iba a cumplir diecinueve, y me casé al final de la temporada.

—Y el resto es historia —finalizó Blake, sin querer presionar a Eleonora a que fuera más allá.

—Así es… —Detuvo sus pasos y Blake también lo hizo. Lo miró a los ojos, como si quisiera ver la verdad a través de ellos—. Desde que lo conozco he tenido curiosidad sobre una cosa.

—Dígame, contestaré lo que sea —respondió, solemne. Notó que ella se aferró a la manta, como si fuera un escudo.

—¿Cómo sabe que mi matrimonio fue un infierno? Sin conocerme, fue lo primero que me dijo.

Blake estudió la expresión de Eleonora. Podía evadir el tema con facilidad y no arruinar más el momento, no obstante, estaba poniendo en juego la frágil confianza que estaban construyendo.

Dejó la canasta en el suelo. De pronto, la sintió más pesada de lo que era.

Decidió ir con toda la verdad posible, porque no deseaba herirla ni verla triste. Esa mirada que ella le daba estaba llena de algo que le provocaba una miríada de sentimientos que iban más allá de la amistad.

—Lo conocí antes que usted. En apariencia él era un hombre sin mácula. No obstante, una vez coincidimos y él se había emborrachado. Estaba arriba de una mesa y rodeado de caballeros que reían de su actuación. Hablaba de lo mucho que adoraba a su amante y de su eterno amor, destinado a ser un imposible… Entre jocosas carcajadas, confesaba que lo asqueaba la idea de casarse con otra para poder cumplir con su deber de engendrar. Todo lo narraba en un tono de cómica desdicha, como si estuviera representando una sátira.

»Y, mientras unos solo comentaban que eran tonterías de un hombre pasado de copas, yo solo pensaba en que él era un ser despreciable y desequilibrado. Mi intuición me decía que era

verdad lo que decía. Siempre he pensado que el alcohol solo hace relucir la bajeza que esconden algunas personas.

»Cuando me enteré de que se había casado, solo sentí lástima por la pobre mujer que estaría atada a él de por vida. Estaba seguro de que ella sería en quien él descargaría su ira y frustración.

»La noche en que la conocí, Eleonora. Me entristeció haber tenido la razón…

Blake no agregó nada más, intentó narrar los hechos de modo que no fueran tan duros e hirientes. Prefirió omitir aquellas veces en que escuchó los crueles comentarios que hacía acerca del pobre desempeño sexual de su esposa comparándolo con el de su amante, o la repugnancia que sentía cuando intentaba concebir un heredero… Siempre usando la repulsiva estrategia de estar representando una sátira.

Eleonora desvió la vista y se quedó ensimismada en el follaje. Pemberton sabía que ella debía estar sufriendo, pero ¿qué podía hacer? Se sentía inútil e impotente.

—Antes de que muriera Gray siempre quise saber por qué él me odiaba tanto —repuso Eleonora tras un prolongado mutismo en el que ella parecía estar lejos del alcance de Blake—. Me pregunté muchas veces si había hecho algo imperdonable, o si yo no era lo suficiente para ser condesa… Me hizo creer que me merecía esas… —Eleonora calló. No importaba cuánto tiempo había pasado, seguía siendo vergonzoso reconocer y recordar las palizas e insultos. Inspiró hondo, volvió a mirarlo a los ojos y agregó—: Ahora usted ha confirmado la conclusión a la que llegué cuando él murió y sus vicios salieron a la luz, pero ya era muy tarde para mí. Sin embargo, no imagina cuánta tranquilidad usted me trae con lo que me ha contado, porque incluso llegué a dudar de mi cordura… Gracias, Blake.

—No, gracias por confiar en mí, querida —replicó y ya no quiso contenerse, enmarcó el rostro de Eleonora con sus manos e interceptó un par de lágrimas con sus pulgares—. Sé que no puede contarme todo lo que vivió en esos eternos ochos años. Pero quiero que sepa que usted ya es parte de mi vida, y solo deseo, fervientemente, que nunca más vuelva a vivir en un infierno. No lo merece… en realidad, ninguna mujer lo merece.

Eleonora entornó sus ojos y otro par de lágrimas fluyeron, Blake volvió a secarlas.

—¿Por qué se está esforzando tanto por mí? —interpeló, directa, volviendo a abrir sus ojos y encontrarse con los de Blake que estaban oscuros como la noche—. Puede tener a la mujer que quiera. No soy una opción para ser la esposa de nadie… menos de un duque. Estoy tan… fragmentada, intentando unir las piezas de mi vida. No siga intentándolo, por favor —pidió, sabiendo que era inútil. Blake era obstinado, y ya era muy tarde para alejarlo de su vida.

Y debía admitir que, mientras más intentaba apartarlo, más deseaba estar junto a él, porque con Blake podía ver la vida de otra forma. Él era un amigo y, no obstante, también era algo más.

Le daba la esperanza de que la vida era bella.

—Eleonora, no importa cuántas partes de su vida estén perdidas o no encajen como antes, yo estaré a su lado para encontrarlas todas —afirmó acariciando los pómulos de ella, que con cada suspiro le arrebataba su corazón—. Usted es una mujer por la que vale la pena el esfuerzo… Cada día, todos los días.

—Oh, Blake… ¿Por qué? —interpeló casi desesperada, estaba dividida entre la ilusión de dejarse llevar por el sentimiento que crecía desatado en su pecho y creer en Blake, o permitir que el terror a equivocarse de nuevo la devorara.

Blake sonrió, enternecido, no tenía más alternativa que hacerlo, porque el alma de Eleonora estaba expuesta ante él y estaba dichoso por ser digno de recibir ese regalo. Solo debía decir lo que sentía. Sabía que les quedaba mucho por conocerse, y sin embargo ese era el momento

perfecto para avanzar un poco más.

—Porque mi corazón ya le pertenece... y la esperaré hasta que esté dispuesta a darme, aunque sea, una parte del suyo. Y cuando eso suceda, seré el hombre más feliz de la tierra, porque tendré el honor de ser quien lo protegerá y atesorará por el resto de mi vida.

Blake se atrevió a besar la frente de Eleonora y ella jadeó con el contacto. Podía sentir la calidez de los labios de él sobre su piel.

No sentía temor… Era la primera vez que no experimentaba esa sensación de querer huir ante el contacto de un hombre que no fuera su padre.

Y cuando él se separó, el frío la invadió… La necesidad de volver a sentir ese calor fue más fuerte que el temor.

Se empinó sobre la punta de sus pies, tomó impulso y cerró los ojos.

Sintió el tierno calor de los labios de Blake devolviendo ese beso con creciente ardor.

Y un nuevo pacto entre ellos se selló.

Capítulo XI

La manta a la que Eleonora se aferraba cayó al suelo y, acto seguido, las manos de ella estaban ancladas al cuello de él. Blake la atrajo más hacia su cuerpo y profundizó el beso con suma gentileza.

Sus respiraciones profundas rasgaban el silencio. Eleonora podía sentir las manos tibias de Blake acariciando su espalda, provocándole unos escalofríos que recorrían todo su ser. El pulso se le aceleró y jadeó, gustosa.

Blake tanteó sus labios con la punta de su lengua para provocarla, ver hasta dónde podía llegar. Debía ser cauteloso, sentía que se jugaba la vida en ese beso. No obstante, no tuvo que esperar demasiado por una respuesta, Eleonora devolvió las atenciones del mismo modo y él dio un gruñido ahogado.

Tímida e inexorable fue esa exploración. Parsimonioso, Blake acarició la húmeda lengua de Eleonora con reverencia. Saboreó la boca que le supo a ambrosía y casi perdió la cabeza cuando ella también se animó a probarlo a él.

Poco a poco la intensidad del contacto aumentó. Eleonora sentía que Blake espoleaba algo desconocido en ella, muy diferente a lo que alguna vez sintió con Richard. No estaba cumpliendo con un frío deber, o por ese deseo desesperado de dejar ser una carga, tampoco lo hacía por miedo.

Era libre. Libre de querer, de tomar, de conservar.

De experimentar sin temor a recibir una represalia.

Permitió que Blake la devorara, se permitió devorar a Blake. Eleonora se sentía arder y que no había forma de apagar ese fuego que lamía cada pulgada de su piel. ¿Eso era el deseo? ¿Eran esas ganas de fundirse en ese hombre que la seducía con maestría? ¿También lo era ese frenético palpitar en su feminidad? ¿Ese impulso de tocar y estimular esa caliente rigidez que sentía presionando contra su vientre?

Se preguntó si sentiría dolor.

—No te vayas, quédate conmigo —susurró Blake sobre sus labios. De pronto, ella se había tensado y roto el contacto—. Disfruta, olvida todo, Eleonora.

—Oh, Blake… Hazme olvidar —suplicó.

—Cada día, todos los días —prometió con voz grave, colmada de fervor—. Soy tuyo.

Eleonora volvió a besarlo. Se tomó la libertad de acariciar el cabello negro de Blake, de deleitarse con probar qué tan fuertes eran esos hombros, la espalda ancha. Posó la mano sobre el pecho de él, sintió el calor a través de la camisa de lino y los latidos desbocados de ese corazón que él le había entregado.

Una parte de ella estaba rendida ante Blake, y sabía que ya no había vuelta atrás.

Eleonora volvió a interrumpir el beso, no podía dejar que su razón se nublara. Había llegado a la temida encrucijada.

Ya no dependía de ella el futuro, sino de él.

—Ya no podemos ser amigos, Blake —declaró, seria.

Blake apretó la mandíbula. No sabía a qué atenerse, por lo que no respondió.

Eleonora vio en él una inusitada vulnerabilidad y se enamoró un poco más.

—Me pidió que considerara una unión más permanente, si usted lograba demostrar que sus intenciones eran honorables y, además, si en nuestra relación de amistad surgían la confianza y afecto mutuos.

—Me parece tan lejano ese día, creo que ni siquiera soy el mismo de ese entonces…

—respondió, sincero.

—Creo que ya hemos traspasado ese umbral con creces —aseveró, nerviosa—. Sin embargo, antes de darle una respuesta, necesito darle un motivo por el cual usted no podría casarse conmigo —advirtió, volviendo al trato formal. El fervor le había hecho perder la compostura y necesitaba tomar distancia.

—Estoy convencido de que, sin importar lo que me diga, no cambiará la intensidad de mis afectos hacia usted —replicó, seguro.

—Yo no puedo concebir un heredero, soy estéril. —Eleonora alzó su mano en el momento que Blake inspiró para replicar—. Espere, por favor… —Tomó una honda inspiración, era difícil ponerle palabras a su dolor, lo iba a decir en voz alta por primera vez en su vida—: Gray me golpeaba… no eran solo bofetadas o empujones… en muchas ocasiones fueron palizas que me dejaban semanas en cama. Todo lo que yo hacía o decía era motivo suficiente para recibir su castigo.

Eleonora respiraba con dificultad, intentando controlar las lágrimas de vergüenza y odio a sí misma por permitir ese trato. En ese entonces, ella se sentía tan disminuida e inútil ante la furia de su esposo, que le era imposible responder a sus golpes. Solo se ovillaba y aguantaba hasta que él se cansara.

Blake esperó en silencio a que ella continuara. Sus músculos estaban tensos, casi a punto de romperse de pura rabia e impotencia. Maldijo con toda su alma a Gray, deseó que se estuviera pudriendo en el infierno.

—Cuando él volvía a Wickford en verano, intentaba concebir un heredero… —siguió narrando Eleonora—. Gray casi nunca podía porque yo le daba asco, y las veces que lo lograba, terminaba vomitando. —Se limpió las lágrimas, no dejaban de caer—. La cuestión es que una vez quedé encinta. Me di cuenta cuando él ya se había marchado a Londres y no se lo conté porque no quería que volviera tan pronto… Mas no sé cómo, se enteró. Un día volvió, era invierno, yo ya tenía cinco meses de embarazo, pero mi vientre no se veía tan abultado como él esperaba…

»Aseguró que el bebé no era de él, que le fui infiel…

Eleonora calló, sus lágrimas caían mudas y, en un acto reflejo, acarició su vientre. El recuerdo de sentirlo vacío, extrañando la vida que había en su interior, siempre la devastaba.

—Jesucristo —susurró Blake al comprender lo que sucedió.

—Recuerdo muy poco, solo sé que casi morí —continuó relatando Eleonora. Su mirada estaba fija en un punto del follaje—. El doctor dijo que nunca más podría volver a concebir. Le aconsejó a Richard que no intentara ninguna clase de intimidad por un año, para que mi cuerpo se recuperara, pero él nunca más volvió a mi alcoba… Eso fue hace tres años… —Alzó la mirada y se encontró con los ojos oscuros de Blake, estaban enrojecidos—. Ahora que lo sabe todo, ¿aun así quiere casarse conmigo? No es una probabilidad, o una especulación, es un hecho que no podré darle herederos.

—Eleonora… no.

Blake solo la abrazó fuerte. Estaba desolado, pero no por el hecho de saber que no podría tener hijos si se casaba con ella. El infierno de Eleonora fue inhumano y se sentía tan minúsculo e inútil por no poder cambiar el pasado. Las crípticas palabras de ella cobraban tanto sentido en ese momento.

Quería hacer feliz a esa mujer, darle un futuro lleno de amor. De pronto, Blake sintió que su legado dejaba de tener esa ancestral importancia, incluso ya no le veía sentido; había otros que podían perpetuar su sangre, el título no moría con él. ¡Qué importaba! Su felicidad, su vida y su

presente era lo que estaba en juego, no iba a transarlo por nada del mundo.

Se quedaron abrazados, quizás por cuánto tiempo. Eleonora estaba aferrada a Blake, envuelta en su calor, recibiendo dulces besos de consuelo en su coronilla. Las lágrimas fluían y fluían, pero, al caer, se filtraban en la ropa de él.

—Me casaré con usted, Eleonora —sentenció Blake, de súbito y se separó levemente para mirarla a los ojos—. Si tengo que elegir, prefiero pasar toda la vida a su lado, amándola, en vez de concebir un heredero por deber y sin amor. Pero lo más importante para mí es saber si usted está dispuesta a ser mi esposa, no por obligación o porque no tiene alternativa, sino porque siente algo por mí y desea pasar su vida a mi lado.

Eleonora sonrió con cierta timidez, sentía tantas cosas por él que no sabía por dónde empezar…

—Usted es mi único y más querido amigo —respondió—. Pero debe saber que nunca he amado a nadie como a usted, y quiero ser valiente y arriesgarme… porque me ha enseñado a apreciar que estoy viva. Y cuando estoy a su lado, me siento segura y el miedo se esconde, se vuelve pequeño e insignificante. ¿Cómo no voy a amarlo si ha sido tan obstinado? No se ha rendido conmigo, incluso ahora, sabiendo que no podremos formar una familia.

—Entonces seremos una familia de dos —sentenció, vehemente—. Y dos es más que suficiente. Podremos ser los tíos consentidores de nuestros sobrinos y, lo mejor de todo, es que cuando nos harten, los podremos devolver a sus padres… O si el instinto es más fuerte, buscaremos un niño huérfano y lo cuidaremos y amaremos como si lo hubiéramos engendrado. No importa lo que suceda, seremos usted y yo, siempre.

Eleonora rio, Blake siempre tenía una solución para todo.

Sin embargo, sus carcajadas cesaron en el momento en que Blake puso una rodilla en el suelo, le tomó la mano y la miró con devoción.

—Eleonora Everett —llamó por su nombre de soltera—, ¿quiere ser mi esposa?

—Sí —respondió con una sonrisa temblorosa—. ¡Sí! ¡Mil veces sí!

Blake sonrió, secó unas incipientes lágrimas de sus ojos y se levantó sin soltar la mano de Eleonora. La atrajo hacia él y la besó con ardor, al mismo tiempo que la alzaba y giraba de felicidad.

Qué cosa tan extraña y maravillosa era el amor. Él al fin había logrado su objetivo de conseguir una esposa, sin embargo, se dio cuenta de que no era el fin de la tarea, sino todo lo contrario, y le tomaría toda la vida llevarla a cabo.

Todos los días, cada día.

*****

Después de que ella aceptara ser su esposa, el día transcurrió rápido. Acostados sobre la manta, Blake y Eleonora hicieron planes contemplando las nubes que flotaban lento por el firmamento. Al rato les dio hambre y, mientras comían los deliciosos refrigerios que les preparó el ama de llaves, conversaron de todo un poco; de sus familias, de anécdotas infantiles, del clima, incluso de política, filosofía y religión.

No, no había ningún tema tabú… Quizás solo uno.

Desde la confesión de Eleonora, Blake decidió que jamás en la vida volvería a mencionar a Gray. A menos que ella quisiera conversar sobre algo en particular. Tan solo pensar en él le despertaban las ganas de ir al cementerio a exhumar el cadáver e incendiarlo.

Blake también se dio cuenta de que debía ser muy cuidadoso con ella cuando llegara el

momento de hacer el amor. Quizás no iba a ser fácil, por eso mismo, se propuso ser el mejor amante del mundo, solo para Eleonora. Y si lograba que ella disfrutara, se sentiría como el maldito rey de Inglaterra. No, ¡del mundo!

Eleonora dio un profundo suspiro de resignación e interrumpió las cavilaciones de Blake.

—No quiero volver a Eden Hall —confesó.

—Entonces no vuelvas —replicó Blake, despreocupado, dejando de lado el trato formal. Eleonora era su prometida, y ella aceptó ese acuerdo tácito.

—Ojalá fuera tan fácil… Es por Alice; no podría dejarla sola con Millicent.

—Ah, lady Arpía…

—Alice fue mi única compañía en el campo, sin ella no habría sobrevivido. Podría decir que es casi como una hija. Millicent siempre ha estado resentida con ella, la culpa del fallecimiento de su madre. Aunque, en realidad, es una ridiculez, la madre de Alice se suicidó un año después de haberla dado a luz. Creo que solo fue una terrible coincidencia.

—Millicent tiene una retorcida forma de ver el mundo.

Eleonora no respondió, su silencio valía más que mil palabras.

—¿Sería mucho pedirte que Alice viva con nosotros cuando nos casemos? —preguntó Eleonora, luchando contra sus propios demonios. Sabía que Blake no reaccionaría mal, pero temía llegar al límite de la paciencia de él y que todo se derrumbara.

—Dalo por hecho… —aceptó, ajeno a las inseguridades de Eleonora, sin saber que, con sus palabras, las disipaba—. Watford estará encantado de endosarme la misión de buscarle un esposo… y yo estaré encantado de endilgarle esa tarea a mi abuela. Casi nunca falla, pero conmigo no funcionó su método —aseveró, orgulloso de su proeza.

Ingenuo.

—Creo que ahora Alice ya no sentirá tanta presión por buscar un esposo acaudalado. —Eleonora sonrió con un tinte de pesar—. Decía que cuando se casara, yo me iría a vivir con ella.

—Es muy noble de su parte, pero creo que no lo hubieras aceptado —aseveró Blake, convencido.

A Eleonora se le llenó el corazón, él la conocía cada vez un poco más.

—Siempre he detestado ser una carga, pero desde la muerte de mi padre, aquello se transformó en mi sino. —Suspiró. Cuando conversaba con Blake se sentía más liviana. Era maravilloso tenerlo como amigo y compañero, él nunca la juzgaba cuando abría su corazón—. Estaba ahorrando el dinero que me daba lord Watford como asignación. En cuanto Alice contrajera matrimonio, pretendía marcharme de Londres y ser maestra de pianoforte o institutriz… como mi papá. Se me da bien enseñar.

—No me arrepiento de arruinar tus planes… Aunque, si lo deseas, podrás enseñar música o perfeccionar tus habilidades, quiero que sientas que puedes hacer lo que quieras. —La besó—. Cuando lleguemos a Londres, le informaré a mi familia y luego hablaré con Watford… Casémonos lo más pronto posible, la verdad no quiero esperar. Creo que con una licencia común bastará. Solo tendremos que esperar unas cuantas semanas a que mi abuela prepare todo. No me perdonará si no lo celebra como es debido.

—Sí, para qué esperar más… Un compromiso largo es un despropósito para nosotros. Podremos seguir conociéndonos durante nuestra vida en común. Yo ya sé lo principal.

—¿Y qué es? —interrogó, pícaro.

—Que te quiero mucho, que eres un hombre magnífico y que nunca me harás daño a propósito.

Blake sonrió, ufano.

—Yo también ya sé lo principal.

—¿Y qué es? —parafraseó, siguiendo el juego.

—Que te quiero mucho, que eres una compañera ideal y que disfruto mucho estando a tu lado. —Blake suspiró hondo. En contra de su voluntad sacó su reloj de bolsillo y consultó la hora—. ¿En serio ya son las dos?

—Pero si apenas acabamos de llegar —repuso Eleonora, incrédula—. ¿No estás bromeando?

—No, querida. —Le mostró la hora de su reloj, y ella dio un gemido lastimero—. Recojamos todo para llegar a tiempo.

Eleonora hizo un puchero, Blake la besó y succionó, gentil, el labio inferior. Aquello le hizo sentir un inusitado ardor que la dejó con ganas de más.

Blake se puso en pie y le ofreció la mano. Ella aceptó a regañadientes.

—Volvamos, sé paciente… De todos modos, nos veremos esta tarde en Rotten Row. —Le guiñó el ojo—. Quiero que me vean con la futura duquesa de Pemberton.

Capítulo XII

Millicent espió ocultándose detrás de la cortina. Como todas las tardes, Alice y Nora salían tomadas del brazo para ir a pasear a Hyde Park. Sin embargo, cuando llegaron a la acera, una elegante calesa se detuvo frente a ellas. Lady Watford, al reconocer al hombre que les hablaba, jadeó.

—Pemberton —susurró, al tiempo que abría un poco más la cortina para observar mejor—. ¡También la duquesa! ¡Y su hermana!

El mismo duque, con una radiante sonrisa, se apeó del carruaje y ayudó a subir a Alice y a Nora, quienes se situaron en el asiento que estaba frente al de lady Katherine y la duquesa. Acto seguido, el duque se sentó entre su abuela y su hermana.

—Creo que pronto tendremos una visita de Pemberton —señaló, de súbito, la voz de lord Watford a sus espaldas. Millicent dio un respingo y no pudo evitar dar el consecuente gritito. El conde rio, bonachón—. Es un poco osado de su parte invitar a pasear a Alice sin avisar, pero va con su abuela y su hermana, eso es muy significativo.

—¿Crees que pedirá su mano? —preguntó Millicent, sin dejar de observar.

—Creo que lo hará pronto —respondió Watford sin titubear—. Lady Alice es una dama muy virtuosa y solo era cuestión de tiempo para que un caballero se fijara en ella. Si tenemos suerte, su fiesta será de debut y compromiso.

Millicent esbozó una sonrisa de medio lado.

Y cuando Alice abandonara la casa siendo una duquesa, podría echar a patadas a Nora.

*****

La calesa ya se adentraba en Rotten Row, reduciendo su velocidad debido a la inmensa cantidad de carruajes y caballos. Era la hora de ver y ser vistos.

Lady Alice estaba muy desconcertada ante la inusual situación. Nora había aceptado de muy buen grado la invitación del duque, y aquel comportamiento era extraño, pues cada vez que los veía juntos, en el ambiente se percibía una creciente tensión disfrazada de amabilidad, sobre todo, por parte de su cuñada.

—¿Le cuentas tú o le cuento yo? —preguntó el duque, rompiendo el silencio que se había instalado luego de los saludos de rigor y la conversación trivial de cortesía. Miraba fijo a Nora, quien le sonreía con complicidad.

Alice jamás había visto esa expresión en su cuñada, se veía tan hermosa, joven y llena de vida. Feliz.

Y cayó en la cuenta. Entreabrió su boca sin disimular su estupor. Recorrió el rostro de todos, la familia del duque se veía radiante.

—Por todos los cielos, dígalo ya, querida —presionó lady Katherine, que no hallaba la hora de darle sus felicitaciones y la bienvenida a la familia.

—No puede ser —murmuró Alice, llevando sus delicados dedos a sus labios. Alternaba su mirada entre el duque y Nora—. ¿Es cierto? ¡¿Cómo!? ¡¿Cuándo!? ¿¡Dónde!?... ¡Pero si lo detestas! —conjeturó apuntando, inapropiadamente, al duque.

Eleonora rio.

—Ciertamente, Eleonora no me detesta, lady Alice —intervino Blake y dio una breve carcajada masculina—. Es lo único que puedo contestar, de momento.

—¿Eleonora? —Alice frunció el ceño, mas pronto su gesto se suavizó—. ¿Cómo pude

olvidar que ese es tu nombre?

—La única vez que lo escuchaste fue cuando me casé con Gray. Pero ya estás habituada a llamarme así, al duque le gusta mi nombre tal cual es, eso es todo —explicó Eleonora. Suspiró para deshacerse de la sensación que le dejaba cuando se refería al hombre que la dañó, y luego sonrió para anunciar—: Pemberton me ha propuesto matrimonio y he aceptado… Será un enlace por amor.

—Dios bendito. —Las lágrimas de Alice, brotaron de pura felicidad—. ¿Lo amas? —preguntó, solo para asegurarse de que no estaba soñando.

—Con todo mi corazón —respondió Eleonora, mirando a su prometido.

—Y yo la adoro, que no le quepa duda —terció Blake.

—Y yo, por supuesto que lo apruebo —apostilló la duquesa—. ¡Al fin! Déjeme felicitarla, querida. Mi nieto no pudo elegir mejor esposa que usted. La mujer que conquista el corazón de un Pemberton es, sin duda alguna, digna de ser duquesa —pontificó, ufana de sí misma.

Donde ponía el ojo, ponía la bala.

Augusta le tomó la mano a Eleonora y le dio un significativo apretoncito que le transmitió toda la confianza que necesitaba para afrontar su futuro. Sabía que Blake había puesto al tanto a la duquesa respecto a su infertilidad, y si la matriarca de la familia y su prometido no la cuestionaban, entonces le importaba bien poco lo que dijeran los demás.

—Bienvenida a la familia. Pronto seremos hermanas —celebró lady Katherine y, sin preocuparse mucho de si era correcto para una dama o no, se levantó haciendo equilibrio con el coche en movimiento y abrazó a Eleonora—. Al fin se le quitará lo gruñón —le susurró, pícara. Le guiñó un ojo y volvió a su asiento.

Alice, ni en sus sueños más locos, imaginó que Nora volvería a casarse. Y no porque pensara que su cuñada no fuera apta para segundas nupcias, sino porque todo lo que vivió con Richard la había dejado tan destruida, de todas las formas posibles, que pensó que nunca más volvería a confiar en un hombre.

Eso quería decir que el duque de Pemberton era una buena persona, alguien que podía ver más allá de las barreras que Nora ponía.

—Oh, Nora. ¡Qué maravilloso! —exclamó Alice abrazando con fuerza a la mujer que más amaba en el mundo, la que consideraba su madre—. Te mereces toda la felicidad del mundo. Tú más que nadie, Dios lo sabe —afirmó, separándose del contacto y secando sus lágrimas. Ambas sonreían.

—Y ahora, para que no haya duda de quién será mi esposa, propongo que Eleonora se siente a mi lado, mientras ustedes miran cómo la cortejo —sentenció Blake con unas ganas locas de sentir el calor de Eleonora cerca de él. Estaba tan feliz que el corazón se le salía del pecho.

—Sabía que en algún momento saldría a la luz tu lado Basingstoke —reprochó la duquesa con una sonrisa de medio lado—. Harrington, detenga la calesa, por favor —ordenó al cochero.

Tras unos segundos, en los que suscitaron algunos tropiezos, unas risitas femeninas, un bufido ducal, frufrús de sedas y relinchos de caballos que llamaron la atención de todos los que transitaban por Rotten Row, Blake tuvo por fin a su prometida sentada junto a él. Entrelazaron sus dedos y él le besó el dorso de la mano con devoción y se la llevó al pecho. Eleonora, sin importarle el decoro, apoyó su cabeza en el hombro del duque, su sonrisa era inamovible.

Y para todo Londres fue claro, cuando el amor llama, hasta los duques podían caer.

*****

Una hora después, Eleonora y Alice retornaban a Eden Hall justo para la hora del té. Por supuesto, invitaron al duque y su familia para disfrutar de la deliciosa infusión, en retribución por tan agradable paseo… y para dar la buena nueva.

Al entrar, Millicent los recibió, zalamera, no cabiendo en sí de felicidad por el inminente suceso que cambiaría su status entre sus pares. Ya podía imaginarlo, se iba a codear con lo más selecto de lo selecto de la aristocracia y, de paso, no tendría que ver el rostro pusilánime de Nora.

Por su parte, lord Watford les daba la bienvenida mostrando una sonrisa de satisfacción, augurando lo que se avecinaba.

—Nora, ¿podrías hacerme un favor? —consultó Millicent antes de que Eleonora pudiera ocupar un lugar en la estancia—. ¿Por qué no tocas el pianoforte mientras conversamos? —solicitó, mimosa.

A Eleonora le quedó muy clara la intención de su cuñada. La quería lejos, casi como parte del mobiliario. Faltó que le pidiera que no respirara.

Que así fuera.

—Por supuesto —respondió, lacónica.

Eleonora miró de soslayo a Blake, que estaba sentado en un sofá junto a su hermana y la duquesa, las cuales no manifestaron en sus rostros la sorpresa que sintieron ante esa petición, pero sí comenzaron a sospechar sobre lo tensa que era la relación entre lady Watford y lady Gray.

Entre Blake y Eleonora no fueron necesarias las palabras, los labios de ella se curvaron, develando un toque de malicia. Él supo lo que iba a hacer su prometida.

Iba a tocar a Beethoven, solo para colmarle la paciencia a Millicent.

—Qué gran coincidencia fue que el duque pasara justo frente a nuestra casa, ¿no crees, querida? —comentó lord Watford a su esposa luego de que el té y las pastitas fueran servidos. Necesitaba llegar pronto al asunto que traía al duque a su hogar. Sentía mucha curiosidad.

—Sí. Siempre les digo a Alice y Nora que salen muy tarde. Cuando lo hacen, la mitad de la gente ya ha dado su paseo —replicó Millicent haciendo un esfuerzo titánico para no poner mala cara. De fondo, se escuchaba la sobria sonata de Beethoven que Nora ejecutaba con maestría.

—Digamos que fue el destino —sentenció Blake—. Quisiera agradecerles por recibirnos sin ninguna clase de anuncio. Sin embargo, la verdad sea dicha, nuestra visita no es del todo antojadiza.

Millicent y Watford se miraron y bebieron un sorbo de té. Blake estaba ansioso por verles las caras.

—Nuestra visita tiene por objetivo anunciar que lady Gray y yo nos vamos a casar dentro de un mes.

Si Watford hubiera tenido el té en la boca, lo habría escupido.

Millicent, en cambio, no fue capaz de disimular. Le dedicó una mirada llena del más infinito odio a Eleonora, y aquel gesto fue evidente para todos.

—Vaya, esto me ha tomado por sorpresa —logró articular Watford y compuso una sonrisa. Estimaba mucho a lady Gray, pero no era estúpido, sabía que su esposa no la apreciaba, por lo que esas inesperadas nupcias le otorgarían la paz que había perdido desde que murió Richard. Se levantó de su poltrona y Blake lo imitó para recibir los parabienes—. ¡Felicitaciones, Pemberton! Espero que sean muy felices —deseó de corazón y por conveniencia. Le ofreció la mano al duque, quien la estrechó firme.

Millicent se levantó de su asiento. Sin embargo, en vez de felicitar al duque, fue directo al piano. Eleonora, al verla aproximarse, dejó de tocar y se levantó, pero estaba preparada para

recibir cualquier cosa, menos buenos deseos.

—Enhorabuena, Nora —felicitó Millicent, mas su tono decía lo contrario.

—Gracias, Millicent —respondió Eleonora, cortante.

—Déjame abrazarte, querida.

Eleonora, renuente, aceptó.

Se estrecharon en un frío y tenso abrazo que nos las acercó del todo. Millicent le enterró las uñas en los brazos.

—Pagarás por haberle quitado el pretendiente a Alice —acusó Millicent en un iracundo susurro a su oído—. No puedes resistir ser una furcia malnacida, ¿cierto?

—Si yo soy una furcia, tú eres mil veces peor que yo —respondió Eleonora en el mismo tono. Sus uñas también se incrustaron en la piel de Millicent—. Esta es la última vez que te lo advierto, déjame en paz o arruinaré tu vida.

—No tienes pruebas, sucia mentirosa. No voy a caer en tu ardid.

—Claro que las tengo, querida. Ahora suéltame, que estás dando un espectáculo.

Ambas se separaron. El silencio reinaba en la estancia y todos las miraban como si hubieran podido escuchar el intercambio. Eleonora centró su atención en lord Watford, quien se acercaba a ellas, listo y preparado para evitar algún bochorno.

—Milord, no puedo dejar de agradecerle por toda la generosidad que me ha brindado. Quiero que sepa que siempre podrá contar conmigo, así como yo he contado con usted —declaró, sincera—. Sin embargo, necesito que me conceda un último favor. Si no es demasiado pedirle, me gustaría que Alice se vaya a vivir conmigo cuando me case con Blake. Sé que usted ha tomado el rol de tutor a falta de uno legal, pero yo la quiero como si fuera mi hija, no podremos estar mucho tiempo separadas.

Watford alzó las cejas, sorprendido. Le simpatizaba lady Alice, pero si Nora insistía y Pemberton no se oponía, entonces no era quien para rechazar tal petición.

—Por supuesto. Si lady Alice lo desea.

—Sí, sí quiero —se apresuró a aceptar la joven a sus espaldas.

Watford rio.

—Pues así será, milady. —Acto seguido, tomó las manos de Nora y dijo—: Le deseo la más infinita felicidad.

—Gracias, lord Watford. Ha sido un ángel con nosotras y perdone las molestias que le hemos ocasionado.

—Ha sido un placer —replicó, cortés.

No obstante, Watford debía reconocer que desde la muerte de Gray todo fue una debacle en su matrimonio, principalmente, por la aversión que Millicent tan mal ocultaba hacia su cuñada y, en menor medida, hacia su hermana. Situación que ocasionaba jaquecas y un perenne mal humor en su esposa, y afectaba su vida en el lecho conyugal. Ya había transcurrido mucho tiempo sin tener intimidad, y cada vez era más difícil ser fiel a una esposa que mantenía cerrado el acceso a su alcoba.

Ya era hora de volver a insistir en concebir un hijo. A esas alturas no le importaba si era mujer o varón, solo deseaba ser padre. Sentía que el tiempo se acababa, mas nunca fue fácil. Su esposa no lograba retener demasiado tiempo un embarazo. La única vez que llegó uno a término, su hijo había nacido con una terrible deformación, como si le faltara todo su cerebro, que no le permitió vivir más allá de un par de horas.

Watford no sabía a ciencia cierta si su semilla era la causante, o si su esposa era la del problema… No quería culpar a nadie, pero cada uno hacía lo que estaba a su alcance para

sobrellevar el dolor, él intentaba ignorarlo y salir adelante, ver todo del mejor modo posible. Sin embargo, parecía que el dolor de Millicent ya se había transformado en amargura y desidia.

—Si me disculpa, milord, iré a atender a mi prometido —señaló Eleonora, queriendo alejarse de Millicent. Cada segundo que transcurría a su lado se volvía una eternidad.

—Por supuesto —autorizó Watford.

Cuando Nora se marchó, el conde solo miró a su esposa, que ya no se tomaba la molestia de ocultar su desdén.

—Por favor, solo di que tienes una jaqueca y vete —murmuró—. Ya ha sido suficiente por hoy.

Capítulo XIII

—Ese tono es precioso, Eleonora querida —aseguró Augusta al contrastar la tela de color azul en la piel de la futura duquesa—. ¿O prefiere el verde? También se ve hermoso, resalta su cabello.

Esa mañana ambas mujeres se encontraban en el atelier de *madame* Dumont, afamada diseñadora francesa —realmente francesa— que vestía a la crema y nata de la aristocracia. Eleonora estaba fascinada y, aunque al principio tuvo sus reparos, debía aceptar que no tenía alternativa más que dejarse mimar por Blake, quien estaba empecinado en cambiar todo su guardarropa.

«La futura duquesa no debe aparentar ser una diosa, debe sentirse como una y nada mejor que un hermoso vestido para empezar a creer en ello», aseguró su prometido antes de dejarlas en Bond Street y partir al club Brooks, que era frecuentado por los Whigs. Blake, por tener una inclinación política neutral, era uno de los pocos que era admitido tanto en aquel lugar, como en el White's, de tendencia Tory.

—Dios bendito, no me puedo decidir —admitió Eleonora—. Los dos colores son hermosos y los diseños son un sueño.

—Entonces serán los dos, después vendremos con más tranquilidad para completar su guardarropa —zanjó Augusta—. Aunque estamos justas de tiempo, *madame* Dumont podrá tenerlos listos y su boda no dejará de ser especial. Blake quedará aturdido cuando la vea avanzar hacia el altar… A todo esto, ¿ha pensado si alguien la entregará o lo hará sola?

—Estaba pensando en pedirle a lord Watford, él ha sido muy bueno conmigo y con Alice.

—En ese caso, me parece que será inevitable que lady Watford asista a su enlace —señaló la duquesa, con cierta preocupación—. No soy ciega ni tonta, querida. Esa mujer, si se lo propone, podría arruinar su día.

—Creo que fingirá una jaqueca. Ella no me preocupa en lo absoluto —desestimó. Millicent ya no ejercía ningún poder sobre ella. En el fondo, era igual que Gray, agresiva, hiriente, perturbada, pero sin la fuerza física a su favor.

—Lady Gray, permítame hablarle con franqueza —dijo Augusta tomando de las manos a Eleonora—. A lo largo de mis años he visto infinidad de mujeres que son verdaderas arpías, pero en su cuñada vi algo que no me gustó.

—Millicent puede hacer lo que quiera, su excelencia —afirmó Eleonora, y una leve sonrisa se asomó. No imaginó recibir una muestra de preocupación por parte de la duquesa, pero la calidez del gesto le hizo sentir querida y segura—. No puedo estar pendiente de lo que hará ella o no en mi contra. Creo que, si no le doy importancia, terminará por hacer lo mismo.

Augusta meditó unos instantes lo que Eleonora señalaba, tenía sentido.

—Tiene razón. Las personas nos afectan en la medida del poder que les otorgamos.

—Usted lo ha dicho.

—Sin embargo, le recomiendo que no baje demasiado la guardia.

—No lo haré.

Unos cuchicheos de un par de desconocidas capturaron el interés de Eleonora, y ella no pudo reprimir el impulso de mirarlas. Grande fue su sorpresa al descubrirlas en el momento preciso en que desviaban la vista, no obstante, era innegable que su atención estaba en ella y la duquesa.

Extraño.

—No se preocupe —tranquilizó Augusta, al tiempo que comparaba unos encajes—. Durante unas semanas será el centro de atracción de toda la buena sociedad. Intentarán averiguar cada detalle sobre usted. Después de todo, acaba de «atrapar» a uno de los solteros más codiciados…

—No he «atrapado» a Pemberton. Yo diría que fue al revés... No me gusta que hablen a mis espaldas.

—Sea usted lady Gray o sea la duquesa de Pemberton, siempre habrá gente que disfruta festinar con las vidas ajenas. Estoy segura de que sabrá manejarlo. Después de su experiencia con lady Watford, las habladurías de las demás serán un día de campo.

Eleonora meditó lo último. Y sí, la duquesa tenía razón, pero difería en un solo detalle, Millicent, durante el último año, la había humillado y maltratado, pero, aun así, no superaba a Gray. Nada ni nadie lo haría… ni ella lo volvería a permitir.

Pronto aquello sería una historia pasada, su lazo con esa familia estaba a punto de extinguirse, ya no sería parte de los Loughty. Cuestión aparte era su relación con Alice, la cual iba más allá de lo político. Estaba basada en el amor y era inquebrantable.

Eleonora le sonrió a la duquesa, en una tácita aceptación a sus dichos.

—Y ahora, debemos elegir el ajuar nupcial —sentenció Augusta con un brillo taimado en sus ojos—. Este es divino.

La duquesa expuso una camisola de seda blanca con un escote profundo y atrevido. Eleonora podía ver a la perfección todo lo que había del otro lado de la tela.

Se aclaró la garganta, nerviosa.

—Está hermoso —convino, escueta.

—¿Percibo una nota de pudor? —interpeló Augusta dejando la camisola sobre el mostrador—. Oh, querida, la he incomodado, discúlpeme. Pertenezco a otra generación, que era un poco más «despreocupada» con ciertos temas.

—Pierda cuidado… es solo que no estoy acostumbrada a hablar de esto abiertamente —respondió Eleonora.

A decir verdad, nunca había hablado del tema con nadie. La única información que le dieron cuando se casó fue: «Tu marido sabrá qué hacer». Tenía la esperanza de que, con Blake, ese aspecto de la vida conyugal fuera más… más… En realidad, no sabía a ciencia cierta qué esperar, solo sabía que su prometido despertaba sensaciones nuevas en ella y deseaba que el acto en sí no fuera doloroso.

¡Qué dilema! ¿Qué era peor, saber demasiado o no saber nada?

—Lo que a usted le hace falta es una conversación seria. Todo parece indicar que su experiencia previa no fue satisfactoria… —Augusta estudió el semblante de Eleonora, quien desvió la mirada y comenzó a acariciar, absorta, la seda de la camisola—. Créame, usted se va a casar con un Basingstoke, y ellos son muy especiales. Por regla general son buenos hombres; disfrutan de su soltería y poder, pero no caen en excesos. No obstante, cuando el amor llama a su puerta, se convierten en devotos esposos y amantes. Espero de corazón que, en un tiempo más, cuando toquemos otra vez el tema, su rostro exprese felicidad y plenitud… Y, si me permite la indiscreción, sé de buena fuente que mi nieto no es un imbécil.

Aquello le arrancó una sonrisa a Eleonora. La duquesa era una mujer muy singular. Quizás los años le concedían el poder y la seguridad de decir lo que quisiera, a quién quisiera y cuándo lo quisiera, sin importar las consecuencias.

«Algún día me gustaría ser como ella».

*****

—¿Y cómo les fue a mis damas favoritas? —preguntó Blake cuando Eleonora y Agusta subieron a la calesa.

—De maravilla —respondió Augusta, sentándose frente a su nieto.

—Sin duda alguna puedo asegurar que la duquesa es una compañera de compras sin igual —elogió Eleonora sincera, mientras tomaba lugar al lado de Blake, quien, como ya venía siendo costumbre, entrelazaba sus dedos y le besaba el dorso de su mano.

—Me alegro mucho, querida.

—Querido, ¿me puedes llevar al Gunter's? Tengo una cita con Julia para almorzar —solicitó Augusta.

—Por supuesto, ¿quieres que te acompañemos? —ofreció solícito.

—Por favor, no —se apresuró a responder, casi con un graznido. Se aclaró la garganta y repuso más compuesta y ducal—: No es necesario. Además, ustedes apenas han tenido tiempo para estar a solas. Y he de admitir que no quiero que me importunen con mi amiga.

Blake solo sonrió, sabía que su abuela mentía, pero quién era él para juzgarla.

No tardaron mucho en llegar al afamado salón de té y dejaron a Augusta en la entrada, quien se despedía moviendo sus dedos y una tirante sonrisa.

—Al fin solos —sentenció Blake—. ¿Mi abuela se portó bien contigo?

—Es una mujer fascinante —respondió Eleonora.

—¿De verdad? Suelen decir que, pese a ser una casamentera de excelencia, es una dragona con «exceso de personalidad».

—Y a ella no le importa lo que digan los demás… y me encanta. Me gusta mucho su compañía.

—Qué bien. —Hizo una pausa, se aclaró la garganta—. Querida, tengo que comentarte un detalle acerca de Pemberton House que quiero que sepas antes de que estemos casados.

—¿Cuál es? ¿No me digas que se escuchan cadenas por las noches o gritos desgarrados? —interpeló, burlona y desenfadada.

Blake rio.

Eleonora se quedó mirándolo embelesada. Cada día descubría cosas de él que la seducían; una de ellas era su risa, alegre, profunda y muy varonil. Pero cuando él dejaba de hacerlo y solo quedaba una sonrisa en lugar de la carcajada, se veía hermoso y pícaro, como si estuviera ocultando un delicioso secreto.

—No, pero no sé si te gustará —repuso Blake. Y ahí, en ese momento, apareció «esa sonrisa».

—Me estás asustando —exageró—. ¿Qué puede ser tan terrible?

—Solo hay una alcoba ducal —respondió, sucinto.

—¿Y eso qué tiene de malo? —interpeló sin ver el punto. Todos los aristócratas tenían una alcoba.

—No existe la habitación de la duquesa, ni separaciones —explicó—. En mi familia, al menos desde hace varias generaciones, los esposos duermen juntos.

—Oooooh, entiendo… ¿Y si discuten o se enojan? ¿Cómo lo hacen? —preguntó con verdadera curiosidad.

—Uno de los dos termina fuera de la alcoba… —Miró al cielo, pensativo y luego miró a Eleonora—. Aunque recuerdo una vez, cuando era niño, que vi a mi padre saliendo ojeroso de una habitación de invitados. Supongo que la regla es que el marido es el que se va o al que

echan…

—Comprendo. Ante una disputa la duquesa se queda con la alcoba.

—¿Te molesta que no tengas habitación propia?

Eleonora negó con suavidad.

—Si acepté casarme contigo es porque te amo. Aprecio tu consideración de informarme sobre ese asunto que, en realidad, no había meditado… Yo estaba acostumbrada a otras cosas, pero debo admitir que me gusta más la idea de dormir contigo todas las noches que sola.

—Y yo no hallo la hora de dormir todas las noches contigo. Creo que, si existiese una habitación de la duquesa, tampoco la habríamos usado —añadió, ladino, solo para medir la reacción de Eleonora.

—Quizás tu conjetura es correcta. Tu abuela me reveló que, en ese sentido, no eras un imbécil.

Blake no sabía si agradecer o estrangular a su abuela por hacer tal aseveración a su prometida.

—¡Que me aspen! Menos mal que no la tengo como enemiga. —Se restregó la cara con frustración. Al cabo de uno segundos, decidió que era necesario defenderse—. Sería una mentira si te dijera que fui un santo… Tampoco me excedí… He sido cuidadoso…

—No te preocupes, mientras cumplas con tus votos matrimoniales me basta —interrumpió la inútil justificación, el pasado era pasado—. A mí lo que me sorprende es que tu abuela maneje este tipo de información… y la divulgue.

—A mí también me sorprende —masculló y repuso—: En fin, si ella me ha puesto en una situación comprometedora, no me queda más remedio que hacerle justicia a la reputación que me ha endilgado. No puedo ser un imbécil en nuestra noche de bodas, ni en ninguna noche, a decir verdad.

—Estoy segura de que no lo serás —convino Eleonora. Se aclaró la garganta y se atrevió a decir—: Sé que me deseas, y eres un hombre caballeroso y amable. No está en tu naturaleza ser un imbécil.

—Sobre lo primero, sin duda… fervientemente. Sobre lo último, no soy perfecto y puedo ser un imbécil, pero no a propósito.

—Lo mismo digo yo, no soy perfecta… nadie lo es.

—Tienes razón, pero tú eres la indicada para mí.

Y sin importarle que todo Londres lo viera, él la besó.

*****

Era de noche, Eleonora estaba sentada, cepillando su cabello frente al tocador. Un par de tímidos golpes en la puerta hicieron que la mano de ella se detuviera a medio camino.

Miró hacia la puerta. Desde que Blake anunció su compromiso, hacía seis días, Eleonora se sentía más inquieta por vivir bajo el mismo techo que Millicent. Su razón le indicaba que todo estaba bajo control, mas su instinto le ordenaba tomar precauciones.

—¿Nora, estás durmiendo? —Se escuchó del otro lado de la puerta. Era Alice.

Eleonora soltó el aire de los pulmones y fue consciente de que había dejado de respirar.

—Dame un segundo —respondió. Dejó el cepillo sobre el tocador y fue hacia la puerta. Siempre la mantenía bajo llave. Era una costumbre que le daba cierta sensación de seguridad.

Al abrirla, se encontró con el rostro de Alice que evidenciaba preocupación. Eleonora la hizo entrar y cerró la puerta tras ella.

—¿Qué pasó? ¿Millicent te hizo o dijo algo? —preguntó Eleonora en voz baja y ansiosa.

—No, pero creo que estuvo husmeando en mi habitación mientras estábamos en Hyde Park —relató, al tiempo que se dejaba llevar por Eleonora y ambas se sentaban en la cama.

—¿Cómo lo sabes? —interrogó tomándole las manos a Alice.

—Conoces mi costumbre de dejar mis cosas de una manera en específico.

—Sí, por supuesto. A veces es un poco irritante —acotó, frunciendo el ceño—, pero es tu forma de ser.

—Bueno, yo me preocupo de conservar ese mismo orden con todas mis pertenencias y eso lo saben las doncellas. Saben que no pueden tocar mis cosas, ni siquiera moverlas. Y han cumplido, jamás hay algo fuera de lugar.

—Entonces, he de suponer que tu orden fue alterado.

Alice asintió haciendo un movimiento firme de cabeza.

—Me di cuenta porque las horquillas de mi tocador estaban fuera de lugar. Al principio, no le di tanta importancia porque yo misma las paso a llevar sin darme cuenta, pero el cepillo tampoco estaba en su sitio… En ese momento me puse nerviosa, sabes que nunca me he sentido del todo cómoda viviendo con Millicent… me hace recordar a… —dejó el nombre en el aire. Si podía evitarlo, no nombraba a su hermano.

—Richard…

—Nora, sé que ella estuvo husmeando en todos mis cajones. En cada caja, en cada ridículo. ¿Por qué? No entiendo nada, ¿qué está buscando?

Eleonora suspiró agobiada. Ella sí lo sabía.

—Millicent colmó mi paciencia y la amenacé con destruir su matrimonio. Le dije que tenía pruebas… quizás ya husmeó aquí y, como somos tan unidas, supongo que fue a tu habitación para ver si tú las poseías.

—¿De qué hablas, Nora? ¿Es cierto?

Eleonora no respondió.

—¡Nora! —insistió Alice.

—¡Sí! —respondió.

—¿Qué hizo Millicent? ¿Qué pruebas tienes?

—No soy capaz de decírtelo, pero te aseguro que Millicent podrá esculcar toda esta casa y no va a encontrar esas pruebas.

—¿Dónde están?

—Aquí no están… eso es todo lo que diré.

—Oh, Nora. No puedes hacerme esto —gimoteó Alice, debatiéndose entre la curiosidad y la frustración.

—Créeme, prefiero que no sepas nada. Es más, yo hubiera preferido no enterarme nunca. —Le dedicó una sonrisa tranquilizadora y le tomó las manos—. Pronto nos iremos de aquí y Millicent ya no nos molestará nunca más. Con esta amenaza solo pretendo mantenerla a distancia.

—¿Estás segura?

—Sí… Pero si llegase a verme en la obligación de tomar medidas extremas, te juro que no tendré compasión.

Capítulo XIV

La actividad en Eden Hall era frenética. La casa era un verdadero hervidero de sirvientes, afanados en dejar cada estancia a punto para el baile de presentación de lady Alice.

Durante esas semanas, Millicent, en su calidad de organizadora y anfitriona, estaba demasiado ocupada como para escupir su veneno a Eleonora o Alice. En ese baile se estaba jugando su reputación frente a toda la aristocracia, no iba a permitir que esas dos ineptas lo arruinaran.

Sin embargo, aunque «las ineptas» hubieran querido ayudar a la arpía, no habrían podido. Puesto que, en paralelo, ellas estaban organizando la boda junto a la duquesa. Eleonora y Alice acompañaron a Augusta y Katherine a elegir los arreglos florales, encargar el pastel, confeccionar el menú del desayuno nupcial y hacer las pruebas del vestido en el atelier de *madame* Dumont.

En la única instancia en la que coincidían las tres mujeres era a la hora de la cena, momento en que lord Watford quedaba en una especie de limbo. Al parecer, desde que Nora se comprometió, esa guerra solapada entre las mujeres tomó un cariz más explícito.

—Hoy ha llegado el vestido de Alice —dijo Millicent tras un prolongado silencio. Miró a Eleonora con desidia—. Te dije que ese color no le favorecía a mi hermana, será el hazmerreír de todo Londres.

Alice jadeó y abrió sus ojos con absoluto asombro. Ese vestido le encantaba, Millicent no podía decir semejante barbaridad. Eleonora, parsimoniosa, se limpió la boca con la servilleta y bebió un sorbo de vino antes de responder con voz monocorde:

—Te recuerdo que el día que se eligió el color, en realidad ninguno te gustaba. No nos dejaste muchas opciones. En todo caso, a mi juicio…

—Lo que menos tienes es juicio, Nora —interrumpió Millicent alzando el tono de su voz.

—Entonces si el vestido no te gusta, ve y encarga uno mañana. No sé si la modista querrá arriesgarse a tomar un pedido con dos días de anticipación.

—Tu ineptitud nos va a costar caro a todos.

—Por favor, Millicent, hablas como si Alice se estuviera jugando la vida.

Alice alternaba su mirada entre una y otra. No se atrevía a intervenir, odiaba las discusiones.

—De eso se trata precisamente, Nora. Si ella no se casa…

—Ni siquiera ha cumplido los dieciocho años —interrumpió—, tiene más tiempo por delante. Su situación es diferente a la de muchas, que no les queda opción más que aceptar al primero que la corteje.

—¿Así como tú? —interpeló mordaz.

—Sí, así como yo —replicó sin atisbo de vergüenza—, y no sabes cuánto me arrepiento. De haber sabido la clase de monstruo que era…

—Eres una desgraciada, eres…

—¡Ya basta! —explotó Watford golpeando la mesa. Alice dio un respingo—. ¡¿Hasta cuándo tengo que tolerar esto?! —Miró a su esposa, severo—. Si a estas alturas lo único que vas a hacer es criticar lo ya hecho, mejor calla. Tú estabas a cargo y decidiste delegar todo a lady Gray, ahora acepta las consecuencias. No sé qué pasa entre ustedes, pero esto ya me tiene harto.

—Perdón, milord —se apresuró a disculparse Nora—. No debí haber contestado.

—Usted ya conoce a Millicent. La próxima vez no recoja el guante. Le suplico que la ignore todo el tiempo que le queda en esta casa. —Se levantó de la mesa y le dedicó una sombría

expresión a su esposa—. Si me disculpan, se me ha quitado el apetito.

Un denso y pesado silencio inundó la estancia.

Millicent siguió comiendo como si nada hubiera pasado. Disfrutaba cada bocado como si fuera ambrosía.

Alice entrecerró sus ojos, incrédula de lo que estaba presenciando. Millicent había hecho todo a propósito, solo deseaba discutir y hacerle desagradable la cena a todos.

—No sé qué te ha pasado, Millicent —se atrevió a enfrentar a su hermana—. Cuando era niña no eras así, tan, tan…

—¡Tan, qué!

—Tan amargada y llena de rencor. Disfrutas en hacernos daño. Nora y yo no te hemos hecho nada.

Millicent miró a su hermana menor con desdén.

—¿Nada? Tú naciste y me quitaste a mi madre —acusó—. Fuiste un accidente, ella ya estaba demasiado vieja para tener otra hija. Tus malditos llantos la agobiaban tanto, que llegó al punto de quitarse la vida. —Miró a Nora llena de ira—. Nunca te soporté, tan mojigata, tan perfecta a pesar de tu miserable dote y linaje, pudiste elegir a cualquiera…

—No pude hacerlo, mi familia me obligó a aceptar a Richard porque era un caballero con una reputación sin mancha… Si tan solo hubiera sospechado de su verdadera naturaleza, jamás me habría casado con él.

Eleonora se levantó de la mesa. Alice la secundó, no sin antes declarar con los ojos anegados en lágrimas:

—No sé ni cómo te soportas a ti misma. No me vuelvas a hablar, pero te agradezco que hayas confirmado mis sospechas del motivo por el cual me odias… Me culpas por algo que jamás pude controlar, yo no pedí venir a este mundo… —Negó con su cabeza—. No sé ni para qué me tomo la molestia, es inútil. No vales la pena.

Eleonora tomó de la mano a Alice y dejaron sola a Millicent.

Ella siguió comiendo como si nada.

*****

—Esta es la última —sentenció Katherine con una sonrisa—. Hemos terminado.

Augusta, Katherine, Alice y Eleonora estaban en la sala de la duquesa escribiendo las invitaciones para el matrimonio. El ambiente en Pemberton House era tan diferente al de Eden Hall, que hasta el aire era más respirable. Cada vez era más cercano el día de la boda y, sin embargo, el tiempo parecía transcurrir demasiado lento.

—Te ha quedado hermosa —elogió Alice.

—No más que las tuyas, eres una verdadera artista —replicó Katherine.

—La verdad es que tengo una manía con la caligrafía —confesó la joven como si fuera algo terrible—. Y con otras cosas.

—Todos tenemos manías, lady Alice —sentenció la duquesa—. Grandes o pequeñas, todas las tenemos.

—Sí, por ejemplo, yo ordeno alfabéticamente mis partituras —intervino Eleonora para hacer causa común con su cuñada.

Esa manía que tenía Alice con el orden de sus objetos personales no era fácil de manejar. Cuando era más pequeña, abarcaba todo orden de cosas, y muchas veces acababa en crisis de llanto y autoflagelación. No obstante, con paciencia, comprensión y cariño, Eleonora pudo

enseñar a Alice cómo contener esa compulsión a un nivel más inofensivo.

—A mí no me gusta que el jugo de la carne se mezcle con el puré de patatas —añadió Katherine.

—Ah, así que ese es el motivo por el cual el puré parece un cráter en tu plato. ¡Qué desagradable costumbre! —amonestó la duquesa. Sus ojos se entrecerraron suspicaces—. ¿Cómo lo haces en las cenas formales? No he visto ese desastre en tu plato.

—Solo como más lento —respondió y se encogió de hombros—. Cuando retiran mi plato, el cráter no es tan notorio.

—Eres una desvergonzada, ya te estás pareciendo a lady Faith.

—Abuela, no exageres. Faith solo es un poco caprichosa, pero es una gran amiga.

—Sin duda lo es. No digo lo contrario, solo temo que cometa un error demasiado grave. Tu hermano tiene la misión de velar por Faith en ausencia de lord Wild, si ella se mete en problemas, Blake será el responsable.

—¿Y tú tienes alguna manía, abuela? —preguntó Katherine para retomar, más bien desviar, el tema.

—Cuando era una jovencita como tú, querida, mi padre solía decir que yo tenía la horrible costumbre de no cerrar nunca la boca. Afortunadamente, tu abuelo adoraba esa particularidad de mi parte.

—Todos los Basingstoke morirían del aburrimiento si tuvieran una esposa muda —intervino la voz varonil de Blake, quien estaba apoyado en el quicio de la puerta con los brazos cruzados y una sonrisa de medio lado.

Había estado un buen rato observando a las cuatro mujeres. Estaba contento, se notaba que todas se llevaban muy bien.

—¡Blake! —exclamó Katherine con una amplia sonrisa, se levantó, fue a su encuentro y lo abrazó—. Hace días que no te veo.

—Las sesiones se han extendido más de la cuenta. —Le besó la frente a su hermana—. Asuntos como el Congreso de Viena y el tratado de paz con América no se resuelven con un chasquido de dedos.

—Aburridooooo —rezongó Katherine separándose de su hermano—. Al Parlamento deberían llamarlo Parloteo.

—Es mi trabajo. —Le tocó la punta de la nariz con el índice y, a la postre, se internó en la estancia.

—Su excelencia —saludó a su abuela con un beso en la frente.

—Querido, es bueno verte temprano el día de hoy.

—Hoy no hubo tanto «Parloteo» —admitió el duque, esbozando esa sonrisa taimada que a Eleonora le encantaba. Dirigió su atención hacia Alice, su futura protegida, la cual se levantó para dar su reverencia—. No, no se moleste con tanta formalidad, pronto seremos familia, lady Alice.

—Lo tendré en cuenta. Buenas tardes, su excelencia —saludó Alice, y ya que estaba de pie, hizo una leve reverencia.

Eleonora sonrió al presenciar la escena familiar. Estar en Pemberton House era casi un sueño, y no lo era por la extensión y fastuosidad de la propiedad, sino porque al fin sabía que tendría un lugar al cual podría llamar —y sentir— su hogar. Esos días de convivencia con la duquesa y su futura cuñada, disiparon cualquier atisbo de temor en cuanto a cómo iba a ser su relación con la familia de Blake. Esas mujeres las estaban recibiendo con los brazos abiertos y ella decidió dejarse cobijar.

Se levantó para recibir a su futuro esposo, había una chispa de picardía reflejada en la mirada de él.

—Milady —llamó Blake, solemne, y le tomó la mano, le besó fugaz los nudillos. Eleonora pudo sentir la suavidad y tibieza de los labios de él—. Qué placer verla después de tantos días.

—El placer es todo mío, su excelencia.

Blake le guiñó el ojo a Eleonora y centró su atención en su abuela y su hermana.

—Supongo que, como ustedes han tenido mucho trabajo, no han podido darle el recorrido por la casa a Eleonora.

—En algún momento pretendía hacerlo, solo le he presentado a la servidumbre para que se familiaricen con lady Gray —respondió Augusta—. Le he dado prioridad a los preparativos, deseo que todo salga perfecto en tu matrimonio.

—Y lo agradezco. No lo dudes.

—De hecho, ya hemos terminado con las invitaciones. Algunas las entregaremos personalmente, otras serán enviadas por mensajeros. De hecho, ahora mismo vamos a casa de lady Craven. Katherine y lady Alice me acompañarán —anunció la duquesa.

—Estupendo. Mientras tanto, le mostraré la propiedad a Eleonora.

Blake le ofreció el brazo a su prometida y ambos, despidiéndose con un gesto, abandonaron la estancia dejando a las tres mujeres con sendas sonrisas.

—¿Por dónde empezaré? —se preguntó Blake en voz alta, mientras se situaban en la mitad del inmenso vestíbulo de mármoles ajedrezados que daba a las escaleras de acceso a la segunda planta.

—He estado en la salita de la duquesa. También hemos recibido unas visitas en el salón de estar —especificó Eleonora.

—Entonces, ¿no has visitado el salón de música?

—No he tenido el placer.

—Por aquí, milady —guio Blake, señalando una puerta que estaba cruzando el vestíbulo.

Blake, al abrir la habitación de un modo ceremonioso, hizo que Eleonora se encontrara con una amplia estancia. Al fondo había un soberbio pianoforte. En estantes especiales estaban los estuches de un violín, una flauta traversa y un clarinete. En un exhibidor reposaban los estuches de un contrabajo y un violoncello.

Una gran sonrisa iluminó el rostro de Eleonora. Ella sabía tocar casi todos esos instrumentos, pero era más diestra como pianista.

—Aquí también apreciamos la música —señaló Blake.

—¿Y tú sabes tocar? —interpeló.

Blake sonrió de «esa manera». A Nora se le fueron los colores a la cara.

—Me refiero a tocar algún instrumento —precisó.

—Oh, eso. —Blake rio grave—. Violín. Mi padre siempre nos inculcó que debíamos saber tocar algún instrumento.

—¿Me podrías tocar algo? En violín —se apresuró a especificar.

—Cuidado con lo que pides, querida —advirtió alzándole una ceja y, acto seguido, se dirigió hacia el estante.

—Eres terrible, Pemberton —amonestó, aún sintiendo el rostro ardiendo.

Blake, con parsimonia, sacó el violín de su estuche y comenzó a afinarlo a consciencia.

Luego, silencio…

Tranquilo, paz, armonía… Aire. Era Bach.

Suite número 3 en Re menor: Air.

Blake tocaba, serio, concentrado. Eleonora admiraba la postura erguida, la agilidad de los dedos firmes, seguros, presionando las cuerdas al tiempo que deslizaba el arco, arrancando las sutiles notas. Su prometido era un intérprete muy habilidoso.

Minutos después Eleonora aplaudía con sincero entusiasmo. ¿Quién lo diría?

—Precioso —elogió, limpiándose unas incipientes lágrimas. Desde hacía una eternidad que alguien no tocaba música para ella, pues si bien Alice también lo hacía, era en un contexto de maestra y alumna. No era lo mismo.

Lo de Blake era un regalo.

Blake hizo una reverencia y, solemne, procedió a guardar el violín en su estuche.

—¿Por qué nunca me contaste que tenías ese talento? —interrogó Eleonora.

—La verdad no lo sé —respondió, al tiempo que cerraba el estuche y lo dejaba en el estante. Al volver frente a su prometida, añadió—: Desde que me convertí en duque, la música pasó a estar en el último lugar, casi en el olvido. Suelo tocar para mí, para no perder la costumbre, pero como ya has notado, ni siquiera lo uso como tema de conversación. De hecho, una de las primeras cosas que me llamaron la atención de ti, fue que tus dedos no evitan tocar las teclas imaginarias cuando lady Alice está ejecutando una pieza.

—¿En serio? —interpeló sorprendida. No era consciente de que lo hacía.

—Así es… Bueno, debo agradecerle a la música que me haya dado un tema de conversación contigo, de lo contrario, quizás no me habrías dado una oportunidad.

—Puede ser… —convino, dubitativa. Era tan lejano ese día. Ella era otra persona, a decir verdad—. Bien, querido, exijo que en el futuro también toques música para mí.

—Será un placer, milady.

Ambos se sonrieron. Eleonora sintió que algo crecía y se consolidaba entre ellos. Se dio cuenta de que él siempre le daba regalos preciosos, dignos de atesorar en el corazón. Era hora de hacer lo mismo.

Se llenó de valor.

—Tengo un regalo para ti —anunció.

Blake alzó sus cejas, por su mente pasaron muchas imágenes eróticas que podían ser un regalo de lo más apetecible. Sin embargo, viniendo de Eleonora aquello era poco probable.

—¿Y de qué se trata? —preguntó muy intrigado.

—¿El pianoforte está afinado?

—Siempre, milady —aseguró y, con un gesto, la invitó a que ella le obsequiara música. Se preguntó si sería algo de Beethoven.

Eleonora se sentó frente al pianoforte, abrió la tapa que protegía el teclado y probó el sonido del instrumento.

—Muy afinado, magnífico —elogió, fascinada por el sonido exquisito.

Y sin más, comenzó a tocar unas notas que parecían aleatorias, mas no lo eran. Poco a poco empezaron a tomar forma, y se transformó en una melodía tan dulce, prodigiosa en su simplicidad.

Blake comprobó que no era Beethoven.

Era… era…

De pronto, el compás de un, dos, tres, un, dos, tres, le brindaban fuerza y vida a los acordes.

Un, dos tres…

Era fuerza y emoción.

Blake estaba asombrado, esa música no la había escuchado jamás. Era nueva, fresca. Sin

embargo, le hacía evocar un sueño, placentero y feliz. Había notas que instaban a esperar algo y, de pronto, sentía que una caricia le rozaba el alma.

Después, el ineludible final y todo se cubrió con un manto silente.

Eleonora dejó el pianoforte tal como estaba, temerosa de mirar a su prometido, quien no emitía palabra alguna. No obstante, se levantó del asiento y se obligó a alzar la mirada.

Blake estaba conmocionado. Parecía luchar consigo mismo para poder hablar. Eleonora no podía definir si aquella expresión era una buena señal o no.

Al cabo de largos segundos, Blake se aclaró la garganta. Solo en ese momento, Eleonora notó que el silencio se debía a que él no podía hablar y pudo vislumbrar que él tragaba saliva antes de poder preguntar con voz quebrada:

—¿Lo has compuesto tú?

Eleonora asintió. Blake sonrió. Sus ojos estaban levemente enrojecidos y vidriosos. Para ella, esa reacción fue tanto mejor que si la hubiesen ovacionado de pie.

—Es lo más hermoso que he escuchado en toda mi existencia —alabó Blake con franca emoción. Era un regalo inesperado y único. Jamás lo iba a olvidar. Le iba a costar la vida igualar semejante ofrenda—. ¿Cómo se llama?

—«Para Blake» —respondió, presa de una inusitada timidez.

El duque se acercó a Eleonora y la abrazó por la cintura, reduciendo a un mínimo la distancia entre ellos. Necesitaba tocarla, sentir su calor. Le besó la frente y logró percibir el aroma a jazmines en los cabellos rojizos de ella.

—Muchas gracias, mi preciosa Eleonora. ¿Me volverás a tocar esta sonata tan hermosa?

—Cuando quieras —respondió, sintiendo alivio y felicidad en partes iguales. ¿Cuándo iba a convencerse de que Blake era un hombre maravilloso? Él también la sorprendía. Eleonora se podía atrever a asegurar que su prometido era diferente al resto de los caballeros. Maduro, detallista, controlaba sus emociones cuando debía y las dejaba libres cuando quería.

—Siempre querré escuchar tu música… No sabía que componías. ¿Qué otra virtud voy a descubrir en ti? Eres una fuente inacabable de sorpresas.

Eleonora sonrió con ternura y le acarició la mejilla a Blake.

—No sé si soy eso que tú dices, de lo único que estoy segura es que te amo.

—Lo sé, pero creo que, en este preciso segundo, yo te amo más.

—Oh, eres terrible, ¿cómo puedes decir eso?

—Porque puedo —replicó socarrón. De súbito, todo estaba en silencio. Blake se quedó quieto y miró al techo por unos segundos. Eleonora tenía curiosidad, luego la atención de él volvió a ella—. Creo que ya se han marchado las mujeres que mantienen ocupada a mi prometida.

—¿Tú crees que me mantienen ocupada? A mí me parece que es al revés; el Parlamento te mantiene ocupado, lejos de mí —respondió, siguiéndole el juego, porque con él se sentía segura, querida y deseada. Como una mujer que era apreciada por el amor que entregaba, y no por lo que podía ofrecer a un matrimonio; ya fuera dote, juventud, o la garantía de procrear.

Blake la amaba por ser Eleonora.

Y aquello la impulsaba a abrirse más con él, a imaginar cómo habría sido si ella nunca hubiera conocido a Gray.

¿Qué reacción habría tenido ella ante todo ese amor que él le profesaba? La respuesta era, por increíble que pareciera, simple.

Eleonora se aferró al cuello de Blake y sonrió, ladina.

—Ahora que estamos solos y disponemos de tiempo, ¿qué tienes en mente, querido?

Capítulo XV

Blake devolvió la sonrisa y le alzó una ceja.

Eleonora volvía a sacar las garras, pero no lo estaba desollando como la primera vez. Le encantaba cuando se atisbaba la verdadera mujer que había dentro de su prometida.

Se preguntó hasta qué punto Eleonora podría llegar. Por lo pronto, compartían el calor de ese abrazo. Sus cuerpos se alineaban a la perfección, pese a que la estatura de ella apenas le alcanzaba los hombros y una mínima distancia los separaba.

Contempló el rostro de Eleonora, le sonreía y cierta picardía se reflejaba en sus ojos. Se acercó despacio a sus labios sin dejar de mirarla. Ella reaccionó de inmediato. Entregada, entornó los ojos y entreabrió su boca, lista para recibirlo.

Blake admiró los labios de Eleonora, podía percibir su tibio aliento acariciándole la boca, a la expectativa.

—Podría decir que tengo muchas cosas en mente, Eleonora —aseveró casi sobre los labios de su prometida—. Y ninguna de ellas es apropiada o decorosa, pero sí muy placentera.

Eleonora no soportó más la espera y fue al encuentro de los labios de Blake. Lo besó con ardor, saboreándolo, dejándose llevar por lo que sentía y deseaba. Había extrañado tanto a su prometido en esos días en que no se vieron; añoraba su voz, su presencia, ese aroma característico que la cercanía le hizo descubrir, una fragancia masculina y tenue de limón.

La lengua de Blake invadió su boca, profundizando el beso. Eleonora lo recibió con un leve gemido de deleite. Algo tenía ese intercambio, que despertaba facetas desconocidas de ella misma. Ignoraba que era una mujer pasional, que necesitara el contacto físico de la persona amada, que ansiara eso que, durante tantos años, solo le provocaba rechazo y dolor, no solo del cuerpo, sino del alma.

El instinto le gritaba que con él nada de eso sucedería.

Y tal como el primer beso, ella devolvió esas lúbricas atenciones, degustando la lengua de Blake, aspirando su aliento. Se aferró a él y la leve distancia desapareció. Necesitaba sentir el calor y la solidez del cuerpo de él. Le encantaba experimentar la sensación de estar atrapada por esa gentil fuerza viril que la subyugaba. No existía el miedo, se disolvía en cada respiración, en cada roce.

Blake interrumpió el beso, su respiración agitada hacía que su pecho se ensanchara, y a Eleonora siempre le asombraba que aquel vital movimiento la fascinara.

—No sabes cuánto te deseo —declaró apoyando su frente sobre la de Eleonora. En su voz se manifestaba el fervor y las ansias que él dominaba—. No hallo la hora de casarme contigo y hacerte el amor como lo mereces.

—Blake, yo… —Eleonora no alcanzó a soltar su consentimiento. El duque la volvió a besarla con mayor frenesí, y ella estuvo a la altura de las exigencias, devorándolo con ímpetu.

Porque sí, ella sentía el impulso de entregarse en ese mismo lugar, sin importar las consecuencias. Ya no era una jovencita, no había honor familiar o virtud que proteger y a nadie le importaba, ni siquiera a ella. Pero tal parecía que su prometido deseaba esperar. Eleonora interrumpió el beso.

—Quiero intentarlo contigo, Blake —admitió al fin—. Quiero saber cómo es hacer el amor de verdad.

Aquellas sinceras palabras templaron el fuego que consumía a Blake. Él deseaba que la intimidad entre ellos fuera placentera para ambos, pero, sobre todo, para Eleonora.

—Y lo haremos, pero con calma, tiempo y libertad —contradijo, obteniendo un lastimero y

frustrado «oooooh» por parte de Eleonora. Blake rio enternecido por aquella reacción—. Quiero que descubras el placer sin prisas. Sin embargo, eso no nos privará de tener un pequeño preludio.

—¿Un preludio?

—Solo permíteme guiarte.

Eleonora, como única respuesta, lo besó. El duque lo asumió como un «sí». Estaría atento a cualquier señal que indicara «no».

Las llamas del fuego se avivaron.

El preludio empezaba. Otro tipo de música iban a tocar.

Las manos de Blake, que habían permanecido aferradas a su cintura, comenzaron a emprender un sensual viaje, ávidas por recorrer la geografía femenina; una vagó al norte y se enclavó en un firme y generoso pecho; la otra, descendió al sur dando un ligero desvío, hasta asirse en la redondeada nalga.

Las dos manos apretaron a la vez y le arrancaron un jadeo a Eleonora, quien se contoneaba y se frotaba contra el cuerpo de Blake, sin ser consciente de ello; el instinto le pedía más.

Exigía una satisfacción.

Y él no dudó en brindarla. Abandonó la boca de Eleonora, desperdigando besos a medida que bajaba por el cuello, trazando un voluptuoso sendero que aceleraba la respiración de su prometida.

Eleonora sentía que ardía. Blake asaltaba todo su cuerpo; sus besos la estremecían, las atrevidas caricias que alternaba entre sus nalgas y su seno le propinaban ramalazos de anticipación.

Se imaginó cómo sería estando desnudos piel con piel.

La respuesta no tardó. De pronto, un escalofrío la recorrió. Sin darse cuenta, Blake había expuesto sus pechos. Eleonora solo alcanzó a aferrarse al cuello masculino cuando sintió la húmeda boca jugando con su pezón, al tiempo que la tomaba de la cintura y la atraía más hacia él, empujándola contra su monumental erección, provocando un excitante contacto en su monte de Venus.

Eleonora se encontró jadeante, permitiendo que él tomara lo que quisiera de ella. Blake estaba colmándola de lascivas atenciones. Estaba envuelta en una espiral de sensaciones, a la que se sumó una ola de aire fresco en sus piernas. La mano indagadora del duque alzaba, discreto, su vestido, arrastrando las enaguas y su pudor. Su toque era sutil y persuasivo recorriendo su muslo, ascendiendo, ascendiendo y…

—Dios, Blake… Oh… —gimoteó Eleonora cuando los dedos se abrieron paso entre sus rizos, haciéndola consciente de la humedad que se había instalado entre sus piernas.

—Mira qué delicia he encontrado aquí. Esto es pura perfección, querida —sentenció Blake, satisfecho de haber desencadenado la lujuria en su prometida.

Como si de un instrumento se tratara, Blake empezó a arrancarle gemidos a su prometida en el preciso momento en que inició el sensual asalto. Sus dedos deambularon por toda su feminidad; tentando, acariciando, rozando; mientras que su boca estimulaba sus pechos, su cuello, labios y lengua.

Eleonora estaba toda expuesta, rendida a Blake.

—Permíteme entrar en ti, querida. Solo serán mis dedos —pidió Blake a su oído. Jamás había estado tan excitado en su vida, los leves e involuntarios roces del cuerpo de Eleonora lo tenían al borde del clímax.

Eleonora solo logró asentir y abrió sus piernas.

Lenta y suave fue esa penetración.

Sin dolor.

Estaba maravillada. Se sentía delicioso y necesitaba más de ello.

Era adictivo.

—Más… —susurró Eleonora, demandante.

—Entonces ve a buscarlo, muévete, querida. Obedece a tu cuerpo y a lo que te reclama.

Y ese fue un viaje sin retorno. Él comenzó a estimularla, entrando y saliendo del interior de ella, al tiempo que Eleonora se dejó llevar y su cuerpo cobró vida para buscar más sensaciones, valiéndose de la palma de Blake.

Lo que siguió fue música para los oídos del duque. Eleonora exigiéndole más, jadeando, gimiendo, moviéndose, buscando su placer, usándolo a él para su gozo.

Introdujo otro dedo más y sintió cómo el interior de su prometida lo apresaba. Las acometidas comenzaron a ser más briosas, al ritmo que ella demandaba.

De súbito, Blake se quedó mirándola fijo, grabando en su memoria el semblante contraído por la pasión, las mejillas azoradas, los labios hinchados y enrojecidos, un mechón de cabello fuera de lugar y el erótico y primitivo vaivén que poseía al curvilíneo cuerpo de Eleonora.

Estaba fascinado, y lo estuvo aún más cuando ella ahogó un grito, a la vez que se tensaba toda y se entregaba a las últimas embestidas que él le propinaba en su acuoso y palpitante interior. Una ola de calor y humedad le empapó la mano, y le hizo sentir como el hombre más afortunado de la tierra.

Había sido testigo de la primera liberación de Eleonora.

La primera de muchas.

En los labios de su prometida se dibujaba una sonrisa llena de inesperada satisfacción.

Blake abandonó el cuerpo de su amada, sacó un pañuelo de sus bolsillos y, entre susurros llenos de amor, limpió con suavidad los vestigios de su encuentro. Acto seguido, adecentó la ropa de Eleonora poniendo todo en su lugar, incluyendo ese mechón rebelde, que dejó detrás de la oreja.

Conminó a Eleonora a que avanzara unos pasos hacia la banqueta que estaba frente al piano. Aquello supuso una tarea titánica para ella; en cuanto dio un paso las rodillas le flaquearon.

Rio nerviosa, jamás había vivido una situación similar. Se sentía en un estado parecido a la ebriedad, como si hubiera bebido un elixir que la había despojado de la vergüenza e inseguridad, al mismo tiempo que llenaba cada parte de su ser con gozo, júbilo y vida.

Sí, jamás se había sentido tan viva.

Blake se sentó en la banquilla e instó a Eleonora a que descansara sobre el regazo de él. Ella se acurrucó en su pecho y se regodeó de estar entre los brazos del hombre que amaba y de las caricias que le prodigaba.

—Si es así el preludio, no puedo imaginar cómo será la sinfonía —sentenció Eleonora en su susurro, luego de un largo rato en silencio, en el cual asimilaba los últimos minutos de su vida.

Blake rio suave, grave y viril.

—Será mucho mejor… Ha sido hermoso verte, gracias por permitirme el honor de ir más allá.

Eleonora alzó la mirada y le sonrió.

—Ten por seguro que tendrás el honor cada vez que quieras —aseveró, desinhibida—. Pero quiero exigir algo a cambio.

—¿Otra exigencia? —cuestionó con un tono guasón—. Ya hablas como toda una duquesa.

Me enorgulleces… ¿Y se podría saber cuál es, milady?

—La próxima vez quiero tocarte… Sé que contigo será diferente —aseveró críptica.

Blake no quiso ahondar tras las palabras de Eleonora. Él se encargaría de profanar los malos recuerdos y experiencias de su prometida.

—Lo será, no dudes que lo disfrutaré mucho —convino, y le besó la coronilla—. Cuando te sientas en condiciones, seguiremos con el recorrido de la casa.

—Me quedaría aquí toda la vida. Entre tus brazos no necesito nada más.

Blake le volvió a besar la coronilla, se solazó de ese momento de intimidad y complicidad.

Sí, entre los brazos de ella él tampoco necesitaba nada más.

Capítulo XVI

Estoy aquí sentada en mi saloncito privado, disfrutando de mi insuperable té, pensando en cuál será el siguiente rumor que circulará por todos los salones de Londres.

Como si la hubiera invocado con mis pensamientos, se aparece ante mí La Informante, quien con demasiada propiedad se sienta a mi lado, fingiendo inocencia.

—Lord Pe--ton se va a casar —suelta como si aquella noticia fuera fresca.

Lo fue, pero hace dos semanas.

—Eso lo sabe todo el mundo, niña —respondo indolente—. Lady Gr--y pescó al partido más codiciado de las últimas temporadas. Bendita sea.

—Ese es el punto de lo que traigo —asevera La Informante—. Todo el mundo sabe que lady Gr--y acaba de terminar con su luto, pero nadie se ha preguntado en las circunstancias del deceso de su esposo.

Abrí mi boca para contraatacar, mas no hubo respuesta. Era cierto. La muerte de lord Gr--y fue opacada por los escándalos que se descubrieron a raíz de lo primero.

—Estuve averiguando, y una fuente confiable me ha develado que los hechos fueron «confusos»

—¿Confusos? —pregunté con creciente curiosidad. Esto iba a significar grandes noticias para la sociedad—. Sé más específica.

—Lo único que sé es que el cuerpo de lord Gr--y fue hallado en una zanja. Nadie sabe cómo o cuándo murió. Ni su esposa, hermana o la servidumbre pudo dar una versión concreta de los hechos. —La informante se inclinó un poco hacia mí y bajó su tono de voz para afirmar—: Ante la falta de antecedentes, el magistrado lo declaró como accidental.

—¿Y qué es lo que opina tu fuente? —interrogué, ávida por información y lamentándome por no tener papel, pluma y tinta para tomar notas.

—Que fue de todo, menos un accidente.

Y dicho esto, La Informante desapareció tal como llegó.

Yo no sé, queridos lectores, pero yo me voy a limitar a parafrasear a Hamlet, obra de nuestro célebre Cisne de Avon: «Algo huele a podrido en el estado de Dinamarca».

MAGAZINE DE SOCIEDAD DE UNA DAMA SELECTA,
4 de mayo de 1815

Alice jadeó y su mano voló hacia su boca al terminar de leer el magazine, conocido principalmente por la sección de cotilleos, que era escrito con creatividad por una autora anónima. Todas las semanas llegaba un ejemplar a casa de lord Watford. Millicent pagaba sin falta dos chelines al chico que voceaba la revista en la esquina de la calle.

Era el día previo al baile de presentación de Alice. Ella y Eleonora estaban sentadas una al lado de la otra, tomando el té de la tarde. Había sido un día agotador pues decidieron quedarse en Eden Hall para ayudar a ultimar los preparativos y estar atentas a cualquier contratiempo. Millicent estuvo —para variar— intratable por su deliberado mutismo. Desde la última discusión, el silencio imperaba en la casa de los condes de Watford. Sin embargo, Millicent se daba el lujo de arruinar el ambiente con su presencia.

—¿Qué pasa, Alice? —preguntó Eleonora, advirtiendo el pavor en el rostro de su cuñada.

—Esto.

Alice ofreció la revista y Eleonora leyó. Al cabo de dos minutos la misma reacción se repetía.

—¿Por qué ahora? —se lamentó Alice con incipientes lágrimas—. Para mañana esto será de dominio público, mi presentación está arruinada.

—No te preocupes, esto no afectará en nada —zanjó Eleonora con más seguridad de la que en verdad sentía. Miró de reojo a Millicent, quien bebía un sorbo de té, ignorándolas desde su poltrona—. Me gustaría pensar que tú no estás detrás de esto, Millicent. Sabes cómo murió Richard.

Silencio.

Millicent había descubierto que no decir una palabra era mejor que enterrar una daga. El baile iba a ser un éxito, sin duda, pero la reputación de esas dos se iría por la borda.

Parsimoniosa, dejó su taza de té y se retiró de la estancia esbozando una siniestra sonrisa. Mejor iría a prepararse para dar un paseo.

Eleonora resopló.

—¿Qué haremos, Nora? —preguntó Alice, perdiendo poco a poco el control. Desde la muerte de su hermano había soportado los cambios de la vida a duras penas, pero aquel rumor la estaba arrojando a un pozo de desesperación. Necesitaba saber que todo estaba en orden, que seguía un patrón definido—. Es posible que esto arruine mis posibilidades de encontrar un esposo.

—Alice, no te preocupes, no es necesario…

—Sí es necesario —objetó—. Quiero casarme… dejar de ser un lastre para ti —admitió, sintiéndose presa de aquella ansiedad que siempre la asediaba, pero que lograba contener.

Sin embargo, sentía que estaba a punto de colapsar.

Eleonora lo notó, Alice iba a entrar en una crisis. Desde hacía mucho tiempo que no tenía una, ya le parecía extraño que no se manifestara. Intentaba que Alice tuviera rutinas, horarios para paliar su necesidad de mantener todo en orden.

Cuando muchas cosas se desmoronaban al mismo tiempo, Alice se volvía ansiosa, negativa e hipersensible.

Ese rumor daba justo en la diana para romper todo el equilibrio. Presentarse en sociedad ya era un desafío para Alice, cualquier inconveniente grave iba a descompensar su ánimo.

Debía protegerla, hacerle saber que no importaba lo que sucediera, ella iba a estar ahí.

—Oh, Alice. No eres un lastre, eres mi familia, te quiero mucho, lo más preciado que tengo. —Eleonora abrazó a su cuñada, quien se ovilló en su regazo—. No pasa nada, querida… *Brilla, brilla, estrellita*[2]*… Me pregunto dónde estás… Encima del mundo, tan alto vas… Como un diamante…*

Eleonora murmuraba una canción de cuna que aprendió ya siendo adulta, en los albores de su matrimonio. En esos primeros meses, cuando tenía la ilusión de concebir un hijo.

En aquel entonces, Alice era tan solo una niña y sus crisis eran constantes, las que Richard despreciaba y la castigaba por ello. Eleonora, mucho más humana, descubrió que al cantarle y mecerla como un bebé la hacía relajarse al punto de hacerla dormir y Alice, al despertar, volvía a ser la misma de siempre. Con el pasar del tiempo Eleonora descubrió el motivo, y se propuso ayudar a su joven cuñada para que no recibiera el rechazo de su propio hermano.

Durante diez minutos permaneció así, con paciencia y cariño. Alice dormía, su respiración era profunda y regular. Eleonora la mecía suave.

De súbito, la puerta se abrió.

—Buenas tardes... Oh, perdón, creo que estoy importunando. —Una voz masculina irrumpió en la estancia. Eleonora no la reconoció.

Sin dejar de mecer a Alice, Eleonora alzó la mirada.

Era lord Carmathen, quien llevaba un ramo de flores. Su expresión era de desconcierto.

—Mis disculpas… Me encontré con lady Watford justo cuando ella salía, me permitió

entrar sin necesidad de ser anunciado —explicó apresurado. Sin embargo, su incomodidad pasó a la preocupación al ver a lady Alice en tal estado de indefensión—. ¿Puedo ser de ayuda? —preguntó en voz baja.

Eleonora solo le sonrió y negó con su cabeza.

—Es muy amable, lord Carmathen. Pero creo que solo yo puedo hacer esto por lady Alice.

—¿Es por lo de la revista? —interrogó el joven y apuesto barón, quien era más perspicaz de lo que aparentaba.

—En parte —respondió Eleonora.

—Lo sabía —masculló—. Fue artera esa publicación, justo el día anterior a la presentación… Por eso me atreví a venir, a entregarles mi apoyo. —Dejó el ramo de flores sobre la mesita del té—. ¿Le podría decir a lady Alice que vine?

—Por supuesto. Se lo diré, le alegrará saber que usted no la juzga.

—Ni a usted ni a lady Alice, no soy Dios para juzgar.

Lord Carmathen dio una leve inclinación e inició la retirada, no obstante, se detuvo. Se dio la vuelta y contempló a Alice, ovillada como un animalillo asustado.

—Me inquieta el estado de lady Alice —se sinceró—. No soy del todo ignorante, he tenido algunos familiares que… ¿qué tan grave es su padecimiento?

Eleonora se debatió en contarle al barón o no sobre las peculiaridades de Alice. Sin embargo, era algo que iba a saberse en cualquier momento. Quizás al día siguiente sería el debut y despedida de Alice.

No importaba, ya vería qué podrían hacer. Blake le iba a brindar apoyo. No dudaba de aquello.

—No lo calificaría de padecimiento —declaró Eleonora—. A Alice le gusta tener todo en un estricto orden, es muy meticulosa y eso lo lleva a extremos que algunas personas no toleran. Sin embargo, aquello no le impide tener una vida normal.

Lord Carmathen soltó el aire de sus pulmones. Había contenido la respiración escuchando las explicaciones de lady Gray.

—¿Solo eso? ¿No son exacerbados sus cambios de humor? ¿No alucina? ¿No habla con personas que ya están muertas? —acribilló a preguntas.

—No, por Dios, no. Lo más grave es esto, solo hay que darle amor, paciencia y contención. Es como si volviera a ser una niña pequeña que necesita afecto y la certeza de que el mundo seguirá girando y, al cabo de un rato, estos episodios quedan en el pasado.

—Pensé que sería algo peor —admitió, aliviado.

—Para lord Gray esto era nefasto, la trataba como si fuera deficiente mental —rememoró, indignada—. Alice creció en soledad debido a esto. Le suplico que sea discreto, me he permitido confiar en usted. No todos entienden.

—Por supuesto, tiene mi palabra de honor… —Volvió a dar una leve inclinación, al tiempo que le dedicaba una tierna y fugaz mirada a Alice—. No las seguiré importunando, me retiro. Hasta mañana, milady.

—Hasta mañana, milord.

El silencio reinó en la estancia.

Eleonora seguía sosteniendo a Alice entre sus brazos, dio una honda respiración y echó la cabeza para atrás.

Millicent era un ser humano despreciable. ¿Qué pretendía al poner a Alice en una situación vulnerable? ¿Qué ganaba?

—Esa mujer está perdiendo los cabales —murmuró para sí misma. Necesitaba decirlo en

voz alta—. Pobre lord Watford.

El único aliciente que tenía era que en unas semanas ya no tendría que soportarla nunca más.

Alice despertó veinte minutos después, al calor del regazo de Eleonora, quien le dio la bienvenida al mundo con una cálida expresión maternal. Siempre consideró a su cuñada como una madre, la única persona que le brindaba afecto. Su familia se fragmentó desde antes de que ella tuviera consciencia. Primero el suicidio de su madre y al año siguiente, el accidente que le arrebató la vida a su padre. La cabeza de la familia siempre fue su hermano y Millicent lo secundaba en todo, ambos la apartaban y la relegaban a un último lugar, tratándola como si fuera basura.

Quizás era la diferencia de edad. Había un abismo entre sus hermanos. Quince años la separaban de Richard y diez de Millicent.

Pero eso no justificaba las palabras crueles y el desdén.

Cuando Alice despertaba en el regazo de Eleonora, sabía que todo saldría bien, de un modo u otro. Era como si le mostrara que, pese a todo lo malo, el sol volvía a brillar con más fuerza.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Eleonora con suavidad.

—Mucho mejor, gracias —respondió Alice, incorporándose y recorriendo la estancia con la mirada. Reparó en el ramo de flores—. ¿Te han traído flores?

—No son para mí. Fue lord Carmathen. Las trajo para ti, quiso demostrarte su apoyo respecto a la revista.

Alice entreabrió la boca… El barón… ¡Ay, no! ¡La había visto así! Y a ella que le gustaba tanto. Él no volvería a hablarle.

—Calma, Alice. Fue muy comprensivo y estaba preocupado por ti —se apresuró a aclarar Eleonora, al ver la expresión de pavor en su cuñada.

Aquello no fue alivio para Alice. No lo iba a creer hasta verlo… Si es que volvía a verlo.

Suspiró. Todo iba de mal en peor.

De pronto, Wilkins se presentó en la estancia para anunciar:

—El duque de Pemberton, ha venido a visitarla, milady.

A Eleonora le dio un vuelco el corazón. Ahí estaba su Lancelot. Qué dicha le hacía sentir confiar en alguien y saber que su apoyo era incondicional. Miró a Alice, con tan solo un gesto indagó si se sentía bien para recibir a Blake. La joven respondió con un firme asentimiento.

—Que pase, por favor. Gracias, Wilkins.

El mayordomo hizo un leve gesto con su cabeza. A los pocos segundos Blake ocupaba todo el umbral de la puerta. Su semblante se apreciaba serio y preocupado. Algo en su gesto le hizo evocar a lord Carmathen.

Quizás el barón sentía algo más que admiración por Alice.

Blake se acercó a Eleonora y, al verse en relativa privacidad, la saludó besándole la coronilla, acto seguido, le dio una leve y respetuosa reverencia a Alice.

—A juzgar por sus expresiones, puedo asumir que ya llegó a ustedes el rumor —sentenció Blake, mientras tomaba asiento frente a las damas.

—¿Tanto se nos nota? —interpeló Alice, mortificada.

—Son un libro abierto —replicó Blake.

—Mañana no será fácil —pronosticó Eleonora—. Estoy segura de que fue Millicent.

—Es tan obvia lady Arpía que da escalofríos —repuso el duque—. Mañana estarán más que pendientes de ustedes dos. Es por ello que he venido, necesito protegerlas y dar a entender que, pese al rumor, están amparadas por el ducado. Le he pedido a todos mis amigos y conocidos

que bailen con usted, lady Alice, para declarar fuerte y claro que aquel rumor no significa nada. Yo también me incluyo. Si notamos que no la invitan a bailar, no dudaremos en repetir.

—Gracias, su excelencia. Es muy generoso.

—No es generosidad. A mi familia no la toca nadie —sentenció, severo. Eleonora se enamoró un poco más y Alice sintió una súbita seguridad y cariño hacia el duque—. Ahora, no quiero que me malinterpreten. Pero necesito saber cómo murió Gray. Lady Arpía es muy efectiva repartiendo su veneno, necesito saber a qué me estoy enfrentando.

Eleonora suspiró. Alice comenzó a retorcerse las manos y la miró con un gesto incómodo.

—Blake sabe todo sobre Gray —le aseveró Eleonora a Alice, tomándole las manos.

—¿De verdad?

—No hay de qué avergonzarse. Eso es lo que he aprendido en las últimas semanas. No fuimos culpables de nada. —Miró a Blake y Eleonora comenzó a relatar, parsimoniosa—: Fue a finales del otoño, una semana antes de que él se marchara a Londres… Llovía. Richard había bebido toda la tarde. Alice y yo estábamos encerradas en mi habitación, teníamos miedo. Desde que perdí a mi… —Tragó saliva e inspiró hondo para continuar—… Desde que perdí mi bebé, él solo se dedicaba a emborracharse durante toda su estadía en el campo, y nosotras nos manteníamos alejadas lo más posible de él. Si nos veía, nos trataba con desprecio e insultaba a gritos.

Blake miró subrepticiamente a Alice, que cerraba fuerte los ojos y se encogía ante el relato. La muchacha también lo había pasado muy mal.

Cerdo infeliz.

—Esa tarde, de la nada, comenzaron los alaridos —prosiguió Eleonora—. Gray maldecía a Dios, a sí mismo, su vida. Rompió muebles, quebró botellas, copas. Lloraba como si estuviera sufriendo lo indecible. Nadie se atrevió a ir a averiguar qué le sucedía… Pasó alrededor de media hora, y por los sonidos que llegaban a mi habitación, pudimos deducir que salió a cabalgar. No supimos nada más hasta la mañana siguiente, cuando volvió el caballo solo.

»No estoy orgullosa de mis acciones, pero la verdad es que no hice nada por buscarlo. No quería averiguar si estaba vivo o muerto, emborrachándose en una taberna o si decidió irse con lo puesto a Londres. Dejé que pasaran las horas… Los días… Al quinto día desde que salió, hallaron su cuerpo en los límites de la propiedad, en una zanja situada a un lado del camino. Lo más probable fue que se cayó del caballo.

Un silencio denso se prolongó en el lugar. Como si estuvieran a la espera de alguna manifestación de ultratumba del difunto conde. Nada sucedió.

—Una muerte estúpida y accidental —zanjó Blake, sin dudar de la veracidad de los hechos relatados—. Sin embargo, sí se puede prestar para sembrar versiones tergiversadas de los hechos. Cuando se trata de especular, la buena sociedad es muy imaginativa y retorcida. Bien, debemos estar preparados para la malsana curiosidad de la gente; no hablaremos del tema, no ofreceremos explicaciones. Si alguien está tan seguro de que fue un asesinato, un robo o lo que sea, entonces que presente pruebas y tome acciones legales. Es sencillo, el objetivo solo es hacerles pasar un mal rato y que la presentación de lady Alice sea un escándalo.

Eleonora convino con un gesto. Agradecía a Dios por la existencia de Blake, quien tenía mucha más experiencia que ella en sortear la parte oscura de los círculos aristocráticos.

—Mañana será un día largo y difícil, Alice, ¿podrás con ello? —preguntó Eleonora, preocupada.

Alice lo meditó. Por extraño que pareciese, estaba tranquila. Quizás era gracias a lord Carmathen que tuvo la amabilidad de preocuparse por ella, o por el duque de Pemberton que

llegó con todo su apoyo y un plan a seguir. Ella ya sabía qué hacer, qué contestar, y con quiénes contaba. Eso le daba seguridad.

Nada podía fallar.

Llenó de aire sus pulmones y declaró.

—Podré con ello, cuento con ustedes.

Capítulo XVII

Lord Watford llevó del brazo a Alice al salón de baile y se situó en el centro. Millicent se unió con lord Craven al lado de ellos. Eleonora fue escoltada por lord Carmathen, al tiempo que otras parejas se unían para iniciar la fiesta con la primera contradanza de la noche.

Todo estaba en aparente calma.

Blake observaba cada gesto, aguzaba el oído ante cada comentario. Por el momento, nada hacía presagiar que fuera a ocurrir algo grave. Sin embargo, podía percibir la tensión en el ambiente, miradas furtivas hacia Eleonora, que eran acompañados con susurros tras los abanicos.

Tal parecía que lady Alice, debido a su inocencia y juventud, no era el blanco de las especulaciones. Por un lado, Blake sintió un atisbo de alivio; por otro, estaba más inquieto aún. En el peor de los casos, alguien se podía atrever a inculpar a Eleonora por un delito inexistente.

Y esa persona era lady Arpía.

—Pemberton. —Una voz masculina lo llamó a sus espaldas.

Blake se dio la vuelta y se encontró con una cara conocida.

—Harrow —saludó, lacónico.

No salieron más palabras de sus bocas. Un incómodo silencio se cernió entre ellos. Blake notó que su otrora compañero y amigo estaba preocupado.

Era extraño que él quisiera entablar algún tipo de conversación. Benjamin apenas le hablaba.

—Si vas a decirme algo, hazlo ya —apremió Blake ante la actitud vacilante de Harrow.

El marqués de Harrow tardó un eterno segundo en decidirse a preguntar:

—¿Estás seguro de casarte?

Blake arqueó sus cejas. No obstante, su gesto de sorpresa cambió de inmediato a la severidad, que se reflejaba en su cejo fruncido.

—No me has sostenido una conversación decente desde hace años, y cuando tienes la oportunidad de hacerlo, es para cuestionar mis decisiones —increpó con dureza.

El marqués también frunció el ceño, su preocupación había sido más fuerte que su orgullo. Pemberton debería agradecer esa muestra de camaradería.

Maldito duque obtuso.

Dio media vuelta, dispuesto a volver sobre sus pasos. No iba a perder su tiempo.

—No me des la espalda, Benjamin —demandó Blake poniendo su mano sobre el hombro del marqués—, y di lo que te preocupa. No me has hecho esa pregunta con el único fin de fastidiar.

Harrow dio un resoplido y se dio la vuelta. Blake estaba mirándolo fijo, a la expectativa.

—Todos están especulando que tu prometida está más que involucrada en la muerte de Gray. —El rostro del duque era insondable. Benjamin, al ver que Blake no tenía la intención de interrumpir, prosiguió—: Al punto de que Charles Bromley, magistrado de Bow Street, se ha comunicado con el magistrado local de Wickford para obtener información acerca de los hechos.

—No me digas que Bromley se va a tomar semejante trabajo solo por los rumores. Debe tener en sus manos alguna prueba que incrimine a Eleonora.

—Dicen que hay pruebas y testimonios —aseveró con la convicción impregnada en su tono de voz—… Pemberton, si esto llega a ser cierto, la reputación del ducado se verá mancillada. Piensa en tu abuela y en el futuro de tu hermana.

Blake se quedó en silencio, imaginando el nefasto escenario. Le molestaba pensar que Eleonora le hubiera mentido, pero de ser cierto, lo entendía. Su prometida no tenía una buena

experiencia con el sexo opuesto y no podía pedirle que confiara en él de la noche a la mañana. La confianza se construía con el tiempo.

Un asesinato era algo que no se confesaba así como así. Más aun tratándose de un sujeto como Gray. Si Eleonora lo había hecho, razones poderosas tenía.

De vida o muerte. Sobrevivencia.

Debía llegar al fondo del asunto, porque, independiente de si era verdadera o falsa la acusación, era más que claro que lady Watford estaba llegando demasiado lejos con su aversión hacia Eleonora.

—¿Dónde escuchaste ese rumor? —indagó Blake, tras largos segundos—. No creo que todo este revuelo sea a raíz de la columna de la revista.

—No, es de antes. Unos cuantos días, quizás una semana. La revista solo es una consecuencia. Asistí a una tertulia en la cual hablaron del tema. El cuñado de Bromley fue quien divulgó esa información.

—Ya veo… De ser cierto o no, de todas formas me casaré con Eleonora —zanjó Blake.

El gesto de frustración de Harrow fue evidente.

—No puedes ser tan obstinado. Una mujer no vale la pena —declaró, optando por ser directo.

Esa afirmación llenó de ira a Blake. Harrow no tenía idea de nada y, lejos de persuadirlo a cancelar su compromiso, más se aferraba a la idea de sellarlo ante Dios y los hombres, de preferencia en un altar frente a un vicario.

Eleonora lo valía todo, maldita sea.

—¿Sabes qué no vale la pena? —interpeló el duque avanzando un paso, amenazante—. Dejar a la mujer que amo por culpa de una acusación, ya sea infundada o no. Gray recibió lo que sembró, no era un santo, era un cerdo sádico, licencioso y perturbado… Y eso es suficiente atenuante para mí, hasta yo me hubiera manchado las manos con su sangre.

Harrow entreabrió la boca. Debía admitir que la reputación de Gray no era de las mejores, mas le sorprendía la visceral reacción de Pemberton. Él siempre había sido comedido y austero, pero cuando se trataba de su prometida, el cambio era radical. Vaya poder tenía esa mujer. El marqués no comprendía cómo era posible que un hombre inteligente y cabal pudiera perder la cabeza a ese nivel, al punto de arriesgarlo todo habiendo tantas mujeres para escoger.

Por supuesto que él no caería en ese craso error. Jamás se casaría por amor, mas su deber le obligaba. Algún día lo iba a hacer, pero con una dama intachable, una candidata digna de ser la marquesa de Harrow.

Blake resopló, ajeno a los pensamientos de su antiguo amigo. La noche apenas empezaba y ya estaba harto. Odiaba los cotilleos.

—Si pretendes ayudarme, Harrow —prosiguió Blake mirando a Benjamin a los ojos—, mejor averigua qué pruebas y testimonios tienen. Con esa información podré preparar la defensa de mi prometida con antelación. No la voy a abandonar.

—Siempre tan terco… —Resopló por la nariz y negó con su cabeza, resignado—. Está bien, averiguaré lo que pueda.

—Bien… A todo esto, aún estoy esperando mis cinco guineas.

—A juzgar por los últimos acontecimientos de tu vida, me temo que ya conocías las habilidades de lady Gray; jugaste sucio al elevar la apuesta, Pemberton —objetó, taimado.

—Te lo merecías, pusiste en entredicho la capacidad intelectual de Eleonora. Nunca subestimes a las mujeres, Harrow.

La música, a lo lejos, cesó. Benjamin miró de refilón hacia el salón de baile.

—Será mejor que vayas a buscar a tu prometida.

Blake no necesitó mayor incentivo, deslizó un gesto de agradecimiento. Hizo una leve inclinación de cabeza y se marchó.

*****

Eleonora dio una femenina reverencia frente a lord Carmathen y el baile finalizó. Durante toda la jornada previa estuvo con el dilema de bailar o no; como familiar político directo de Alice, debía estar presente en la primera pieza, pero si no lo hacía, toda la atención maliciosa podría recaer en su cuñada y alimentar más rumores.

Al final, decidió que lo mejor era bailar solo si era imperativo. Tampoco lo haría con Blake, la noticia de su compromiso ya era suficiente para atraer cotilleos a sus espaldas y miradas inquisitivas. Con el rumor de estar involucrada en la muerte de Gray, la situación empeoraba.

Esa era la noche de Alice, nada debía restarle brillo a su presentación. Tampoco quería afectar a la abuela de Blake y su hermana que estaban presentes en la fiesta.

Rogaba al cielo que el tiempo transcurriera rápido para que todo terminara pronto.

Comenzó a alejarse y divisó a Blake, quien iba a su encuentro. Un atisbo de sonrisa iluminó sus facciones, sin embargo, desapareció en el acto, al ver el semblante adusto de su prometido.

Algo había pasado, no tenía que ser adivina.

Al llegar al lado de su prometido, lo tomó del brazo que le ofrecía y se dejó guiar por él.

—Necesito conversar contigo en privado. Es urgente —dijo Blake en voz baja.

—¿Tiene que ser ahora? —preguntó. No quería dejar a Alice a merced de Millicent.

—De verdad que esto no puede esperar.

—Me preocupa Alice…

—Hace un rato le he dicho a mi abuela que esté pendiente de lady Alice —intentó convencerla.

Eleonora suspiró y claudicó.

—Vamos a la biblioteca.

Avanzaron en medio de los invitados, dejando una estela de especulaciones y miradas. Franquearon el paso a las estancias privadas y a la biblioteca, el cual era resguardado por unos lacayos.

Entraron en la habitación. Estaba fría y manchada de luces y sombras.

—¿Qué pasó? —preguntó Eleonora en voz baja.

—Dame un segundo. —Blake, paranoico, recorrió la estancia, ya estaba con la vista acostumbrada a la penumbra. Registró por debajo de la mesa, tras las cortinas, en los rincones oscuros, y cuando quedó conforme volvió a su prometida.

La tomó de las manos y se las besó. Admiró los rasgos femeninos cincelados en los claroscuros de la biblioteca. En ese momento fue consciente de que no era relevante, en lo absoluto, si Eleonora había matado o no a Gray.

—Antes de contarte, quiero que sepas que no importa lo que suceda, yo te amo y nunca te abandonaré.

—Blake, me estás asustando, ¿qué está pasando? —interpeló, alarmada.

—La columna de cotilleos solo fue la punta de la lanza.

—¿A qué te refieres?

Y Blake procedió a narrar su conversación con Harrow. El duque pudo notar cómo el gesto de Eleonora pasaba de la sorpresa al enojo.

—Ya te dije cómo murió Gray —sentenció Eleonora con un tono vehemente, cuando Blake finalizó su relato.

—Lo sé… Pero en el caso hipotético de que no hayas querido confiármelo, necesito que comprendas que yo entendería si tomaste alguna medida drástica.

—¡No lo hice, Blake! —zanjó a la defensiva—. Ganas no me faltaron, pero no lo hice.

Blake, en ese instante, se dio cuenta de que había dejado de respirar. Aliviado, soltó el aire de los pulmones.

—Está bien. —Alzó sus manos, no la iba a seguir presionando—. Te creo, confío en ti.

Eleonora se alejó de Blake, necesitaba algo de espacio. Comenzó a pasearse como una fiera enjaulada. No había otra persona más que Millicent que fuera capaz de usar su influencia para sembrar todo tipo de especulaciones con el fin de hacer todo el daño posible. Podía llegar al punto de presentar pruebas falsas sin que le temblara la mano.

¿Y si no podía defenderse? Debía reconocer que tenía solo como testigo a Alice, y su cercanía podía restarle valor a su testimonio en caso de ser enjuiciada. Los sirvientes prácticamente no vieron nada.

Eleonora estaba en una encrucijada.

Sí, podía defenderse. Tenía una forma de sofocar las intenciones de Millicent, pero era una medida demasiado violenta. Si revelaba lo que sabía y mostraba sus pruebas, iba a traer consecuencias desastrosas a personas que apreciaba mucho.

Sin embargo, su vida y felicidad estaban en juego.

No podía seguir siendo una víctima, máxime si tenía una oportunidad de salir airosa. Era momento de exigirle a la vida que le pagara de vuelta lo sufrido.

Blake le estaba demostrando que su confianza era a prueba de todo, ella debía devolver la mano. Se acercó a su prometido y le acarició el rostro, él le tomó la mano para perpetuar la cálida sensación.

—Blake, yo también confío en ti. —Suspiró, estaba decidida—. Quiero pedirte un favor.

—El que quieras, querida.

—Necesito que vayas a Wickford, a la finca que les pertenece a los condes de Gray. En ese lugar está lo que me podrá salvar antes de que esto pase a mayores.

—Dime, ¿qué tengo que buscar?

Eleonora tragó saliva.

—En el patio de la capilla de la propiedad están las tumbas de la familia Loughty. Ahí fue enterrado mi hijo, insistí en que le dieran sepultura. Gray me lo debía el infeliz… —No pudo continuar, cuando lo recordaba solo sentía el dolor. Tras un prolongado silencio en el que maldijo a quien fue su esposo, prosiguió—: Está al lado de un árbol, el más grande, alejado de las demás tumbas. —Parpadeó rápido para disipar sus lágrimas—. Mi pequeño era varón, me lo dijo el médico, el señor Harley. En la lápida solo está su nombre, Paul. Richard no quiso que llevara su apellido. Si la levantas y cavas un poco la tierra, encontrarás una caja de madera.

—¿Que hay dentro de ella?

—El último recurso que tengo para impedir alguna acción legal. He amenazado a Millicent, le dije que tenía pruebas para hundirla. Pero es evidente que ella me ha perdido el miedo. Ha buscado las pruebas por toda la casa y, al no encontrarlas, cree que es mentira. Está yendo por todo.

—¿No me vas a decir qué es?

—Por ahora es todo lo que diré. No puedo ir yo… soy demasiado cobarde. No me siento capaz de volver a aquel lugar… Tampoco quiero despertar las sospechas de Millicent. —Eleonora lo abrazó fuerte—. Cuando encuentres la caja lo entenderás. Por favor, confía en mí, Blake.

—Está bien. Pero no esperes que eso será lo único que haré por ti. No me quedaré de brazos cruzados.

—¿Qué harás?

—Desde este mismo instante, vigilar cada paso que dé la arpía fuera de Eden Hall. Si ella quiere guerra…

—Guerra tendrá.

Capítulo XVIII

Alice notó cómo Blake se llevaba a Nora fuera del salón de baile. Ya identificaba los gestos del duque que, en apariencia, siempre se veía serio. Sin embargo, cuando estaba junto a su cuñada, la mirada oscura se transformaba en luz.

En ese breve intercambio, la mirada del duque era inescrutable.

Algo había pasado.

Y era más grave que la columna de cotilleo. Ella lo presentía.

Todas las miradas se desviaban con descaro hacia Eleonora e ignoraban a Alice como blanco de murmuraciones.

No obstante, también la joven debutante estaba siendo ignorada por la mayoría de los caballeros, los mismos que estuvieron prodigando atenciones las últimas semanas. Su carnet de baile tenía unos cuantos nombres allegados al duque de Pemberton, pero ninguno de sus otrora admiradores.

Al menos ese escándalo le estaba sirviendo para poder discernir entre los elogios vacíos y las muestras de genuino interés por parte de los caballeros.

Al parecer, su temporada iba a ser breve.

La próxima sería mejor. Tenía que creer en ello o comenzaría a angustiarse.

—Lady Alice —la llamó a sus espaldas lady Katherine, quien estaba acompañada por la duquesa de Pemberton.

Alice dio la vuelta y se encontró con ambas mujeres, que le sonreían con amabilidad. La tomaron el brazo, como si la estuvieran escoltando.

—Tenemos la placentera e importante misión de no dejarla sola, Alice —comentó Katherine, cómplice.

—Y mantenerla alejada de lady Arpía —añadió Augusta—. Está muy ocupada siendo anfitriona junto a lord Watford, pero es de esa clase de mujeres que se las arregla a la perfección para fastidiar a todo el mundo con tan solo respirar.

—Prevenir es mejor que lamentar —sentenció Katherine.

Alice esbozó una sonrisa. Confiaba en esas damas, nada malo sucedería.

Sí, el próximo año iba a ser mejor.

Inspiró hondo y les dedicó una sonrisa de verdad, femenina y reluciente, la cual fue devuelta con naturalidad.

La duquesa desvió brevemente su mirada y un leve gesto pícaro se reveló en su expresión.

—Ah, lord Carmathen —saludó Augusta. Alice dio un leve respingo—. Tan apuesto y soltero, como siempre, querido —halagó.

Alice dio media vuelta.

Sí, la duquesa tenía toda la razón, tan apuesto como siempre. El joven barón, al encontrarse con su mirada, le dedicó una masculina sonrisa.

—Tan aduladora e intimidante, su excelencia —respondió lord Carmathen. Acto seguido, desvió sus ojos grises hacia los azules de Alice e hizo una leve reverencia sin dejar de mirarla—. Milady, esta noche usted se ve deslumbrante.

—Ahora es su turno de ser adulador, milord —replicó Alice, coqueta, haciendo una inclinación, mas en su aparente seguridad se infundió valor para poder decir—: Muchas gracias por las flores que me trajo ayer, fue un hermoso detalle.

Alice no podía soslayar el hecho de haber sido vista en una situación que no daba buena

impresión sobre su cordura. Ya debía estar aliviada por la sola presencia del barón en su fiesta y su caballeroso saludo. Él pudo haber tomado el camino fácil, al igual que el resto.

—Era lo mínimo que podía hacer, lady Alice. No es justo que su reputación sea manchada por un asunto tan escabroso —replicó, y una leve sonrisa adornó las facciones masculinas—. Pero las flores no son gratis y, a cambio de ello, quiero tentar mi suerte y reclamar un baile. Si es que tiene alguno disponible.

Alice, sin dilación, sacó su carnet de baile de su ridículo y procedió a anotar el nombre del barón.

—Será el primer cotillón —comentó Alice terminando de escribir—, ahora es el turno de lord Craven.

—Estupendo… —«Más que estupendo», pensó el barón. La fama de soltero empedernido del conde era garantía de no ser competencia directa por el corazón de lady Alice. Debía admitir que desde el concierto de pianoforte que ella brindó, supo que era la mujer de su vida. Lo sintió en sus huesos, en sus entrañas, más allá de toda prudencia y comprensión—. Si me disculpan, damas.

Las tres mujeres dieron una leve reverencia. El barón se apegaba a la etiqueta de no atosigar a la dama que pretendía.

A decir verdad, para Alice, lord Carmathen era el caballero más correcto; elogiaba con precisión, sus atenciones eran sobrias pero significativas, la contemplaba con interés, mas no al punto de incomodarla.

Y todavía no le dedicaba sonetos apasionados.

Su apoyo público era más valioso que mil vacuos versos.

Quería tener la posibilidad de conocerlo más.

Según la información que Nora manejaba, el barón tenía veinticuatro años, una considerable renta y su difunto padre fue un distinguido militar que logró un título por su impecable desempeño en el campo de batalla.

El joven no fue a la guerra, pues su padre consideró que debía quedar un hombre a la cabeza de la familia mientras él estaba defendiendo a Inglaterra.

El antiguo barón no volvió con vida, y lord Carmathen quedó con la responsabilidad de cuidar de tres hermanas y su madre, hacer prosperar el título y perpetuar un linaje.

Todo lo estaba llevando a cabo con precisión de reloj suizo.

A excepción del matrimonio, el joven estaba buscando esposa desde el año anterior.

Alice suspiró. Lord Carmathen no era como los demás, que parecían tener tanto mundo, tanta experiencia. Se veía más inocente, menos cínico.

En cierto modo, sentía que se parecían mucho.

De súbito, lord Craven apareció en su campo visual.

—Lady Alice, vengo a reclamar mi baile —dijo con tono respetuoso, ofreciendo su brazo.

—Será un placer, milord.

Alice miró de reojo hacia donde estaba lord Carmathen, justo en el instante que él la miraba. Ambos sonrieron.

Ya deseaba bailar con él.

Cinco horas después, el baile de presentación de lady Alice terminó sin mayores contratiempos. Eleonora y su joven cuñada pudieron sortear con entereza los problemas ocasionados por Millicent.

Eleonora no se separó del duque y su familia, e ignoró el tenso ambiente, alzando su mentón con gracia y dignidad, y nadie se atrevió a tocar el tema con ella o lanzar un artero

comentario cáustico. Si Millicent esperaba que escapara presa de la angustia y vergüenza, no lo consiguió.

Por el lado de lady Alice, tampoco hubo nada que lamentar, bailó toda la noche con los hombres más poderosos de la aristocracia, y repitió un baile con el joven Carmathen.

Para Pemberton, esa era suficiente señal del interés del barón. Cabía la posibilidad de que pronto pidiera su mano.

Sin embargo, había que ser cautelosos y esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Todos estaban a la expectativa, atentos.

*****

Al día siguiente de la presentación de lady Alice, Blake partió de viaje. Con la vista fija en el camino, montaba su caballo negro con una misión en mente. No le había especificado a Eleonora cuándo iría a Wickford, pero no pudo conciliar un sueño reparador. A última hora de la velada, Harrow había averiguado que las pesquisas del magistrado de Bow Street estaban rindiendo frutos.

Blake no podía quedarse a la espera.

Debía ir. Era urgente, lo presentía.

El tiempo era un bien escaso y valioso en ese momento, y no deseaba perderlo, debía proteger a Eleonora.

Wickford no estaba muy lejos de Londres. En dos horas de veloz trayecto, Blake ya estaba a la entrada de la finca de los condes de Gray. Era cerca del mediodía.

Antes de apearse, contempló las vastas tierras cubiertas de verdor. A la distancia se podía divisar a algunos hombres trabajando en las plantaciones. Era un hermoso lugar, parecía próspero.

El infierno de Eleonora.

A Blake se le encogió el estómago al imaginar la vida de su prometida dentro de las paredes de la magnífica casa de piedra blanca que tenía frente a él; simétrica, pulcra, enorme. Nada en ella podría indicar que en algún momento albergó a un monstruo en su interior. El lugar era idílico.

Ya podía imaginar la decepción de la joven Eleonora al comprender cómo era vivir con Gray.

El duque se deshizo de esos turbulentos sentimientos y por fin se apeó. Un mozo de cuadra fue a recibirlo para llevar al caballo a los establos.

Blake avanzó hasta llegar a la entrada de la casa, vaciló por unos breves segundos antes de tomar la aldaba y tocar la puerta. Sentía sobre él una carga, como si todo el sufrimiento de Eleonora lo empapara de golpe.

Lo recibió el ama de llaves, una mujer oronda de mediana edad y mirada transparente.

—Buenos días, señora. Soy Blake Basingstoke, duque de Pemberton —saludó ceremonioso, entregando su tarjeta a la mujer—. Quisiera saber si lord Gray está en casa y de no ser así, me gustaría pedirle un favor.

La mujer recibió la tarjeta con franca expresión de sorpresa, sabía quién era él, mas no se atrevió a hacer algún comentario impertinente. Las noticias de su enlace con la antigua señora de la casa habían llegado con celeridad, y fueron recibidas de buen grado por los empleados que fueron testigos de su vida en Loughty House.

—Veré si el amo lo puede atender, su excelencia —anunció la mujer—. Espere aquí, por

favor.

—Muchas gracias.

La mujer lo invitó a entrar al vestíbulo y lo dejó a solas.

Blake estudió el lugar. No había nada especial. Se preguntó cómo sería el nuevo conde de Gray, todavía podía recordar cómo era el anterior.

—Sígame, por favor —indicó el ama de llaves, saliendo de la nada.

La mujer lo guio por la casa. Blake podía percibir cómo el ambiente se llenaba de voces de niños a lo lejos, el murmullo del ajetreo doméstico, olor a comida…

Era un hogar.

Llegaron a una puerta, el ama de llaves dio un par de golpes y entró en cuanto se escuchó la venia del conde.

—Su excelencia, el duque de Pemberton —anunció la mujer.

—Gracias, señora Green —dijo lord Gray, al tiempo que se ponía de pie y le daba una inclinación, la cual fue respondida del mismo modo. Blake lo estudió, tenía un leve parecido al antiguo conde, pero sus rasgos eran más afables y su mirada, sincera. Ignorante de aquel escrutinio, el conde repuso—: Su excelencia, por favor, tome asiento, ¿desea acompañarme con un té?

Incluso su voz sonaba a la de un hombre de bien.

—Suena perfecto para mí —respondió el duque tomando asiento frente al conde.

Blake observó todo a su alrededor, discreto. La habitación tenía una decoración espartana, varios muebles parecían nuevos, lo que le confería al ambiente cierta ligereza.

El ama de llaves asintió y los dejó a solas para llevar a cabo la solicitud del conde, quien observaba al duque con interés.

—Y bien, su excelencia, ¿a qué le debo el honor de su visita? —interrogó Gray con curiosidad.

—Necesito llevar a cabo una misión que me ha encargado mi prometida, lady Gray.

—¿Aquí? —soltó con sorpresa.

—En el cementerio de la propiedad, para ser más preciso.

—Dudo que su misión sea presentarle sus respetos al antiguo conde —cuestionó con cierto tono de ironía. Y su curiosidad crecía a pasos agigantados. ¿Qué había en el cementerio familiar que fuera del interés de la condesa viuda?

—Siendo sincero, estoy buscando pruebas para la defensa de lady Gray. Estas se encuentran bajo la lápida de su hijo.

—¿Lady Gray tuvo un hijo? —preguntó muy extrañado.

—Nació muerto —explicó escueto.

—Ya veo. —El conde se reclinó en su asiento. El duque era directo con su inusual petición. Le simpatizó que no recurriera a absurdas argucias para realizar esa macabra tarea—. Usted no es el único que ha venido a buscar pruebas.

—¿Cómo?

—Hace un par de días tuve la visita del magistrado Bromley de Bow Street. Se reunió con el señor Denbow, el magistrado local, y organizaron una búsqueda de pruebas en las cercanías del lugar donde fue encontrado Richard. Según tengo entendido, encontraron la silla de montar del difunto con la cincha cortada y asumió que fue intencional.

—¿Usted vio la silla?

El conde negó con su cabeza.

—El magistrado se fue muy feliz y apresurado con su prueba. Solo sé que estaba en una

zanja, la misma donde encontraron a Richard, pero a media milla de distancia.

—¿Y no interrogó a la servidumbre?

—Sí, lo hizo, pero antes de haber encontrado la silla. Después de su hallazgo partió a Londres —informó tal como sucedieron los hechos. Incluso a él le pareció un comportamiento bastante negligente, pero quién era él para cuestionar.

Los dos hombres se quedaron en silencio, el cual fue oportunamente interrumpido por el ama de llaves, quien traía el té.

Sirvió con eficiencia a ambos caballeros. Sin embargo, antes de partir, la mujer no aguantó más las ganas y se atrevió a declarar:

—Por favor, su excelencia, ¿sería tan amable de enviarle mis más sinceras felicitaciones a lady Gray por sus próximas nupcias? Estaré orando para que su enlace sea lleno de felicidad y prosperidad.

Blake le brindó una leve sonrisa.

—Estaré encantado de darle su mensaje, señora Green. —El ama de llaves hizo una reverencia.

—Si no desean algo más, me retiro.

—Espere, por favor, señora Green —dijo Blake, reaccionando ante un pensamiento que le pareció una súbita epifanía—. Tengo una pregunta acerca de las circunstancias del fallecimiento del antiguo conde.

La mujer abrió los ojos con turbación y miró con discreción a su amo, quien le dio una tácita autorización para que hablara.

—Usted dirá, su excelencia.

—Mi prometida me contó los sucesos de esa noche, con todo el detalle que pudo proporcionarme. Y ahora me he enterado que más de un año después, hallaron la silla de montar del antiguo conde con un corte intencional en la cincha… Al día siguiente que partió el difunto conde, cuando volvió el caballo solo, ¿el animal estaba sin la silla?

—Eso es lo que me parece extraño, su excelencia —respondió la mujer. Lord Gray alzó sus cejas y se enderezó, atento—. El antiguo amo siempre se emborrachaba a niveles alarmantes. La verdad es que, cada vez que salía a cabalgar en ese estado, no era capaz de ensillar al caballo. Era tan irascible que llegaba a atemorizar al viejo Josh, nuestro difunto jefe de establos, por lo que él nunca se atrevía a asistirlo.

—¿Debo inferir que el antiguo conde cabalgaba a pelo cuando se emborrachaba?

—Siempre era así, su excelencia. Los veranos eran infernales en todo el sentido de la palabra.

—Entonces —intervino Gray—, ¿es posible que esa silla estuviera en los establos todo este tiempo?

—Supongo. Josh falleció un par de semanas después que el amo. Y nadie más se preocupó de esa montura. Ya sabe que las sillas son confeccionadas especialmente para cada jinete. Nadie más iba a usarla y menos aún si había pertenecido a él.

—Muchas gracias, señora Green, por su colaboración —dijo Blake con gratitud—. ¿Podría escribir una declaración contando estos hechos, por favor? Va a ser de mucha ayuda.

—Por supuesto —aceptó el ama de llaves, desconcertada—. Lo haré enseguida. ¿Necesitan algo más?

—Por mi parte no, gracias —respondió Blake.

—Puede retirarse, señora Green —añadió Gray.

Volvieron a quedar a solas. Gray bebió un sorbo de té, al igual que Pemberton.

—Creo que pronto habrá una acusación formal hacia mi prometida —comentó Blake, de súbito—. Con pruebas falsas.

—Es evidente que el magistrado Bromley está inclinado a cerrar el caso lo más pronto posible —apostilló Gray—. ¿Por qué? ¿Quién gana algo con esto?

—Su prima, Gray. Lady Watford —reveló—. Tiene una aversión enfermiza hacia mi prometida y, de paso, a lady Alice. Estoy seguro de que se las arregló, de algún modo u otro, para orquestar esto. Y si el instinto no me falla, Bromley ganará gran popularidad si resuelve un crimen que cause revuelo en la buena sociedad. Eso le ayudará a escalar posiciones. Lady Watford es una mujer muy astuta y manipuladora.

—Vaya. Nunca lo hubiera imaginado.

—Durante las últimas semanas que la he tratado, la creo capaz de todo.

Y Blake procedió a narrar cada uno de los incidentes con Millicent. Gray solo podía alzar las cejas, asombrado de tanta vileza en una sola persona.

Al terminar el relato y el contenido de las tazas de té, hubo un denso silencio.

Para Gray era difícil asimilar tanta información, de la cual él solo manejaba una mínima parte, pues se había trasladado con toda su familia al campo para intentar resolver el desastre económico del condado.

—Fue un error dejar que lady Gray y Alice se fueran con ella —sentenció Gray, consternado—. Antes de la muerte de Richard, nunca imaginé que podría heredar el título, y menos en las condiciones que me fue legado lo que quedaba de él. Era una situación difícil: tierras empobrecidas, arrendatarios enojados, las arcas vacías, deudas exorbitantes y una familia numerosa a la cual mantener; perdí a mi esposa hace un par de años. Pero ni siquiera en este momento, puedo darle lo que le corresponde a ella como condesa viuda y eso me avergüenza. Quizás en dos o tres años, cuando esto vuelva a ser lo que fue…

—Pierda cuidado, Gray —desestimó—, y le agradezco sus buenas intenciones. Sin embargo, Eleonora está conmigo ahora… Nos casaremos dentro de pocos días.

La sonrisa que se dibujó en el rostro de Gray fue de franca alegría.

—Así supe… bueno, mi ama de llaves ya se adelantó con las felicitaciones. La servidumbre le tenía mucho cariño a lady Gray…

—Ella es una mujer que irradia amor y bondad —aseveró Blake—. No merece ser acusada de un crimen que no cometió.

—Tiene toda la razón, excelencia. Y, por favor, siéntase en libertad de ir al cementerio y a donde usted estime conveniente.

—Muchas gracias. Solo voy a necesitar un favor más.

—Será un placer. Dígame ¿qué necesita?

—Una pala.

La cara de Gray palideció. Había olvidado que el duque iba a profanar una tumba.

Que Dios lo perdonara.

Capítulo XIX

La capilla de la propiedad estaba a media milla de la casa. Blake, con pala en mano, siguió las sencillas indicaciones del conde y no tardó en encontrarla.

La primavera estaba en todo su esplendor, flores silvestres por doquier, árboles que ya estaban colmados de follaje y un sol que se velaba cada tanto, gracias a nubes errantes arrastradas por el viento, las cuales moteaban los campos de luz y sombra.

Blake entró al cementerio y buscó el árbol más grande. Caminó hacia él dando grandes zancadas y se detuvo frente a una sencilla y pequeña lápida de arenisca que decía:

Paul
1812
Mi ilusión y mi dolor.
Mamá siempre te amará.

Blake enterró la pala a un lado, se arrodilló frente a la tumba y oró por el descanso eterno del bebé que apenas conoció la vida en el vientre materno. No pudo contener las lágrimas. Él nunca había sido padre y tampoco lo iba a ser, pero, por algún motivo, sintió como propia la pérdida de Eleonora.

Antes de empezar a buscar una esposa, siempre tuvo miedo al peligro que corría la mujer por traer vida. Tener en la consciencia la posible muerte…

Amar y perder.

El lado práctico y egoísta le decía que era mejor para su alma que Eleonora no pudiera tener hijos.

Pero ella sí quería, incluso en el pasado, cuando dormía con el enemigo. Un hijo la iba a salvar de no seguir siendo visitada por su esposo. Iba a poder amar y ser amada de un modo incondicional y eterno.

Tener un aliciente en esa vida maldita.

Para Blake, ver esa lápida hizo real el adiós a la ilusión de Eleonora, y también se dio cuenta de que también él quería ser padre y que, muy en el fondo, estaba el deseo de tener un hijo con el amor de su vida.

Acunar entre sus brazos el fruto de su amor con su esposa.

No iba a ser posible.

Lloró en silencio por Eleonora, porque solo deseaba verla feliz y ese siempre sería su dolor, el cual era compartido.

Inspiró hondo. Se secó las lágrimas con el dorso de su mano.

Quizás, con el tiempo, la resignación llegaría. Tal vez si el instinto y la necesidad era más grande, acogerían algún bebé o un niño y lo amarían como propio.

Contempló la lápida con profundo respeto.

—Perdón por perturbar tu eterno sueño, pequeño Paul. Tardaré lo menos posible —murmuró, solemne—. Tu madre te confió su más grande secreto y ahora corre peligro. Intercede por ella ante el Padre Celestial.

Se puso de pie, tomó la pala y la enterró lo suficiente para hacer palanca y levantar la lápida. Con cuidado la movió y procedió a cavar en la tierra húmeda y apretada.

No tuvo que profundizar demasiado. Tan solo un par de pulgadas fueron suficientes para que la pala topara con algo duro. Siguió cavando y, después de remover lo suficiente, prosiguió su labor escarbando con las manos. En cuestión de veinte minutos, ya estaba al descubierto un

cofre de madera.

No había candado ni cerradura que asegurase la tapa, por lo que solo lo abrió.

Había arena en su interior. Estaba seca. Blake infirió que fue para proteger el contenido de la humedad. Escarbó un poco y encontró una bolsa de tela, cuya forma delataba lo que escondía.

Blake frunció el ceño, pesaba bastante. Domando su curiosidad, corroboró que no hubiera nada más dentro del cofre. Una vez satisfecho, lo volvió a enterrar para que todo quedara tal como estaba.

Acomodó la lápida y murmuró un sentido agradecimiento al cielo, junto con la promesa de volver pronto para trasladar al pequeño Paul al cementerio de los Pemberton en Harlow, para que Eleonora pudiera visitarlo cada vez que quisiera.

Suspiró. Solo en ese momento se permitió abrir la bolsa.

Tal como había supuesto, eran cartas, muchas cartas.

Por fin iba a saciar su curiosidad. Leyó una al azar.

Cinco minutos después, Blake estaba pálido. Como acto reflejo, se había llevado la mano a la boca, sin poder creer lo que acababa de leer. Estaba total y absolutamente perplejo.

Todas las piezas encajaron.

—Jesucristo… No puede ser…

Todas las palabras de Eleonora cobraron sentido en ese momento. Cada frase incompleta, cada silencio, cada mirada, cada lágrima, cada suspiro. Todo, todo tenía una razón de ser.

Esas cartas iban a destruir vidas.

Y si no las exponían iba a destruir la de él, la de Eleonora, incluso la de Alice.

El instinto y el impacto de lo descubierto le urgían volver a Londres.

«No, aún no. Ata todos los cabos, Pemberton», pensó.

Primero debía hablar con el magistrado de Wickford.

No debía dejar nada al azar.

****

Millicent bebía té en la privacidad que le otorgaba su habitación. Estaba cansada y no pretendía salir en todo el día. El baile había sido todo un éxito; recibió elogios por la exquisita cena, por las piezas musicales escogidas, por la decoración, por el vino y champaña de tan buena calidad y, por supuesto, por su entereza de tolerar a la asesina de su hermano en su propia casa, sin montar un escándalo de proporciones.

Nadie tenía pruebas, pero tampoco había dudas.

La reputación de esa mojigata pronto se iría a pique, ni siquiera Pemberton iba a ser capaz de protegerla.

Horas antes del inicio del baile, recibió una nota del señor Bromley, en la cual le comunicaba que había tenido éxito en encontrar pruebas sólidas e incriminatorias, y se quejó por la ineptitud del magistrado de Wickford.

Millicent sonrió al recordar cómo llevó a cabo su plan, el cual era perfecto en su simpleza y efectivo en su ejecución.

Convencer al magistrado de Bow Street fue fácil. Entre lágrimas, ella dio su sentido testimonio y el motivo de sus dudas. Los hombres eran tan elementales y torpes; no sabían cómo gestionar el llanto de una mujer sedienta de justicia. Bromley se mantuvo en silencio hasta que ella finalizó, y no tuvo más remedio que prometer que haría todo al alcance de su mano.

Y, al fin, Bromley había encontrado una prueba. Fue fácil; solo bastó pagarle a la persona

adecuada para que tomara el objeto olvidado y lo dejara en un lugar específico.

Solo quedaba situar a la sospechosa en la escena del crimen… o intentando cometer otro.

Eso era más fácil todavía. Ya estaba en ello. Es más, en cualquier momento alguien golpearía su puerta y…

Toc, toc, toc…

Millicent dio una risita maliciosa. Faltaba poco para destruir a esa infeliz.

—Pase —autorizó, y bebió un sorbo de su té para poder concentrarse en interpretar su papel.

—Milady. —Era la voz de Wilkins. Pronto, ante su mirada, se presentaba el mayordomo, pero no estaba solo. Lo acompañaba una de las sirvientas que se ocupaban de asear las habitaciones—. Disculpe la interrupción.

—No se preocupe, Wilkins —objetó Millicent, destilando amabilidad—. ¿Qué sucede?

—Lisa ha encontrado una botella sospechosa entre las pertenencias invernales de lady Gray, las cuales estamos empacando para enviar a Pemberton House.

—¿Sospechosa? —repuso, alzando sus cejas con premeditada sorpresa—. ¿Por qué una botella puede ser sospechosa?

El mayordomo instó a Lisa a que explicara.

—El olor a ajo que desprende, milady —respondió la muchacha con los nervios a flor de piel—. El olor del arsénico blanco es inconfundible.

—¿Arsénico? ¿Estás segura? —Lisa asintió y Millicent fingió consternación, mas de súbito, se llevó las manos al vientre, haciendo una convincente actuación de dolor. Lo estaba haciendo desde hacía semanas frente a la servidumbre. Inspiró hondo y sonrió, desestimó el evidente dolor y repuso—: Eso es muy peligroso, ¿por qué lady Gray tendría eso entre sus cosas? Supongo que lo estará usando como veneno para ratas.

—De eso nos ocupamos nosotros, milady —intervino Wilkins—. Esa plaga está controlada en Eden Hall.

—Muy bien… ¿Tienen aquí la botella? —indagó, inocente.

—Por supuesto, milady. —Wilkins, solícito, entregó el mortal objeto.

—Gracias, le preguntaré a lady Gray. Debe haber una explicación plausible que lo justifique… A todo esto, ¿saben dónde está ella y lady Alice?

—Salieron al mediodía a la residencia del duque de Pemberton, por ese mismo motivo aprovechamos de seguir con la tarea de empacar —informó el mayordomo.

Millicent asintió, regia y serena.

—Muchas gracias, Wilkins, Lisa.

—Un placer, milady —replicaron al unísono.

El mayordomo y la sirvienta salieron de la estancia.

Millicent, al verse a solas, ahogó una risita. ¡Perfecto!

Se aclaró la garganta, no debía perder la inspiración.

Se levantó y tocó la campanilla para llamar a su doncella. Era hora de hacer su representación frente a Bromley.

¡Oh, tenía a una asesina en casa! ¡Ya había matado a Richard! ¡Ahora venía por ella! ¡La estaba envenenando!

*****

La reunión que Blake sostuvo con el señor Denbow, magistrado de Wickford, fue larga y

fructífera. El hombre de rostro bondadoso y cabello canoso aparentaba estar cerca de los sesenta años, y conocía a la familia Loughty desde la tierna infancia del padre del difunto conde de Gray.

Denbow lo recibió en su despacho y, disfrutando una anticipada y contundente hora del té, le detalló los fatídicos hechos ocurridos tanto el año anterior, como los más recientes, respecto a la muerte de Richard.

—Todos en el pueblo intuíamos que algo así pasaría —sentenció el magistrado—. Era un secreto a voces que Richard había heredado el mal carácter de su padre y otras deleznables costumbres… si usted me entiende.

—¿Se refiere a cómo trataba a su esposa? —indagó Blake.

El magistrado dio un leve asentimiento en silencio.

—Los rumores que todo el mundo divulgaba decían que era brutal. Pero nadie puede meterse en la intimidad de una pareja —justificó—. A menos que la esposa alce la voz o pida ayuda…

«Como si eso fuera tan fácil», pensó Blake con acritud.

—La antigua condesa, la madre de Richard —continuó—, me dejó una terrible carta suicida, la cual me llegó un par de días después de su deceso. Pobre mujer, no lo soportó; su esposo, aparte de las palizas, la había contagiado de sífilis y no quiso vivir la agonía… Quizá solo buscaba un motivo poderoso por el cual morir. Y su hijo fue cortado por la misma tijera. Salvo que dejaba en paz a su esposa durante la temporada. Tal vez por eso a lady Gray se le veía más estoica. Es curioso que padre e hijo murieran del mismo modo, rompiéndose el cuello.

—¿Usted qué piensa de la prueba que encontraron en la zanja? —preguntó el duque. Si bien el magistrado había narrado hechos, no le había dado una opinión personal.

—Me sorprendió en una primera instancia —admitió el hombre—. Nosotros revisamos el área cuando encontraron a Richard, pero no hubo nada que indicara un homicidio. Sin embargo… —Dejó la frase en el aire, pensativo.

—Sin embargo… —animó Blake.

El señor Denbow, lo miró subrepticio y se reclinó en el respaldo de su silla.

—Solo me parece extraño que nadie haya visto esa silla de montar antes, ¿nadie?, ¿durante un año y tres meses? —repuso, abstraído, mirando un punto fijo del papel mural—. Lo creo si se tratara de algo pequeño, o que estuviera enterrado o hundido. Pero estaba en una zanja, prácticamente a vista y paciencia de quien pasara por ahí. Es como si Bromley hubiera recibido instrucciones de dónde buscar. No tardó ni dos horas en encontrar la prueba. —Parpadeó y sonrió saliendo de sus cavilaciones—. No me tome en cuenta, son mis celos profesionales los que hablan.

—Nunca hay que menospreciarlos, señor Denbow —replicó el duque—. Bien, creo que eso es todo. Le agradezco mucho su amabilidad e información, ha sido de mucha ayuda para defender a mi prometida.

—Espero que tenga suerte. Y que, de verdad, no llegue a mayores. Si le soy franco, no creo que lady Gray haya sido capaz de hacer eso. Richard no era un santo, y no me extrañaría que, durante los últimos años de su vida, tuviera más de un enemigo.

—Eso no lo dudo. —Blake se levantó de su asiento. Estaba cansado. Miró por la ventana, la tarde ya estaba muriendo. Le extendió la mano al magistrado—. Muchas gracias por su colaboración.

—Ha sido un placer, su excelencia —replicó, levantándose y respondiendo el gesto del duque—. Suerte, y que el Todopoderoso esté de su lado.

Blake asintió y se retiró.

Debía volver a hacer una última parada a Loughty House, y luego, regresar a Londres.

Capítulo XX

Eleonora y Alice entraron tomadas del brazo en Eden Hall. Ya era de noche, sin embargo, ambas lucían una sonrisa radiante, que podía iluminar tanto como el astro rey. Si bien durmieron poco a causa del baile de la noche anterior, los satisfactorios avances de los preparativos de la boda las había dejado exhaustas pero felices.

Lo único que lamentó Eleonora fue no ver a Blake. Augusta le había comentado que el duque salió temprano, mas no informó su destino.

Un defecto propio de los caballeros, de salir asumiendo que las damas de su familia son adivinas.

Eleonora tenía casi la certeza de que Blake estaba en Wickford. Ella no le pidió que buscara las pruebas de inmediato, pero conociéndolo, era probable que para él fuera un asunto impostergable.

Era bonito ser la prioridad de alguien.

Elevó una breve plegaria, esperaba no tener que recurrir a esas cartas.

—Bienvenidas a casa —saludó el mayordomo, impertérrito, recibiendo guantes, ridículos y bonetes de las damas, para ponerlos en el perchero.

—Muchas gracias, Wilkins —respondieron Eleonora y Alice al mismo tiempo.

—Lady Gray, lady Watford la espera en el salón de estar —anunció Wilkins.

Alice frunció el ceño, muy extrañada. No obstante, Eleonora sintió un ominoso escalofrío que le recorrió toda la columna vertebral.

—Iré en seguida, gracias Wilkins —respondió serena.

Eleonora envaró su postura y se dirigió al salón de estar. Alice la acompañó y caminaron en silencio. Al llegar a la puerta, Eleonora hizo el ademán de separarse de Alice, pero ella se aferró con fuerza.

—Entraré contigo —sentenció Alice con vehemencia—. Tengo un mal presentimiento… uno muy malo.

—No —rechazó Eleonora—. Mantente al margen de lo que vaya a suceder. Te necesito afuera.

—¿Por qué me alejas? —espetó Alice, dolida, interpretando mal la situación.

Eleonora abrazó a su querida cuñada y dijo:

—Eres la única que puede mandar un mensaje a Pemberton House. Quédate afuera escuchando y si sientes que todo empeora, ve a buscar a Blake. Si es preciso, nos marchamos esta noche de esta casa.

Ambas mujeres se separaron y se miraron con profundo afecto.

—Haré lo que me pidas —accedió Alice, decidida. Entendía que mantenerse al margen era fundamental.

—Gracias, querida… —Vaciló por un segundo, mas ya no había tiempo, la volvió a abrazar y rogó a su oído—: Alice, no importa lo que escuches, ignora lo terrible que pueda ser la verdad. Confía en mí y en el amor que te tengo, eres como una hija, eres lo más importante.

Alice abrió sus ojos con estupefacción, sorpresa y curiosidad. Se separó tan solo un poco de Eleonora y la miró a los ojos. Solo vio determinación.

—Confío en ti —afirmó la joven, retrocediendo unos pasos para alejarse de la puerta. De ese modo, quienes estuvieran al interior de la estancia, verían que Eleonora se encontraba sola.

Eleonora le dedicó una débil sonrisa. Inspiró hondo y golpeó la puerta.

Se escuchó la voz de lord Watford que daba su venia.

Eleonora giró el pomo y entró.

En la iluminada estancia se encontró con los rostros serios de lord Watford, Millicent, y un hombre que no conocía.

Todos la miraban de un modo que a ella no le gustó.

Eleonora tragó saliva, se acercó y dio una reverencia. Solo obtuvo como respuesta un asentimiento por parte de lord Watford, quien era la única persona que estaba de pie en la estancia.

—Buenas noches. Wilkins me dijo que requerían de mi presencia —dijo Eleonora, procurando que su tono de voz sonara seguro.

—Así es —respondió lord Watford—. Lady Gray, le presento al señor Charles Bromley, magistrado de Bow Street, quien necesita que le responda unas preguntas.

—Por supuesto. —Eleonora miró al magistrado.

Así que ese era el famoso señor Bromley. El sujeto no le quitaba los ojos de encima, los cuales eran dos esmeraldas frías y evidenciaba sus ansias de terminar pronto con la situación. Era un hombre medianamente joven, de unos treinta y cinco años tal vez.

—Tome asiento, lady Gray —invitó lord Watford.

Eleonora se situó en una poltrona que estaba frente al señor Bromley y Millicent, quien tenía postura contrita.

Se cernió un denso silencio en la estancia. Eleonora podía escuchar hasta el tictac del reloj que se encontraba afuera en el vestíbulo.

—Lady Gray —llamó el señor Bromley, a Eleonora le pareció que el tono ya era acusatorio—, ¿podría relatarnos los hechos ocurridos la noche que falleció su esposo?

—Según los rumores que han llegado hasta mí, usted ya conoce mi versión de los hechos —replicó Eleonora, sintiendo una súbita necesidad de hacer tiempo.

—De todas formas, quisiera escucharla de su boca, con sus palabras —insistió el magistrado.

—Muy bien, señor —aceptó—. Sin embargo, me gustaría poner en contexto algunos hechos previos al día del deceso de Gray —solicitó.

—Muy bien, sea breve por favor.

—Lo seré, solo mencionaré lo más relevante.

Y dicho esto, Eleonora relató *grosso modo* su infernal vida con el conde. El rostro de lord Watford se desencajó ante la descarnada verdad, Millicent era indiferente y el magistrado trataba de mantener una expresión neutral.

Cuando narró sobre su embarazo y lo que causó su pérdida, Millicent explotó.

—¡Eso es mentira! Mi hermano jamás dijo que concibió un hijo contigo. ¡Me lo habría dicho!

—Pues puedes preguntárselo al señor Weston, el doctor que me atendió, o puedes visitar el cementerio de Loughty House, ahí está enterrado mi pequeño. ¡Tu hermano me dejó estéril a base de golpes! —declaró elevando el tono de voz. Se secó rápido un par de lágrimas que cayeron sin querer—. El señor Bromley puede enviar a alguien para que corrobore mis dichos.

Millicent no pudo refutar…

Eleonora inspiró profundo y prosiguió, hasta narrar la noche en que falleció su esposo. Su relato no varió del que le dio a Blake días atrás.

—Tal vez mi único crimen fue ser una esposa negligente a la hora de buscar a mi esposo —finalizó Eleonora—. Como comprenderá, no verlo fue un verdadero alivio para todos los que vivíamos con él.

—Y esa misma negligencia la acusa como homicida —sentenció Bromley—. Hemos encontrado la silla de montar de su difunto esposo, a media milla del lugar de su caída. Curiosamente, su cincha evidencia que fue intervenida de tal modo que se cortara en cuanto el jinete iniciara el galope.

Eleonora frunció el ceño.

—Déjeme ver si entendí, ¿me está acusando de asesinar a Gray porque encontró su silla de montar? —cuestionó enfadada, era inaudito—. ¿No pudo haber sido otra persona, acaso?

—Como puede apreciar, usted tenía motivos poderosos para hacerlo —argumentó con astucia el magistrado—. Y no solo eso, es de conocimiento general que usted tiene una muy mala relación con su cuñada. Me llama la atención que la salud de lady Watford ha estado resentida el último tiempo. Los doctores no saben a qué se debe, pero el día de hoy encontraron un sospechoso frasco con arsénico blanco entre sus pertenencias.

—¿¡Qué!? —El rostro de Eleonora se transformó por la incredulidad.

—Una de las sirvientas encontró la prueba que la acusa. Y los síntomas de la rara enfermedad de lady Watford coinciden con los de un envenenamiento constante pero letal. Consulté a un doctor y corroboró mi hipótesis.

—¿Y cómo podría envenenarla? Yo no le cocino ni le sirvo nada de comer a esta mujer —rebatió, perdiendo los estribos. Era una trampa, y todo apuntaba a ella.

—No lo sé, dígamelo usted —replicó el magistrado con cierto tinte de ironía en su voz.

—Yo le diré. Todo esto es obra de Millicent; perfectamente pudo mandar a un lacayo a tomar la montura de Gray, cortarla y dejarla por ahí —conjeturó—. También pudo poner el frasco de arsénico entre mis pertenencias. Estoy todo el día fuera de casa junto con lady Alice. Dígame, ¿en qué momento del día la puedo envenenar?

—¿Y con qué pretexto lady Watford va a acusarla de algo tan grave? —insistió Bromley—. ¿Cómo se va a atrever a exponerse al escándalo sin pruebas suficientes?

—Ella me odia —aseveró Eleonora.

—Vamos, lady Gray, puede dar una explicación mejor que esa —presionó Bromley, burlón.

—¡Me odia! —insistió, llenó de aire sus pulmones, iba a decir la verdad. Al fin. Miró a lord Watford y susurró—: Perdóneme, milord, se lo suplico. —Acto seguido, su atención se centró en los ojos de su cuñada—. Millicent me odia con su alma, porque me casé con el amor de su vida. Ella estaba enamorada de su hermano. ¡Eran amantes!

Silencio…

*****

Alice ahogó un grito y se tapó la boca al escuchar la confesión de Eleonora tras la puerta.

—No puede ser —susurró, horrorizada—. Dios santo…

Y, por más espantosa y morbosa que fuera la defensa de Eleonora, de pronto, tenía todo el sentido del mundo.

Recuerdos enterrados en lo más oscuro y profundo de su memoria surgieron como una avalancha; las veces que los sorprendió besándose en la biblioteca; Richard saliendo de la habitación de Millicent en medio de la noche; el escándalo que montó su hermana cuando él decidió que era hora de buscar una esposa; el inexorable cambio en ellos cuando cada uno hicieron sus vidas apartes, la ira y crueldad exacerbada en uno, la amargura en la otra.

Era un amor imposible, con todas sus letras.

Imposible, enfermo y retorcido.

—¡Es mentira, furcia! —Escuchó Alice la voz rota de Millicent desde el otro lado de la puerta—. ¡Así es cómo agradeces mi caridad! ¡Maldita mojigata!

Alice dio un respingo y se alejó de la puerta. De todas formas, podía escuchar los gritos a la perfección.

—¡Millicent! —Trató de calmar Watford.

—¡Arréstela, Bromley! ¡Mire hasta dónde puede llegar esta mujer! —exclamó Millicent—. ¡Me ha estado envenenando, mató a mi hermano, ahora inventa que estuve enamorada de él! ¡Esto es una asquerosa aberración!

—Lo siento, lady Gray —sentenció Bromley.

Alice no siguió escuchando, debía alertar a Pemberton. ¡Se iban a llevar a Eleonora a prisión!

Alzó sus faldas y empezó a correr. Rauda, atravesó el vestíbulo para salir y pedir un coche de alquiler, ignoró al mayordomo que intentaba detenerla y, al abrir la puerta, casi chocó con el duque.

¡Dios bendito! Fue como si lo hubiera llamado con el pensamiento. Ahí estaba…

—¡Blake! —exclamó, perdiendo la compostura y la formalidad, lo tomó de la mano—. No hay tiempo que perder, están arrestando a Eleonora. Rápido, en el salón.

—¡Demonios! —maldijo el duque entre dientes. En tan solo un par de pasos ya había adelantado a Alice, y casi la llevaba a rastras.

Al llegar, abrió la puerta como si fuera un toro a punto de embestir.

Se encontró con Eleonora siendo esposada, su expresión era serena, estoica, pero jamás sumisa. Al cruzar sus miradas vio la esperanza y el alivio en ella.

Con tan solo un gesto él le preguntó si estaba bien, y a ella solo le bastó con parpadear y asentir. Acto seguido, Blake miró a Millicent, a Watford, y luego al magistrado.

—Todo lo que haya dicho lady Watford es falso —declaró Blake. Alice estaba detrás de él, aterida, dentro de aquella estancia se sentía como estar inmersa en una pesadilla.

—Eso lo veremos en el juicio —señaló Bromley con suficiencia.

—Tengo el testimonio escrito del ama de llaves que señala que Gray no usaba silla de montar cuando se emborrachaba. Esa silla estuvo en los establos de Loughty House todo este tiempo. ¿No me diga que le hizo caso a la acertada intuición femenina de lady Watford? Si sigue adelante con esto, solo me quedará rebatir cada prueba en el juicio, y créame que quedará en ridículo por llevar a cabo un litigio con pruebas circunstanciales.

—Usted no se meta en esto, su excelencia —exigió Millicent—. Nora ha estado envenenándome.

—¿En serio? Pues yo creo que usted es capaz de inventar pruebas para perjudicar a mi prometida.

—Al contrario. Esta mujer me odia al punto…

—No siga, lady Watford —interrumpió Blake, severo

—O qué, su excelencia. No me venga a amenazar. ¡Watford, di algo! —exigió.

El conde sentía los pensamientos entumecidos, apenas podía unir una idea con otra.

—Pemberton… —logró balbucear.

—Lo lamento, Watford —interrumpió—. La condesa no nos deja más alternativa. —Blake alzó la pesada bolsa que dilapidaría a Millicent—. La correspondencia de lord Gray. Watford, por favor, ¿sería tan amable de comprobar si la caligrafía de las cartas pertenece a su esposa? —solicitó haciendo acopio de toda la sangre fría que tenía, porque en ese momento solo deseaba

abofetear a lady Arpía.

—¡No lo hagas, Watford! ¡Te lo prohíbo! —prorrumpió Millicent, desesperada. Trató de aferrarse al brazo de su esposo, quien la evadió y le propinó una mirada adusta—. Son falsas, el duque y esa furcia están coludidos.

Watford la ignoró, abrió la bolsa y sacó una misiva al azar. Le bastó solo con leer el encabezado, la letra era inconfundible y, en efecto, le pertenecía a su esposa. Sin embargo, la fecha le llamó la atención, coincidía con los días posteriores al nacimiento de su hijo que vivió tan solo unas horas. Esas jornadas de luto fueron terribles y se quedaron en su memoria para siempre.

No pudo dejar de leer.

La tez del conde empezó a enrojecer, intentando contener la ira. Se sentía tan estúpido, tan insultado, tan poca cosa. El hazmerreír de todo el mundo.

Destruido, con el alma hecha pedazos porque, en el fondo, quería a su esposa y luchaba cada día por honrar su matrimonio.

La carta temblaba en su mano.

La estancia, de súbito se sumió en un lóbrego silencio. Millicent no se atrevió a emitir ni una sola palabra. Casi no respiraba.

Estaba perdida. Esa furcia infeliz decía la verdad, sí tenía pruebas.

—Ese niño, por el cual he sufrido todo este tiempo, ¿no era mío? —interpeló Watford con voz acerada. Millicent no respondió—. ¡Contesta, mujer! ¡Dilo!

Millicent miraba hacia el magistrado que ya no sabía qué hacer; luego hacia Blake, quien solo contemplaba a Nora, la cual le devolvía el gesto. De pronto su atención fue a Alice.

Ella solo tenía la vista perdida en las cartas.

—¡Admítelo! —bramó Watford—. ¡En esta maldita carta le informas a tu amante que el hijo que esperaban nació muerto! ¡Ahora lo entiendo todo, maldita sea! —Miró a Eleonora—. ¿Y usted lo sabía todo?

—El día que falleció Gray lo entendí. Cuando entré en su despacho y vi esa misma carta que leyó, tirada en el suelo. El resto de la correspondencia quedó al descubierto cuando la servidumbre retiró el mobiliario que él destruyó en su arranque de ira y tristeza.

»Las leí todas y las escondí. —Miró al conde—. Ese secreto no era mío, ¿cómo podía divulgar semejante atrocidad? Creí que todo había acabado con la muerte de Richard; soportar los golpes, la humillación, los engaños… Pero no contaba con el odio desmedido de Millicent... Y llegamos a este punto. Perdóneme, milord, por haberle hecho este daño. No sé qué fue peor, ocultarlo o revelarlo.

—No sé y ya no importa —desestimó Watford con amargura. Su atención se fue hacia el magistrado—. Quítele las esposas a lady Gray, se lo exijo.

Bromley estaba estupefacto.

—¡Ahora! ¡No sea estúpido! ¡Le va a creer a esta mujer que se revolcaba con su propio hermano!

El hombre, nervioso, procedió a obedecer.

—¡No! ¡Noooooooo! —rugió Millicent hasta desgañitarse. Watford la retuvo al ver que avanzó un paso.

Millicent observaba encolerizada cómo el magistrado introducía la llave en el cerrojo.

Lo había perdido todo, todo, todo… incluso la cordura.

Se soltó del agarre de su esposo. Rauda, intentó impedir que liberaran a Eleonora, pero fue inútil, ya era un hecho. Empujó a Bromley y se lanzó sobre su presa como una salvaje,

tumbándola en el suelo.

Todo sucedió demasiado rápido.

Eleonora intentaba defenderse sujetando las muñecas de Millicent, quien tenía por objetivo ahorcarla. Su cuñada estaba montada sobre ella, bufando, ejerciendo una fuerza sobrehumana. Blake, sin dilación, optó por tomar a la desequilibrada mujer por la cintura y apartarla de su prometida.

—¡Eres una maldita, no tenías derecho a ser su esposa! ¡Richard era mío! ¡Siempre lo fue! ¡Nunca dejó de amarme! —gritaba desgañitándose la garganta, al tiempo que forcejeaba contra el agarre de Blake—. ¡Suéltame, malnacido! ¡No me toques! —Siguió forcejando y vomitaba su ira y resollaba como posesa—. ¡Le asqueaba estar dentro tuyo, fulana malnacida! ¡Jamás le diste el placer que yo sí le daba! ¡Le di mi cuerpo y mi alma! ¡No eras más que una excusa para tener un heredero! ¡Y ni siquiera para eso serviste, inútil! ¡Perra seca!... ¡Suéltame, bastardo infeliz! ¡Suéltame!

Sin embargo, la lucha de Millicent era infructuosa. La fuerza de Blake era superior y, harto de mantenerla alejada de su prometida, le endosó la responsabilidad a Watford, quien tenía sentimientos encontrados; no quería verla, escucharla o tocarla; pero, a la vez, sentía una suerte de lástima, por él mismo, por esa mujer que nunca estuvo en sus cabales. Tantos años perdidos.

Millicent, en cuanto sintió las manos de Watford, se retorció y se zafó. Lo miró con desprecio y escupió:

—Nunca fuiste el primero. Siempre me diste asco y Richard siempre se ocupaba de quitarme tu hedor. ¡Cada hijo que concebí fue de él! ¡Te odio y te maldigo, cerdo infeliz! ¡Jamás fuiste competencia para Richard, él sí me daba placer! ¡Fue el único que me amó!

Watford apretó las mandíbulas y los puños. Esa mujer no se cansaba de herirlo.

Todo era inútil. Ya no tenía nada más que perder.

Tomó a su esposa por la cintura y se dirigió a la salida de la estancia, sin importarle cuánto forcejeara, maldijera, gritara o se magullara en el proceso. La iba a encerrar en su habitación.

Después vería qué hacer. Solo deseaba dejar de escuchar sus gritos.

Era un espectáculo dantesco de presenciar; ella, luchando por imponer su voluntad, se aferró al vano de la puerta con una fuerza descomunal. La locura le había conferido a Millicent un estremecedor poder.

Le propinó a Watford un golpe en la entrepierna, lo que le obligó a soltarla por el agudo dolor. Enceguecida, Millicent volvió a la estancia, directo a la chimenea, evadiendo a Blake y a Bromley. Tomó uno de los atizadores y lo blandió como arma ante cualquiera que se acercara.

—¡No me toquen! —exclamó. Blake avanzó un paso, y ella lanzó una estocada que casi lo alcanzó.

Millicent comenzó a moverse con lentitud, manteniendo una distancia más que prudente y esgrimiendo el atizador en el aire.

—¡Wilkins! —llamó, enajenada—. ¡Sé que estás espiando, viejo cotilla! ¡El carruaje, ahora! —ordenó. Tenía que salir de ahí, no importaba dónde. Tenía que escapar.

—S-sí, milady. —Se escuchó la voz del mayordomo.

—No sacarás nada con huir —advirtió Eleonora, con pasmosa tranquilidad.

—¡No me hables, furcia barata! —rechazó y volvió a blandir el atizador, alejándose hacia la salida.

Millicent empezó a traspasar el umbral con su arma improvisada, sin dejar de amenazar ni darle la espalda a los demás.

Pero se había olvidado de uno.

Millicent se dio cuenta de su error en cuanto sintió la mano de Watford apresando su tobillo, haciéndole trastrabillar.

En el vestíbulo se hizo el eco de un chillido agudo y el ruido metálico del atizador al estrellarse contra el suelo. Casi al mismo tiempo, todos dieron un respingo cuando reverberó el sonido de un golpe seco, ominoso y grave, el cual señalaba la impía caída y el consecuente azote de la cabeza contra el mármol.

Tic, tac, tic, tac, tic, tac… Era lo único que se escuchaba en la lejanía.

Millicent no se movía, no se quejaba.

Watford se incorporó con dificultad, quedando de rodillas, adolorido. No se atrevió a mirar a su esposa, entornó sus ojos esperando a escuchar cualquier sonido, mas este nunca llegó.

Abrió los ojos, se obligó a observarla. Tenía que hacerlo.

Los ojos azules miraban, extraviados, la nada.

Un charco de sangre espesa se expandía sobre el frío mármol, manchando los rubios cabellos de Millicent.

Watford no logró mover un músculo, no sabía qué hacer. A duras penas atinó a apoyarse en la pared y terminó sentado en el suelo, afirmándose la cabeza.

Bromley fue el único que se movió. Se acercó al cuerpo y comprobó sus signos vitales.

No respiraba, el corazón no latía.

—C-creo que está muerta —murmuró el magistrado, sin poder creer cómo se había torcido todo—. Llamaré a un doctor.

Dado que era el magistrado y había sido manipulado por lady Watford, sintió que lo mínimo que podía hacer era hacerse cargo de todo.

Blake estaba atónito, lo único que sabía era que Alice y Eleonora estaban aferradas a él, y él las tenía abrazadas con fuerza.

Eleonora cerró los ojos y se escondió en el pecho de Blake. No quería estar ahí, pero sentía una enorme congoja por lord Watford. Podía entender los sentimientos del conde, porque ella se sintió casi del mismo modo cuando se enteró de todo. No obstante, dudaba que lord Watford fuera a sentir alivio o paz.

No había palabras de consuelo o explicaciones que dieran una tregua a ese tormento.

Y al día siguiente, todo iba a ser peor. Lamentablemente, la caja de Pandora había sido abierta.

Capítulo XXI

Me disponía a ponerme a trabajar en esta prestigiosa columna y, al entrar en mi oficina, me encuentro con La Informante que me esperaba tomando una taza de té.

La ignoré, estoy muy molesta con ella, no me ha traído ninguna noticia relevante. Pero es que nada parece importante después del deceso de lady Wa--ord y el depravado secreto que guardaba.

El incesto deberían catalogarlo como el octavo pecado capital. La lujuria, por sí sola, le queda pequeña.

Es tan escandaloso y retorcido que ni siquiera logro imaginar cómo fue para los afectados enterarse de aquella repugnante verdad.

—Oh, por favor, no seas infantil —me espeta La Informante, haciendo un puchero.

La mirada que le propiné fue elocuente. La estaba castigando con el látigo de la indiferencia.

—Pero ¿qué quieres que te diga? —repuso, ignorando mi gesto—. No han sucedido cosas dignas de reportar.

—Sí —convine—. Nada supera lo terrible de lo sucedido.

—Pobre lord Wa--ord. Es difícil quedar viudo y sin heredero después de ocho años de matrimonio, todo tirado a la basura —señaló La Informante—. Le queda volver a empezar la tarea. A menos que desee que su primo sea su heredero.

—¿Cuánto irá a durar su luto? —me pregunto en voz alta.

—Ya de por sí en los hombres esas reglas son laxas. No obstante, su caso es especial, se puede permitir el tiempo que sea. Si quiere, se puede casar mañana mismo y nadie se lo reprochará —sentenció La Informante y bebió un sorbo de té—. Aunque tengo entendido que, apenas enterró a su esposa, lanzó su brazalete negro, cerró su casa en Londres y la puso en venta. Ahora está alquilando un departamento en Albany, hasta que termine la temporada parlamentaria. Lord Watford es un hombre que no deja de lado sus responsabilidades, bajo ningún punto de vista.

«Oh, debe estar devastado», pensé. Tal parece que el dolor es infinito, al punto de querer mantenerse ocupado y no vivir en una casa llena de malos recuerdos. Yo también haría lo mismo.

Pero una duda me asaltó.

—¿Y qué ha pasado con sus protegidas? ¿Las abandonó? —le pregunté a La Informante.

Los labios de ella se curvaron, ladinos.

—Los nefastos acontecimientos solo aceleraron lo inevitable. Lady Gr--y, junto a su joven cuñada, están viviendo en la casa de lord Pe--ton.

—¡Válgame el cielo! Menos mal que lady Gr--y ya estuvo casada. Sería un escándalo si fuera una joven debutante —sentencié.

—Escándalo sería si no estuviera comprometida. Independiente de los terribles sucesos, la boda no se aplazará. En Pe--ton House no habrá duelo ni luto el día 19 de mayo.

—Entonces, ¿estamos ante un matrimonio en ciernes? —elucubré—. ¿No sabes si ellos ya comparten los aposentos ducales?

—Oh, ¿no crees que eso es obvio?

Sonreí, no hay preguntas tontas, sino tontos que no preguntan.

MAGAZINE DE SOCIEDAD DE UNA DAMA SELECTA,
11 de mayo de 1815

Eleonora dejó la revista a un lado y bufó. Había demasiados ojos pendientes de ella y todos sus seres queridos. Odiaba los cotilleos.

Pero eso no iba a arruinar su hora del té. Le dio una mordida a la deliciosa pastita con

mermelada.

Mientras disfrutaba del dulzor, miró todo a su alrededor y suspiró, satisfecha. Blake le había acondicionado el salón de música para que fuera su espacio personal. Eleonora no quiso invadir la sala de la duquesa, la cual usaba Augusta, pese a que la afable mujer había insistido en que no había problema y que era su derecho como futura duquesa.

Miró de reojo la revista y reflexionó. Al menos algo debía agradecer; como todo salió a la luz, ella dejó de ser sospechosa de asesinato. Bromley se había encargado de limpiar su nombre y dejar todo en regla en el aspecto legal.

A Watford no le importaba si era *vox populi* que él fuera el cornudo de una enfermiza infidelidad. Se limitó a indemnizar a todos los sirvientes que quedaron sin empleo cuando cerró Eden Hall. Fue tan generoso que no fue necesario insinuar que no mencionaran nada sobre el sórdido asunto.

Por desgracia, quien habló fue una persona que ya no recibiría dinero por quedarse en silencio. Tras el fallecimiento de Gray, se le relacionó con una cortesana llamada Fanny White. En la realidad, en el domicilio de aquella mujer era donde se reunían los hermanos amantes. Richard le pagaba y la mantenía como si fuera una querida y cuando él murió, ella se quedó sin entradas de dinero, salvo algunos pagos ocasionales de Millicent para que siguiera guardando el secreto. Con su muerte, Fanny vendió la historia al mejor postor, dado que lord Watford no quiso pagarle la aberrante suma de dinero que Fanny le pidió por mantener la boca cerrada.

Al día siguiente del funeral, todos los pormenores de la historia de Richard y Millicent ya estaba en la crónica roja del periódico de mayor circulación de Londres. Se decía que incluso iba a escribir un libro.

Unos golpes en la puerta sacaron a Eleonora de sus cavilaciones. Augusta se asomaba con una amplia sonrisa.

—Katherine y Alice se están preparando para ir a la tertulia en casa de lady Faith. ¿Está segura de que no quiere acompañarnos, querida?

—La verdad es que quedé exhausta con la visita al atelier.

—Valió la pena, ese vestido que ahora lleva puesto engalana su belleza. —La contempló. Poco a poco Eleonora se estaba convirtiendo en una duquesa. No eran solo sus atuendos, sino en hacer su voluntad.

No obstante, algo en el semblante de la prometida de Pemberton delataba su desazón. Miró de refilón la revista y entendió.

—La veo inquieta, querida —abordó Augusta, internándose en la estancia, cerrando la puerta tras de sí—. Esa revista puede ser una bendición o una maldición. Depende del punto de vista con que se le mire. Ya se lo advertí, van a estar pendiente de usted durante un buen tiempo.

—Detesto los cotilleos, ¿cómo puedo ignorar que hablen de mí y de quienes aprecio? —«Sobre todo cuando no le atinan del todo a la verdad», rumió su mente. Con todo lo acontecido los últimos días, no había tenido cuerpo, alma o mente para compartir la alcoba ducal con su prometido.

—Blake también los odia —comentó Augusta, sentándose al lado de Eleonora—, pero ya ve, es inevitable que la gente sea morbosa. Dentro de un tiempo, todo esto va a dejar de ser la novedad; un escándalo siempre reemplaza otro.

Tres golpes dieron a la puerta y Eleonora dio su venia.

Era Collins, el mayordomo.

—Milady, lord Carmathen solicita una entrevista con usted —anunció flemático.

—¿Conmigo? —preguntó extrañada y alzó sus cejas—. Lo recibiré aquí. Gracias, Collins.

—Interesante —murmuró Augusta, sonriendo ladina.

Un minuto después, el joven lord se inclinaba frente a las damas, quienes devolvían el saludo con una reverencia.

—Qué gusto me da verlo, milord —dijo Eleonora, invitando con un gesto a que él tomara asiento—. ¿Desea acompañarme con un té?

—No, gracias. Es muy amable, milady —respondió y se sentó en una poltrona frente a las damas. Se le notaba nervioso. No dejaba de jugar con sus pulgares.

—¿Le llegó nuestra tarjeta de agradecimiento? —prosiguió Eleonora con la conversación.

Después de un funeral se acostumbraba a enviar notas de agradecimiento a los asistentes, todo era parte del protocolo, sin importar si la difunta fue una arpía. Había que conservar cierto decoro. Sin embargo, la tarjeta enviada a lord Carmathen fue especial y hecha con mucho mimo, debido al apoyo que le brindó a Alice en esos aciagos días. El barón no la dejó ni a sol ni a sombra. Sus corazones se acercaban cada día más.

—Sí, milady. La guardé en un lugar especial, es una pequeña obra de arte —respondió, sincero y cortés. Se aclaró la garganta y dijo—: Quisiera pedirle permiso para tener una entrevista privada con lady Alice. Será breve.

Eleonora sabía muy bien qué significaba esa petición. Pero le llamó la atención la consideración del joven hacia ella.

—¿Por qué me pide permiso a mí y no a Pemberton? —indagó con curiosidad.

—Si bien el duque es quien está a cargo de lady Alice, usted es la persona que ella considera como su madre. Creo que es lo más correcto y apropiado hacerle la solicitud a usted.

Eleonora sonrió. Carmathen era un buen hombre, esperaba que Alice le diera una oportunidad. Incluso Blake lo aprobaba y eso, era mucho decir.

—Muy bien, tiene mi permiso. Si me disculpan, iré yo misma a buscar a lady Alice. —Eleonora se levantó de su asiento y abandonó la estancia.

Augusta se quedó mirando a Carmathen.

—Hizo muy bien en tomar en cuenta mi sugerencia, jovencito —sentenció Augusta, ufana.

Carmathen esbozó una sonrisa.

—Tenía mucha razón. Ir a ese concierto de pianoforte cambió mi vida —reconoció—. Lady Alice es una dama excepcional y muy inteligente.

—Y comparten las mismas peculiaridades —subrayó Augusta. Carmathen se rascó la cabeza, incómodo. Él también tenía ciertas manías con el orden. Cuando empezó a tratar más con lady Alice y hablaban de pequeñas cosas cotidianas o prestaba atención a los detalles que la delataban, sintió que al fin había encontrado a alguien en quien podría encontrar mutuo entendimiento y comprensión—. No lo olvide, milord, no siempre las personas con gustos y formas de ser opuestas, se atraen. A veces, subestiman lo sublime que es la compatibilidad.

Y eso sentía Carmathen, que entre ellos podía existir algo más que la simple comprensión. Cuando estaba con lady Alice todo era diferente. Ella era tan amable, inteligente, talentosa, compasiva… y bella.

Pero difería de lo que decía todo el mundo respecto a la belleza, según sus creencias, aquello no se perdía con el tiempo, solo cambiaba.

De súbito, la puerta volvió a abrirse, era lady Alice quien hacía acto de presencia. La duquesa, rauda, los dejó a solas.

Al salir del salón se encontró con Eleonora y Katherine.

Solo bastó una mirada y las tres pegaron su oído a la puerta.

—Hablan en voz muy baja —se quejó Kate en un susurro—. Qué suerte la de Alice.

—Yo diría que es todo lo contrario —señaló la duquesa en el mismo tono—. Carmathen es el que tiene suerte.

—Chis —acalló Eleonora.

—¿Qué hacen ahí, pequeñas cotillas? —interpeló la voz grave de Blake.

Las tres mujeres dieron un respingo.

—Carmathen se está declarando —contó Katherine en voz baja.

—Oh, entonces me hizo caso.

—¿Cómo? —preguntó Eleonora.

—Le dije que se iba a arrepentir si dejaba pasar una temporada más sin declararse —señaló ufano, sintiéndose todo un casamentero.

«Aficionado», pensó Augusta poniendo sus ojos en blanco, pero nadie notó ese gesto. Era la única que seguía pendiente de la declaración de Carmathen.

—Oh, Blake, eres todo un romántico. —Eleonora le sonrió a su prometido, derretida de amor.

—Solo contigo es así —apostilló Kate—. Las hermanas vemos el lado autoritario, irrespetuoso, tirano y sin pizca de romanticismo de los hombres.

«Gracias a Dios», pensó Eleonora, con una extraña mezcla de emociones en las que convergían la acritud y la ironía.

Tal vez estaba sanando, veía el mundo y su vida con otros ojos, con más perspectiva. A medida que transcurrían los días, el dolor y la culpa se alejaban de su corazón. Y las pocas veces que rememoraba el pasado era menos devastador.

El tiempo, la verdad y el amor estaban obrando milagros en su alma.

—¡Sí! —murmuró Augusta—. Al fin.

Blake, Eleonora y Katherine la miraron, intrigados.

La puerta se abrió de súbito. Era Alice con una amplia sonrisa e iba del brazo de su prometido.

—Puesto que ya escucharon todo, no creo que sea necesario anunciar nada —sentenció la joven con picardía.

—Yo no he escuchado nada. Por lo tanto, quisiera ser informado —objetó Blake—. Carmathen —saludó con un gesto.

—Pemberton —respondió el barón con una leve inclinación de cabeza—. Ya que el duque insiste, he venido a proponerle matrimonio a lady Alice y ella ha aceptado ser mi esposa. Espero que no haya oposición por parte de sus seres queridos —declaró con orgullo y felicidad.

—Estamos encantados —aseguró Eleonora y fue hacia Alice para abrazarla—. Oh, mi pequeña…

Por la mente de Eleonora pasaron los últimos nueve años de su vida, en los que vio a Alice crecer y convertirse en una señorita. No pudo evitar que las lágrimas se derramaran, pero estas eran buenas, llenas de emoción, de un profundo afecto, de saber que su querida cuñada había encontrado el amor de un caballero que la aceptaba tal como era y la respetaba, pese a su pasado familiar, sus particularidades y su virtuosa e inocente forma de ser.

Su futuro se vislumbraba prometedor, se iba a romper esa especie de maldición familiar. Al fin uno de los Loughty iba a ser feliz.

*****

—Felicidades, Pemberton, espero que seas muy feliz con tu duquesa. Al menos más que la

mayoría de los hombres casados que conozco —congratuló Angus y le estrechó la mano a Blake—. Y gracias por la invitación a tu boda.

—¿Cómo no iba a invitarte? Eres mi amigo.

—Esta vez solo vine por la comida y el vino, sé que tu abuela no escatima en gastos. Ya conoces mi aversión hacia los grilletes sagrados. Mientras más lejos, mejor…

—Cuando encuentras a la indicada, los grilletes se convierten en pañuelos de seda. Deberías considerar cambiar tu perspectiva —replicó Blake, orgulloso de su nuevo estado civil.

Se había convertido en un evangelista de las uniones por amor.

—La única perspectiva que tengo es que he perdido un compañero, no de juergas, pero sí de las vicisitudes de la vida y del Parlamento.

—Estoy casado, no prisionero.

Craven bufó.

—Estás casado por amor. Estás mezclando placer y deber. No se te verá la nariz fuera de la alcoba en mucho tiempo.

Blake rio. Era muy, muy posible que eso fuera a suceder.

Pese a que él y Eleonora vivieron en la misma casa durante las últimas dos semanas, fueron pocos los instantes en los que pudieron estar a solas.

Celibato involuntario.

Y cada vez que tuvieron breves minutos en privado, se desataba entre ellos una pasión arrolladora, la cual era sofocada por Katherine, Alice, Augusta o el propio Collins en el momento menos indicado. Todos ellos parecían tener un poder extrasensorial para detectar situaciones comprometedoras.

Blake no sabía si reír, llorar, o enviarlos todos a Escocia.

—En fin —añadió Angus—. Reitero mis felicidades. Iré a comer unos bocadillos y después le presentaré mis respetos a la nueva duquesa de Pemberton.

El duque sonrió orgulloso y desvió la mirada hacia su bella esposa… ¡Qué bien se sentía pensar en ello!

Eleonora se veía magnífica en su vestido azul. Lucía tanto o más joven que las damas que la rodeaban. Su piel lozana no tenía nada que envidiarle a Alice, Kate, Peyton o Faith.

Recordó la primera vez que vio a Eleonora. Esa hermosa sonrisa lo cautivó y él no tuvo remedio, porque en ese ínfimo instante él fue testigo de cómo ella bajaba su guardia, olvidando la amargura, el dolor, la tristeza. Mientras ella aplaudía y le sonreía orgullosa a Alice, ignoraba que le estaba regalando a Blake un momento en que se reflejaba su alma.

Volvió al presente, de pronto, sus miradas se cruzaron. Ella le sonrió.

Cómo amaba esa sonrisa.

Eleonora desvió su mirada y centró su atención en lord Watford que la saludaba.

—Su excelencia, ya es hora de que me vaya.

—Oh, ¿no puede quedarse un rato más?

—Me encantaría, pero la verdad es que estoy cansado.

—Entiendo. —Eleonora le tomó las manos a Watford—. Muchas gracias, milord, por llevarme a la iglesia y todo lo que ha hecho mientras estuve bajo su protección. Usted ha sido un verdadero ángel para nosotras. Por favor, no olvide que tiene una amiga en mí y estaré siempre para lo que necesite.

El conde cubrió la mano de Eleonora con la suya.

—Entonces, en honor a esta amistad, empecemos a usar nuestros nombres de pila —propuso Watford.

—Será un placer, Gideon —respondió con una sonrisa.

—Usted siempre contará conmigo, Eleonora. Nos reuniremos cuando vuelva de su luna de miel. Hay que celebrar la boda de lady Alice y Carmathen.

—Será la primera persona a la que le escribiré a mi regreso.

—Adiós, Eleonora, que sea muy feliz.

—Muchas gracias. Hasta pronto, Gideon. —«Usted también lo será, estoy segura. Dios, bendícelo», deseó al cielo con fervor.

Gideon hizo una leve inclinación y se retiró.

Eleonora estaba segura de que ese hombre, más temprano que tarde, encontraría el amor. Merecía una nueva oportunidad. Iba a orar todos los días por ello.

Miró hacia donde estaba Blake. Un rostro familiar se acercaba a él. Eleonora se preguntó si algún día iba a recibir el pago de su apuesta…

—Felicidades, Pemberton —congratuló una voz que provenía de su lado izquierdo.

Era Harrow quien lo sacaba de sus pensamientos.

—Muchas gracias, Benjamin.

—Gracias por la invitación, fue… inesperado —confesó, incómodo.

—Fue una manera de expresar mi gratitud —respondió con sinceridad—. Los amigos de verdad se ven en los tiempos difíciles o cuando intentan impedir un matrimonio. Si no hubieras intervenido, probablemente, no habría podido actuar a tiempo para ayudar a Eleonora, y el daño a su reputación habría sido más profundo.

—Bueno… Creo que te debo una disculpa por ello. Preferí pensar que la duquesa de Pemberton era culpable.

—Eso es el pasado, Harrow. No soy tan rencoroso como supones.

—Así veo. —Una leve sonrisa suavizó los duros rasgos masculinos—. Bien, ya le he presentado mis respetos a tu esposa. Debo irme, tengo asuntos pendientes que resolver.

—Muchas gracias por asistir… Por cierto, ¿cuándo me pagarás mis cinco guineas?

Harrow entrecerró sus ojos.

—Nunca lo vas a dejar pasar, ¿cierto?

—No.

—Y así dices que no eres tan rencoroso… Me voy, disfruta de tu matrimonio. —Y habiendo dicho esas palabras, dio media vuelta y se fue, dejando a Blake riendo.

Sí, se lo iba a restregar toda la vida.

Pemberton suspiró. Si sus cálculos no le fallaban, ya había cumplido con todos los rituales propios de una boda, por lo que ya era momento de tomar la mano de su esposa, que ella lanzara el ramo, despedirse e irse de luna de miel a Labyrinth Manor en Harlow.

Avanzó un paso.

—¿Ya te vas, querido? —interrogó Augusta, interponiéndose en su camino.

«Para tener una avanzada edad es muy ágil», pensó Blake.

—Sí, abuela.

—¿Abuela? —Entrecerró sus ojos—. Oh, querido, ¿qué problema tienes ahora?

—Me quiero ir a mi luna de miel, y me lo estás impidiendo a propósito.

Augusta le dedicó una sonrisa ladina.

—En efecto, querido. —Suspiró hondo—. Solo quiero decirte que estoy muy orgullosa de ti y muy feliz por tu elección. Sé que, de ahora en adelante, disfrutarás de tu vida al máximo al lado de la mujer que amas.

Blake se sintió conmovido. Su abuela solía ser una mujer pragmática que demostraba sus

afectos con actos más que con palabras. Pero en el fondo, era una romántica enamorada de la vida y del amor.

De lo contrario, su pasatiempo preferido sería tejer, en vez de ser una casamentera.

Blake le dio un abrazo y un fuerte beso en la mejilla.

—Te quiero mucho, abuela. ¿Lo sabes?

Augusta parpadeó rápido para disipar sus lágrimas de felicidad.

—Lo sé, bribón. Sé feliz, vete, llévate a tu esposa.

Blake estuvo encantado de obedecer esa orden. Dejó de lado el protocolo, tomó de la mano a su esposa, quien, apresurada, lanzó su ramo sin importar a quien le cayera.

En las manos de un asustado conde fue a parar.

Pero eso ya era otra historia.

*****

Blake entró en la alcoba ducal de Labyrinth Manor con su esposa en brazos, quien tenía una sonrisa inamovible que adornaba su ruborizado rostro. Él la depositó con suavidad sobre el lustroso piso y, acto seguido, cerró la puerta.

El crepúsculo estaba en todo su dorado esplendor y bañaba la inmensa estancia con luz y calor, la cual tenía todas las comodidades para los recién casados.

Sin embargo, las comodidades no eran importantes. Eleonora solo se fijó en una cosa; la enorme cama con postes y dosel.

Ese momento ansiado había llegado.

Eleonora ya no le temía a la intimidad. Su Lancelot, con su dulzura y amor, había matado uno a uno sus demonios. Tan solo bastó una vez que él cruzara el límite del decoro y la hizo volar hacia las estrellas.

Eleonora ya conocía los acordes del sensual preludio, deseaba experimentar la sinfonía completa. Blake estaba detrás de ella y sintió cómo él le rodeaba la cintura hasta posar su mano sobre el vientre y la atrajo hacia él.

Le besó el cuello, al tiempo que ella inclinaba un poco su cabeza para darle mejor acceso. La otra mano libre de Blake se encargó de acariciar uno de sus pechos.

Eleonora jadeó, adoraba sentir el calor y el tenso anhelo de su esposo, pugnando por salir de su confinamiento.

Ah, su esposo. Se sentía tan natural.

—No hallaba la hora de estar a solas contigo —admitió Eleonora, disfrutando de los besos en su cuello que le provocaban excitantes escalofríos.

—Recuperaremos todo el tiempo perdido, mi deliciosa Eleonora —replicó aspirando el tenue aroma a jazmines que lo subyugaba—. Quiero recorrer toda tu piel. ¿Me permitirás ese placer?

Eleonora alzó su mano y acarició el cabello de Blake.

Sus bocas se encontraron y se besaron con intensidad. Sus lenguas se enzarzaron en un voluptuoso intercambio, en el que se saboreaban y reconocían.

—Entonces empieza por quitarme el vestido —animó osada, entre beso y beso, sintiéndose deseada.

Y deseando fervientemente a su esposo. A anhelarlo dentro de ella, a gozar de esa unión de cuerpos y almas.

La carnal consagración de su amor.

Blake obedeció la orden de Eleonora. Diligente, desató el vestido por detrás, el cual se transformó en una montaña de seda a los pies de su amada.

Entre besos y caricias, prosiguió con cada prenda y cayeron enaguas, medias, corsé y camisón.

Tenía frente a él a una verdadera hurí.

Un cuerpo lleno de suaves curvas, piel de alabastro salpicada de adorables pecas, pechos redondos, pero no abundantes, coronados por dos perlas carnosas que él ansiaba probar y, más abajo, ese triángulo de rizos que ocultaban el paraíso.

—Eres preciosa —halagó, y le ofreció la mano a Eleonora—. Ven, querida.

Guio a su esposa hasta la cama. Eleonora no sentía pudor, al contrario, lascivia era una palabra apropiada para describir la sensación. Blake la instó a que se acostara y ella acató. No obstante…

—Quiero verte, llevas mucha ropa, querido.

—Después. No me prives de prepararte para recibirme. —Blake le regaló una sonrisa de medio lado, la cual tenía un tinte perverso que a Eleonora le intensificó ese palpitar entre sus piernas. Podía percibir cómo su cuerpo respondía a cada estímulo que él le proporcionaba.

Blake se subió a la cama. Se cernió sobre Eleonora.

Y se dio un festín.

Con sus labios besó y recorrió cada pulgada del sinuoso cuerpo.

Con su lengua lamió con pecaminosas caricias los pechos de su mujer.

Con sus dientes marcó con gentileza la tersa piel.

La instó a apoyar sus manos y rodillas en el colchón, exponiendo toda su húmeda feminidad. Blake se mordió los labios de pura anticipación.

Y devoró su centro como una bestia salvaje.

Besó, lamió, succionó, mordió. Saciando su hambre, bebiéndose su esencia.

Eleonora gemía, se aferraba al cubrecama. Movía sus caderas exigiendo más de ese lujurioso castigo.

Blake no tenía piedad, quería que ella perdiera la razón. Eleonora lanzó un ardiente jadeo al sentir la invasión de esos habilidosos dedos que la colmaban y excitaban.

Eleonora rasguñaba el cielo, desesperada por entrar en él.

Estaba tan cerca.

—¡Oh, Blake! —rogó—. ¡Quiero más!

—Te daré más, sí que lo haré.

Abandonó el cuerpo de su esposa, dejándola vacía y huérfana. Ella se incorporó y se encontró a Blake desnudándose con premura, resollando. Estaba tan cerca como ella. Lo veía en sus ojos más oscuros que nunca, en el ancho pecho desnudo que subía y bajaba agitado. En el vientre marcado que se tensaba con cada movimiento.

En esa rígida y gruesa erección, lista y dispuesta para entrar en ella.

Eleonora solo obedecía al instinto, estaba fuera de sí. Cambió el rumbo de sus intenciones y, gateando, fue al encuentro de su esposo. Con sus manos recorrió el viril cuerpo y le proporcionó las mismas atenciones que él le prodigó.

Besó, acarició, lamió y mordió.

Blake era suave y duro. Su pecho lampiño dejaba de serlo a la altura del ombligo, donde se definía un sendero de fino vello oscuro.

Eleonora empuñó el palpitante miembro de su esposo. Tan caliente y pesado. Lo acarició de arriba abajo, logrando que Blake jadeara y resollara. Él no la restringía, no le imponía límites

morales. Ella era libre de hacer lo que quisiera.

No obstante, Blake no se quedó quieto, siguió besando y acariciando. No podía mantenerse alejado de su esposa, siguió estimulando el centro femenino con sus dedos.

La seducción mutua era algo fascinante… y desesperante.

—Acuéstate, querida —susurró Blake, a punto de colapsar—. Déjame entrar en ti.

Eleonora le dio un casto beso en los labios y obedeció.

Abrió sus piernas y Blake se situó entre ellas, guio su erección en la resbaladiza entrada…

Lento, suave, sensual. Eleonora podía sentir cómo ella se abría para él. No existía el dolor, solo el más absoluto placer.

Blake se quedó quieto para que Eleonora se acostumbrara a él. Había penetrado hasta lo más profundo.

—¿Estás bien? —preguntó él con cautela.

—Sí. Es maravilloso, mi amor…

—Y será mejor.

Blake apoyó sus manos en el colchón, se retiró apenas un poco y embistió tan solo una vez.

Eleonora gimió. Lo sintió todo, una verdadera delicia, quería más. Su cuerpo le exigía más. Impúdica se aferró a las nalgas de su esposo y lo instó a moverse.

Blake comenzó a dar certeras y constantes estocadas que lo estaban volviendo loco. Eleonora le enterraba las uñas y le urgía a ir más rápido.

Pronto la habitación se llenó de los sonidos que componían la erótica sinfonía; el resuello de los amantes, la lúbrica colisión de sus cuerpos, el crujir de la cama, el eco de los gemidos.

—Eleonora… —jadeó Blake, a punto de derramarse, podía sentir cómo el interior de ella lo aprisionaba, envolviéndolo en húmedo calor.

—¡Más!

Presa del deseo, Eleonora se dejó llevar, sus caderas fueron al encuentro de las frenéticas embestidas. Tensó su interior.

Y, sin más, la caída, el éxtasis la arrasó.

Cada empuje la elevaba más y más. Blake no dejaba de penetrarla al ritmo que ella le imponía.

Él cerró los ojos, también se dejó llevar.

Fue eterno, relumbrante.

Placer crudo y visceral, pero lleno del más profundo y puro amor.

El deleite remitió y, aún unidos, se miraron a los ojos.

—Eres maravillosa, Eleonora, eres pura fuerza —dijo Blake, pletórico de emoción—. Mi vida, mi amor, mi cuerpo y mi alma son tuyos, para siempre.

Él ya había jurado ante un altar, pero solo en ese momento en el que estaba unido a ella, le entregaba todo. Sentirla lo hacía real.

Era suya y él le pertenecía a ella, solo a ella.

Eleonora, conmovida y enamorada, acarició el rostro de Blake. Él tomó su mano y le besó la palma.

Jamás se había sentido tan compenetrada con otra persona. Ese hombre que estaba dentro de ella, no solo con su cuerpo, sino con su alma le había dado lo que tanto anhelaba.

Amor y una familia. Eran dos y eso era suficiente para toda la vida.

—Seré tuya, toda tuya… Cada día, todos los días. Te amo, Blake.

—Y yo a ti. Con toda mi alma.

Epílogo

Harlow, 26 de diciembre de 1815.

Eleonora leía la partitura con emoción y sus dedos presionaban las teclas del pianoforte. Pese a los años, todavía recordaba los acordes de aquella preciosa melodía.

En su mente era vívida la imagen de su padre tocando el humilde instrumento, la sensación del cálido abrazo de su madre, que le decía: «¿No crees que es la serenata más bonita? La ha escrito para nosotras».

«Es la más bonita, mamá», pensó Eleonora al terminar de ejecutar la pieza escrita por Paul Everett, su padre.

Se llamaba *Devoción*.

Blake le había obsequiado un hermoso presente para Navidad, pero no uno cualquiera, fue significativo. Durante meses dedicó sus esfuerzos en recuperar las partituras que compuso el padre de Eleonora y que fueron vendidas por su tío sin que ella pudiera hacer algo al respecto.

Encontró cinco originales, y cinco reproducciones.

Eleonora lloró de alegría; ver y tocar la música compuesta del puño y letra de su padre, fue como si Blake le hubiera traído de vuelta un trozo de su vida que creyó que ella había perdido para siempre.

Su padre fue un hombre con mucho talento. Blake decía que sus piezas eran sobresalientes.

Tres golpecitos resonaron en la puerta del saloncito de Eleonora, ella dio su venia.

—Disculpe la interrupción de su práctica de pianoforte, su excelencia. Ha llegado la correspondencia desde Londres, y esta carta es para usted —anunció la señora Sallow, ama de llaves de Labyrinth Manor.

Eleonora alzó sus cejas, pocas personas le escribían. El ama de llaves le entregó la carta y abandonó la estancia.

Sintió curiosidad. Quizás se trataba de su querida Alice. Se había casado en octubre y Sebastian, lord Carmathen, se la llevó de luna de miel —una muy extensa— a Italia para pasar unos meses en las costas del Mar Mediterráneo. Todas sus cartas —en perfecta caligrafía— estaban llenas de alegría y felicidad, y relataban las bondades del maravilloso clima. En su última misiva Alice anunció que regresaría de su viaje justo antes de que empezara la temporada parlamentaria, fecha en que Eleonora y Blake también volverían a Londres.

Ya añoraba ese abrazo.

¿Sería Gideon el remitente? Lo último que supo de él fue que se encontraba en su próspera finca y que ya estaba mucho mejor, las pesadillas donde aparecía Millicent lo habían abandonado. Eleonora era la única persona a quien le hacía esas confidencias y, gracias a ello, pudo recuperarse mejor del golpe que dividió en dos su vida.

Eleonora se concentró en el presente y dejó de elucubrar quién había enviado aquella misiva. Leyó el remitente y entreabrió la boca. No eran ni Gideon ni Alice.

—¿El señor Weston? —susurró sorprendida e intrigada en partes iguales.

Él fue el médico que la atendió cuando Gray casi la mató. A Eleonora le pareció que había transcurrido una eternidad.

Rompió el sello con cuidado y abrió la carta.

Wickford, 1 de diciembre de 1815.
Su excelencia:
Antes que nada, permítame felicitarle por sus nupcias. Las noticias llegaron con rapidez

al pueblo, en cuanto su compromiso fue publicado en todos los periódicos del país, y todos quienes la conocimos sentimos una gran alegría por usted.

El motivo de esta misiva es para contarle que conocí a su esposo cuando él era todavía su prometido y fue a Wickford para hacer unas diligencias encargadas por usted. Fue una casualidad, yo estaba visitando a uno de los hijos de Gray que tuvo un accidente y se fracturó la muñeca.

Nuestra conversación fue breve y cortés. Sin embargo, me di cuenta del profundo amor que sentía el duque por usted.

Conjeturé que él quizás no estaba al tanto de todo lo que usted vivió con su difunto esposo. No quise ser impertinente y preguntarle, mal que mal, aquello es un tema privado.

Por eso mismo me decidí a escribirle. Lamento mucho no haberlo hecho antes, el temor, quizás, a haber hecho más daño cuando solo quise hacer un bien. Pero me temo que mi consciencia ya no me está dejando tranquilo.

He mentido, a usted y a su difunto esposo. Cuando usted casi perdió la vida, engañé a lord Gray al decirle que no debía intentar reclamar sus derechos de esposo durante un año. Les mentí cuando aseguré que usted ya no podía traer hijos al mundo.

Fue la única forma que encontré para protegerla, aunque solo fuera por unos meses. Usted no vio lo que yo vi; el estado en que ese animal la dejó. Nadie podía hacer nada…

Pero en ese momento pensé que sí se podía.

Pensé que, si lord Gray creía que usted ya no podía concebir, la dejaría en paz, al menos en la intimidad.

Por favor, no me juzgue, sé que esta mentira quizás la ha hecho sufrir de manera innecesaria. En aquel entonces solo vi el bien superior de salvaguardar su integridad física.

Usted es una mujer fuerte, más que muchas que he atendido en mi experiencia profesional. Sé que, si llega a concebir, lo hará sin problemas.

Espero que me perdone, reitero que mi afán solo fue protegerla, incluso a costa de mi propia ética, porque antes que médico, soy humano.

Estaré orando para que usted tenga una vida larga, próspera y fecunda. Usted, más que nadie, merece todo el amor del mundo de parte de un esposo devoto.

Me despido con el mayor de los respetos.

Clarence Weston

La carta tembló en sus manos.

Esa era la respuesta a ese inusual retraso de su sangrado. Estaba preocupada porque recordaba que la última vez que le había sucedido aquello, estaba embarazada de Gray.

Pero se suponía que eso era imposible.

Pensó que esa falta de sangrado se debía a que estaba padeciendo alguna enfermedad, pero no le dio importancia, pues se sentía en perfectas condiciones, no tenía síntomas de nada.

Según sus anotaciones su último sangrado fue en agosto, no hubo náuseas, ni mareos… nada.

Solo un poco de sueño y cansancio, supuso que se debía a la vigorosa y constante intimidad con su esposo.

Nada le hizo presagiar que ella sí podía concebir.

Y esa carta le informaba que no era estéril, ella sí podía dar vida.

Se tocó el vientre. Le costaba asimilar la idea. Eleonora pensaba y pensaba, buscando otra explicación. No obstante, todo indicaba que sí estaba esperando un hijo. El fruto de su amor con Blake.

Se sentía…

—Eleonora, ¿estás bien?, ¿pasó algo? —Escuchó la voz de Blake, que ya se internaba en la estancia. Eleonora alzó la mirada y los ojos de su esposo reflejaron preocupación—. Estás pálida, querida.

Eleonora solo atinó a mostrarle la carta a su esposo. Blake se sentó a su lado con presteza y leyó con avidez.

Al terminar, Blake suspiró largo y profundo y, tras largos segundos, miró a su adorada esposa. Acarició su rostro con ternura y sonrió.

—Aunque no lo creas, no me sorprende mucho, querida —reconoció—. Ya estaba empezando a creer que había ocurrido un milagro, que Dios se había apiadado de nosotros.

—¿Milagro? Pero si yo no te he dicho nada para ilusionarte. Jamás imaginé que podría concebir.

—Yo siempre estoy pendiente de ti, de todo lo que te sucede —replicó ufano—. Sé que no has tenido tu sangrado, y hace un mes noté una linda curvatura en tu vientre, que solo aumenta de tamaño. No quise hacerlo notar… En el fondo, tenía miedo.

—¿A la decepción de que no fuera cierto?

Blake negó.

—A perderte —confesó. Tomó las manos de su esposa—. Soy un hombre egoísta, no he tenido suficiente de ti, quiero más, mucho más… Y tan solo pensar en la idea de que te pase algo por traer un hijo mío al mundo… —No pudo terminar, una insolente molestia en su garganta le impidió seguir hablando.

—Oh, Blake. —Eleonora abrazó a su esposo y luego lo besó con ternura—. Es un riesgo que asumí desde que comprendí que era una mujer. También tengo miedo, pero ya he vivido lo suficiente para dejar que me domine. Vivamos lo bueno y lo malo, pero juntos. El tiempo que sea. Ninguno de los dos sabemos cuánto nos queda, mañana podría picarte una abeja y morir por su veneno.

—Me han picado cientos de abejas y nada me ha pasado —rebatió. Aquella conversación le parecía una especie de *déjà vu*. Eleonora decía casi las mismas palabras que su abuela.

—Era solo una exageración, querido. Es solo para puntualizar que no tenemos garantías de nada —aclaró con un leve tono de fastidio, a veces Blake era tan literal, aun así, era un encanto—… Te propongo algo.

—Dime.

—Finjamos que no estoy embarazada —ofreció pragmática.

—Va a llegar un momento en que no podrás ocultarlo —objetó, incrédulo—. No voy a poder evitar sentir ilusión y miedo al mismo tiempo.

—Entonces, ¿entiendes que es absurdo? Veamos solo lo bello. Hasta el momento me he sentido de maravilla… Las matronas siempre dijeron que tenía buenas caderas.

—No solo buenas caderas —añadió, cambiando de humor poco a poco—. Eres como la Venus de Botticelli.

Eleonora sonrió.

—Y tú eres magnífico como una escultura griega… y en algunas partes las superas.

—Vamos a tener un hijo… —aceptó Blake volviendo al tema, porque cuando Eleonora empezaba a hablar de asuntos sensuales, perdía la cabeza con facilidad.

—Sí, o quizás será una hija. Seremos padres… Todo saldrá bien, créelo con todo tu corazón. Ten fe.

Blake asintió. Iba a creer, tenía que hacerlo. Tenía fe en Eleonora.

*****

Y su fe fue recompensada.

Un 6 de mayo de 1816 nació Sylvester Basingstoke, marqués de Roydon. Con sus ojos abiertos y oscuros miró por primera vez el mundo.

Su madre era pura fuerza. No solo sobrevivió al milagro de dar a luz, sino que lo sorteó como pocas. Rápido, doloroso pero tolerable y sin complicaciones.

Su padre, el duque de Pemberton, no solo estuvo al lado de su esposa durante todo el alumbramiento, para escándalo de todo el mundo, asistió a la partera.

Estaba muerto de miedo, pero estaba convencido de que, si lo habían concebido juntos, tenía que estar hasta el final junto a su amada Eleonora.

Fue maravilloso, jamás se había sentido tan feliz y tan aliviado —era probable que nunca se fuera a acostumbrar—. Tener a su hijo en brazos al lado de su increíble y valiente esposa era más que una bendición.

—Eres un milagro, hijo mío —murmuró Blake, al tiempo que se sentaba al lado de su agotada Eleonora y le entregó a Sylvester. La partera ya le había indicado que debía intentar darle de comer.

—¿Ves?... te dije que tenía buenas caderas —declaró Eleonora, ufana, cansada pero feliz, intentando guiar a su hijo, quien se aferraba a su pecho para alimentarse—. Nuestro Sylvester es hermoso.

—Sí que lo es, se parece a su madre —convino Blake acariciando la diminuta manito. Las pelusillas de su cabeza eran de un inconfundible tono rojizo

—Pero tiene los ojos de su padre —añadió Eleonora. Apenas se estaba acostumbrando a la idea de que su hijo estaba ahí, en sus brazos… lleno de vida.

—Te amo, mi hermosa Eleonora. Cada día… todos los días.

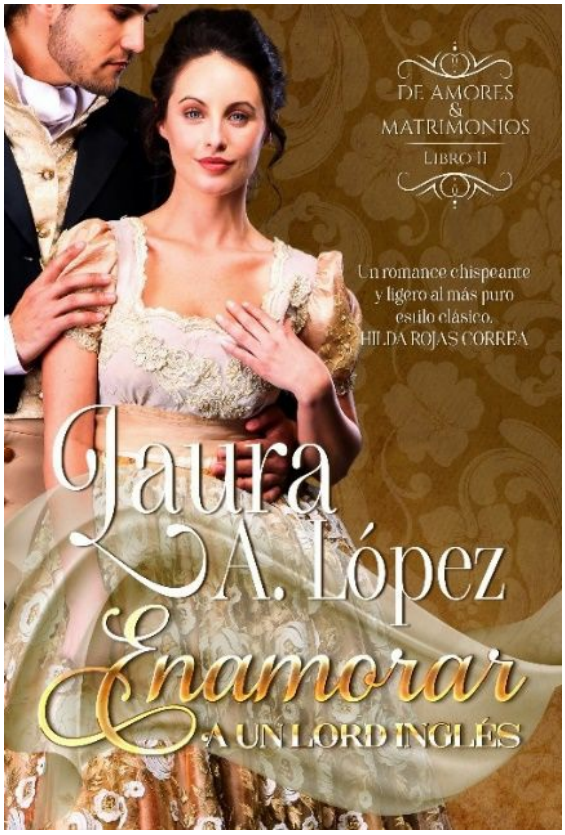
—Y yo a ti, mi Lancelot. —Cerró los ojos al recibir un cálido beso en la coronilla.

Era madre, su familia crecía y estaba segura de que seguiría creciendo, Sylvester era el primero, pero no el último. Blake era su esposo, la amaba y la trataba como su máximo tesoro.

No podía pedirle más a la vida. Solo muchos años más junto a su incansable compañero.

Y así fue… siempre y más allá.

No te pierdas la siguiente historia de la serie



«Enamorar a un lord inglés»

http://relinks.me/B09HNKM16Y

Lord Angus Craven, conde de Craven, lejos de acatar las exigencias de su madre sobre enderezarse, se pasa los días dilapidando su fortuna en juergas y apuestas, pues teme al matrimonio como si fuera una plaga de Egipto.

Lady Charity Hely-Hutchinson, una dama de la nobleza irlandesa, está decidida a cumplir con el sueño de su madre, y ese es casarse con un lord inglés. Decidida a atrapar a un buen partido acude por consejo a la duquesa viuda de Pemberton, conocida casamentera, quien pone ante ella al candidato ideal: un conde reacio al compromiso que la cautiva a primera vista.

Ilusionada con la idea de convertirse en lady Craven, aunque el propio conde se niegue con todas sus fuerzas a sucumbir ante su encantador acento, y a colocarse la soga del matrimonio al cuello, Charity está dispuesta a enamorar a un desconocido al precio que sea.

Una novela refrescante cargada de humor donde la persistencia se dará de bruces con la terquedad… ¿qué deparará el futuro a esta pareja tan atípica?

Agradecimientos

Al finalizar esta aventura quisiera dar las gracias al grupo de escritoras que me invitó a participar de este ambicioso proyecto y me instó a salir de mi zona de confort en muchos aspectos.

Vero, Mile, Lau, Eva, Audrey y Fer gracias por darme una de esas raras oportunidades que se presentan en la vida. Cada una de ustedes me han aportado de alguna u otra manera; esos debates históricos, conversaciones trascendentales, otras banales, la risa, el apoyo y el desahogo. Espero que este lazo perdure en el tiempo, todas tienen un pedacito de mi kokoro.

Gracias a Juli por siempre regalarme su ojo de halcón para la revisión.

Como siempre, toda mi gratitud a mis lectoras beta por ser mi brújula y por esa paciencia. Ustedes saben quiénes son, se les quiere.

No puedo dejar de agradecer a mi familia, en todas mis historias siempre hay un pedacito de ustedes en ellas.

Finalmente, gracias a ti, lord Alfrelailo, mi interés romántico de aquí a la eternidad.

Hilda Rojas Correa

---

[1] *También conocida como «Claro de luna»*

[2] *Twinkle, Twinkle, Little Star es una canción de cuna popular en inglés. La letra es de un poema de principios del siglo XIX de Jane Taylor, «The Star», publicado por primera vez en 1806 en Rhymes for the Nursery. Se canta con la melodía francesa «Ah! Vous dirai-je, maman», que fue publicada en 1761.*